

Octubre 2015

Ésta es una publicación de la Rosa Luxemburg Stiftung y
Para Leer en Libertad AC.

www.brigadaparaleerenlibertad.com
www.rosalux.org.mx

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Ezra Alcázar.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Esta es una antología de textos escritos por grandes personajes de la China socialista en su primer periodo, empezando por el propio Mao Tsetung. La recopilación la hizo una editorial sin el registro de derechos de autor, pues ese país se negó siempre a reconocer los tratados internacionales en la materia.

LA GRAN MARCHA

Reminiscencias

La Gran Marcha es la primera de su género en los anales de la historia, y es a la vez un manifiesto, un destacamento de propaganda y una máquina sembradora. Desde que Pan Ku separó el cielo de la tierra, y desde la época de los Tres Soberanos y los Cinco Emperadores, ¿ha conocido la historia una gran marcha como la nuestra? Día tras día durante doce meses, seguían nuestros pasos y nos bombardeaban decenas de aviones desde el aire, mientras por tierra, una inmensa fuerza de centenares de miles de hombres nos cercaban, nos perseguían, nos cerraban el paso y nos interceptaban; innumerables fueron las dificultades y peligros que encontramos en el camino. Sin embargo, haciendo funcionar nuestras dos piernas, recorrimos más de veinte mil *li*, a través de once provincias. Cabe preguntar: ¿Ha habido en la historia una gran marcha como la nuestra? No, nunca. La Gran Marcha es un manifiesto. Ha proclamado ante el mundo entero que el Ejército Rojo es un ejército de héroes, mientras que los imperialistas y sus lacayos, Chiang Kai-shek y compañía, son totalmente impotentes.

Ha proclamado el fracaso del imperialismo y de Chiang Kai-shek en sus operaciones para cercarnos, perseguirnos, cerrarnos el paso e interceptarnos. La Gran Marcha es también un destacamento de propaganda. Ha dado a conocer a unos doscientos millones de habitantes de las once provincias recorridas que el camino del Ejército Rojo es el único que los conduce a la liberación. De no ser por esta hazaña, ¿cómo habrían podido las grandes masas populares enterarse con tanta rapidez de que existía en el mundo la gran verdad encarnada por el Ejército Rojo? La Gran Marcha es también una máquina sembradora. Ha esparcido por las once provincias gran cantidad de semillas, que germinarán, echarán hojas, florecerán y darán frutos: rendirán cosecha en el futuro. En una palabra, la Gran Marcha ha terminado con la victoria nuestra y la derrota del enemigo. ¿Quién la ha conducido a la victoria? El Partido Comunista. Sin él, esta Gran Marcha habría sido inconcebible. El Partido Comunista de China, su organismo dirigente, sus cuadros y sus miembros no temen ninguna dificultad ni sufrimiento. Todo el que ponga en tela de juicio nuestra capacidad para dirigir la guerra revolucionaria se hundirá en el pantano del oportunismo. Con el término de la Gran Marcha, ha surgido una situación nueva. En la batalla de Chiluochen, el Ejército Rojo Central y el Ejército Rojo del Noroeste, unidos fraternalmente, desbarataron la campaña de “cerco y aniquilamiento” lanzada por el vendepatria Chiang Kai-shek contra

la Región Fronteriza de Shensí-Kansú, y asentaron así la piedra angular para la tarea emprendida por el Comité Central del Partido: establecer en el Noroeste el cuartel general nacional de la Revolución.

Mao Tsetung: “Sobre la táctica de la lucha contra el imperialismo japonés”.

Una mirada retrospectiva

Liu Po-cheng

En los dos años que van de octubre de 1934 al mismo mes de 1936, el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos de China, partiendo de sus bases de apoyo en la provincia de Chiangsí, realizó una larga marcha de 25,000 li (12,500 km), que asombró al mundo entero. Durante esta marcha capturó numerosos puntos estratégicos defendidos por el enemigo, rechazó a las numerosas tropas que lo perseguían o interceptaban su avance, forzó pasos que alcanzaban las nubes, y atravesó pantanos jamás hollados por el ser humano. Con su maravilloso heroísmo y espíritu de lucha ardua, demostró cabalmente la incomparable tenacidad y vitalidad del movimiento comunista y la irresistible fuerza de combate del ejército dirigido por el Partido Comunista.

Pero ¿por qué razón fue necesario efectuar la Gran Marcha? ¿Por qué el Ejército Rojo pudo cumplir exitosamente esta grandiosa hazaña? De ella se pueden sacar muchas experiencias y lecciones.

I

Desde la IV Sesión Plenaria del VI Comité Central del Partido Comunista de China en enero de 1931, empezó la dominación sobre el Partido de la tercera línea oportunista de “izquierda” representada por Wang Ming, durante el período de la Revolución Agraria (1927-1937). El Congreso del Partido de la base de apoyo central celebrado en noviembre de 1931 y la Reunión de Ningtu en octubre de 1932, basándose en el erróneo programa de dicha sesión plenaria, tildaron la correcta línea del camarada Mao Tsetung de “línea de campesinos ricos” y de “gravísimo error de oportunismo derechista de siempre” y cambiaron la acertada dirección partidaria y militar en la referida base de apoyo. A comienzos de 1933, el Comité Central Provisional se trasladó a la base de apoyo central a causa de que su trabajo realizado en las regiones controladas por el Kuomintang había sufrido serias pérdidas bajo la dirección de la línea errónea. Como resultado de esto, la línea errónea fue aplicada más todavía en la base de apoyo central y en las vecinas.

Confundiendo las tareas de las dos etapas históricas —la revolución democrática y la revolución socialista— y sin hacer distinción entre ambas, la línea “izquierdista” trató, en forma subjetivista

y precipitada, de saltar la revolución democrática; subestimó el papel decisivo que desempeñaba la lucha antifeudal del campesinado en la Revolución China, y abogó por combatir a la burguesía en su conjunto e incluso a la capa superior de la pequeña burguesía. La tercera línea "izquierdista" fue aún más lejos al poner en un mismo plano la lucha contra la burguesía y la lucha antimperialista y anti-feudal, negó por completo los importantes cambios políticos producidos dentro del país por la agresión japonesa y consideró, en cambio, como "el enemigo más peligroso" los grupos intermedios que se encontraban en contradicción con la reaccionaria dominación del Kuomintang y que habían entrado en acción activa. Sin entender las características de la sociedad china semicolonial y semifeudal, ni la revolución democrática burguesa china que era en esencia una revolución campesina, ni el desarrollo desequilibrado, la tortuosidad y el carácter prolongado de la Revolución China, menospreció la importancia de la lucha militar, particularmente de la guerra de guerrillas campesina y las bases de apoyo rurales, y exigió injustamente al Ejército Rojo que tomara ciudades claves.

Sin embargo, gracias a la profunda influencia de los correctos principios estratégicos del camarada Mao Tsetung, el Ejército Rojo salió victorioso en la operación de la primavera de 1933 contra la cuarta campaña de "cerco y aniquilamiento" del Kuomintang, antes de que la línea errónea del Co-

La gran marcha
mité Central Provisional se llevara totalmente a la práctica en el ejército. Pero en la operación contra la quinta campaña de “cerco y aniquilamiento”, que se inició a fines de 1933, la línea militar extremadamente errónea había alcanzado ya la dominación completa. La V Sesión Plenaria del VI Comité Central del Partido reunida en enero de 1934 marcó el punto culminante del desarrollo de la tercera línea “izquierdista”, cuyos exponentes estimaban, de manera equivocada, que “la crisis revolucionaria china ha llegado a una nueva etapa de agudización: existe en el país una situación de revolución inmediata”, y que la lucha contra la quinta campaña de “cerco y aniquilamiento” “es una lucha por conquistar la victoria total de la Revolución China”. La tercera línea “izquierdista” formó un sistema integral también en lo militar. En lo referente a la cuestión de la construcción del ejército, redujo las tres tareas del Ejército Rojo —de combatir, realizar trabajo entre las masas y producir— a una sola, la de combatir, preconizó la regularización indebida del ejército y combatió contra su justo carácter guerrillero y móvil de entonces tachándolo de “guerrillerismo”, además de dar alas al formalismo en el trabajo político. En cuanto a la cuestión de las operaciones, negó la premisa de que el enemigo era fuerte y nosotros éramos débiles; abogó por la guerra de posiciones, y por la supuesta “guerra regular” que se apoyaba únicamente en las fuerzas principales; propugnó una guerra de rápida decisión en lo estratégico y

operaciones prolongadas en las campañas; exigió “atacar en todo el frente” y “golpear con dos puños en dos direcciones a la vez”; se opuso a atraer al enemigo para que penetrara profundamente en nuestro campo y consideró el necesario desplazamiento de nuestro ejército como “tendencia a la retirada y huida”; se pronunció por una línea fija de operaciones y un comando militar absolutamente centralizado, y cosas por el estilo. En resumen, rehusó la guerra de guerrillas y la guerra de movimientos con carácter guerrillero y no comprendió la guerra popular.

Al iniciarse la operación contra la quinta campaña de “cerco y aniquilamiento”, los oportunistas de “izquierda” optaron por el aventurerismo en el ataque. Tomando como fundamento la accidental victoria en el encuentro de Sünkou, desplegaron tropas en la región enemiga para poner en práctica el erróneo principio de “detener al enemigo al otro lado de la puerta del Estado”.

Fue entonces cuando ocurrió el Incidente de Fuchién¹, y el enemigo se vio obligado a trasladar sus tropas hacia el este.

Si hubiéramos sabido aliarnos con las fuerzas de la oposición a Chiang Kai-shek y de resistencia al Japón, para hacer frente juntos a los reaccionarios chiangkaishekistas, esto habría contribuido enormemente a apoyar las crecientes demandas en el país de combatir la invasión japonesa e implantar la democracia, y, al mismo tiempo, militarmente ha-

La gran marcha
bríamos estado en plena condición de aprovechar la oportunidad para poner fuera de combate a una parte de las tropas del enemigo y destrozar la quinta campaña de “cerco y aniquilamiento”. Los oportunistas de “izquierda”, no obstante, consideraron terminantemente como “el enemigo más peligroso de la Revolución China” a los grupos intermedios y dejaron escapar la ocasión.

Después de derribar el gobierno popular instaurado en Fuchién, el enemigo pudo retornar cómodamente para abalanzarse de nuevo contra nuestras bases de apoyo.

La batalla de Kuangchang, en la provincia de Chiangsí, causó grandes pérdidas al Ejército Rojo. De ahí en adelante los oportunistas de “izquierda” practicaron el conservadurismo en la defensa. Propugnaron la división de las fuerzas para defender varios lugares a la vez. Esto sumió al Ejército Rojo en completa pasividad. Cuando resistía en un punto, el enemigo lo atacaba en otro. El Ejército Rojo se hallaba en demasiados aprietos para arreglárselas. Fueron disminuyendo su número y el territorio que ocupaban.

Por último, los oportunistas de “izquierda” recurrieron al huidismo rechazando la correcta proposición del Presidente Mao sobre el traslado de las fuerzas principales del Ejército Rojo hacia las líneas exteriores a fin de aniquilar al enemigo y defender y ampliar nuestras bases de apoyo. En octubre de 1934, decidieron de pronto que se abandonara la base de apoyo central. El Ejército Rojo empezó a desplazarse

precipitadamente sin que se explicara de antemano la razón a los cuadros y a las masas ni se hicieran los preparativos necesarios para pasar de la guerra de posiciones a la guerra de movimientos, para cambiar la estrategia de apoyarse en la base de apoyo por la de actuar sin ella, y para librar combates durante una larga marcha.

II

El error de huidismo cometido por la línea “izquierdista” en las operaciones militares siguió infligiendo graves pérdidas al Ejército Rojo durante el período inicial de la Gran Marcha. Desde que partiera de la base de apoyo central, por mucho tiempo, el V Grupo de Ejércitos del Ejército Rojo Central marchó en la retaguardia para cubrir a todas las tropas y al contingente de transporte de provisiones en su desplazamiento hacia el oeste a lo largo de la frontera de Kuangtung-Kuangsí-Junán. Apiñados, nuestros 80,000 hombres avanzaban lentamente por estrechos senderos montañoses. Con frecuencia atravesaban sólo un monte por noche y al final se sentían muy fatigados. Por mucho que se esforzaran, no lograban librarse de la persecución del enemigo, que se movía rápidamente por caminos anchos.

Cuando nuestro ejército, tras arduos combates, rompió tres líneas de bloqueo levantadas por el enemigo, Chiang Kai-shek no tardó en enviar 400,000 soldados para que, divididos en tres columnas, lo in-

La gran marcha
terceptaran y persiguieran, con la intención de aniquilarlo junto al río Siangchiang, en la frontera de Junán-Kuangsí.

Enfrentada sin remedio a la numerosa fuerza enemiga, la dirección “izquierdista” no hizo más que ordenar combates temerarios, tratando de romper el cerco y cifrando su esperanza en una posible reunión con los II y VI Grupo de Ejércitos. Durante la encarnizada batalla a la orilla este del río Siangchiang al sur de Chüansien (hoy Chüanchou), nordeste de la provincia de Kuangsí, que duró toda una semana, se emplearon grandes fuerzas para cubrir por los flancos el avance del ejército formando para él una especie de pasillo. Aunque nuestro ejército abrió una brecha en la cuarta línea de bloqueo enemigo y logró cruzar el río, lo pagó muy caro, perdiendo más de la mitad de sus efectivos.

En vista de los repetidos reveses sufridos desde el inicio de la operación contra la quinta campaña de “cerco y aniquilamiento”, y de la situación casi desesperada en que se hallaban, los cuadros hicieron una comparación con lo sucedido antes de la operación contra la cuarta campaña de “cerco y aniquilamiento”. Gradualmente se dieron cuenta de que el actual estado de cosas era resultado del rechazo a la línea correcta representada por el camarada Mao Tse-tung y de la aplicación de una línea errónea. En las tropas surgieron en forma notoria el escepticismo, el descontento y la activa demanda de cambio de dirección. Este resentimiento fue creciendo con los reveses

de nuestro ejército, y llegó a su apogeo durante la batalla a lo largo del río Siangchiang.

Mientras tanto, obrando en apoyo al Ejército Rojo Central, los II y VI Grupos de Ejércitos lanzaron poderosas ofensivas en la frontera de Sechuán-Kuichou-Junán. Con miras a impedir que las unidades del Ejército Rojo aunaran sus fuerzas, Chiang Kai-shek envió una numerosa tropa para detener su avance, interceptándolos y persiguiéndolos. Si no desechan el plan original, habrían tenido que librar una batalla decisiva contra una fuerza enemiga cuatro o cinco veces superior. Y como la capacidad combativa de nuestro ejército estaba más debilitada que nunca, obviamente resultaría exterminado si continuaba adoptando la necia táctica de enzarzarse en combates frontales con un enemigo que se encontraba en superioridad.

Precisamente en este momento crítico, el Presidente Mao salvó al Ejército Rojo. Propugnó en forma enérgica porque se abandonara la idea de reunir las fuerzas del Ejército Rojo Central con las de los II y VI Grupos de Ejércitos y se avanzara sobre la provincia de Kuichou donde el enemigo era endeble, con el propósito de conquistar la iniciativa y ganar algunos combates, de modo que las tropas pudieran descansar y consolidarse. Esta proposición fue aprobada por la mayoría de los camaradas. Entonces, nuestro ejército, después de tomar en diciembre la ciudad de Tungtao, en la frontera suroccidental de la provincia de Junán, entró de inmediato en Kuichou y capturó de un gol-

La gran marcha
pe a Liping, sudeste de esta última provincia. Si no hubiera sido por la resuelta insistencia del Presidente Mao en cambiar de táctica, los 30,000 integrantes del Ejército Rojo que quedaban no hubieran tenido otro fin que su total destrucción.

En una reunión del Buró Político del Comité Central del Partido realizada en Liping se decidió que el Ejército Rojo siguiera adelante en Kuichou, provincia en que la fuerza enemiga era débil. Una vez reorganizado, el ejército salió de Liping, forzó el paso del río Wuchiang en enero de 1935 y tomó la ciudad de Tsunyi, norte de Kuichou. La marcha y los combates eran tan intensos como antes, pero, gracias a la sabia proposición del Presidente Mao, las batallas transcurrían sin tropiezos y la moral de las tropas se elevaba gradualmente.

El ejército tuvo 12 días de descanso y consolidación en Tsunyi. Mientras tanto, el Comité Central del Partido realizó una reunión ampliada de su Buró Político.

III

La Reunión de Tsunyi centró sus esfuerzos en corregir el error militar y orgánico que desempeñaba un factor decisivo en aquel tiempo. Los dirigentes de la línea "izquierdista" habían tratado de sustituir la guerra de guerrillas y de movimientos por la de posiciones, la guerra popular por lo que ellos llamaban guerra "regular". Esta línea militar erró-

nea decidió la derrota de la operación contra la quinta campaña de “cerco y aniquilamiento” y dio lugar a las serias pérdidas sufridas por el Ejército Rojo en el período inicial de la Gran Marcha.

La Reunión de Tsunyi acabó con la dominación de la línea “izquierdista” en el Comité Central del Partido y dio origen a una nueva dirección encabezada por el camarada Mao Tsetung, salvando al Partido y al Ejército Rojo en la coyuntura más crítica. Fue un viraje de inmensa significación histórica, merced al cual nuestro Partido coronó con éxito la Gran Marcha, conservó y acercó la fuerza vertebral del Partido y del Ejército Rojo en las difícilísimas condiciones de la misma, frustró la posición derrotista de Chang Kuo-tao² y sus complots enderezados a escindir al Partido. El Ejército Rojo llegó victoriosamente al norte de Shensí, lo cual fomentó la creación del frente único nacional antijaponés y aceleró el auge de la resistencia contra el Japón.

Todo el ejército se sintió animado al conocer las decisiones de la Reunión de Tsunyi, como si viera la luz del sol disipando la niebla. El escepticismo y el descontento se esfumaron por completo. Las tropas recobraron su energía al cabo de algo más de 10 días de descanso y consolidación y tras una reorganización empezaron a trasladarse hacia el norte.

En esa época, el II y VI Grupos de Ejércitos habían desarrollado bastante sus fuerzas en la re-

La gran marcha

gión fronteriza de Junán-Jupeí-Sechuán-Kuichou, pero no pudieron entablar contacto con el Ejército Rojo Central porque el enemigo ya se había estacionado en el frente de Chichiang, oeste de Junán. El Ejército del IV Frente, a su vez, desbarató en la base de apoyo de Sechuán-Shensí un ataque convergente lanzado desde seis direcciones por los caudillos militares sechuaneses. Cuando el Ejército Rojo Central, pasando por Tungtsi y Sishui al norte de Tsunyi, se dirigió al oeste, cruzó el río Chishui y dobló hacia el norte, el enemigo se alarmó extremadamente.

Los caudillos militares de Sechuán se apresuraron a enviar soldados a defender la región limítrofe entre las provincias de Sechuán y Kuichou, a ordenar a su división modelo (al mando de Kuo Sün-chi) que patrullara diversos lugares, y a bloquear el paso del río Yangtsé, con la intención de impedirle atravesar el río y marchar hacia el norte para reunirse con el Ejército del IV Frente. Cuando llegó a Weisin, en el nordeste de la provincia de Yunnán, una columna del enemigo bajo el mando de Chou Jan-yuan y Wu Chi-wei vino desde Junán. No logrando aniquilar la división de Kuo Sün-chi en la batalla de Tucheng y enfrentado a una numerosa tropa de refuerzo, abandonó el plan de cruzar el Yangtsé para ir al norte. Apartándose de repente del enemigo lanzóse hacia el este, volvió a salvar el río Chishui, a ocupar de nuevo Tungtsi, Loushan-kuan y Tsunyi dejando fuera de combate a dos divisiones de un caudillo militar

de Kuichou. Sin embargo, la columna de Junán le dio alcance y se trabó con él en recio combate. Llovía a cántaros, y los senderos en las montañas eran resbaladizos. Nuestro III Grupo de Ejércitos y regimiento de cuadros lucharon repetidas veces con el enemigo por tomar un punto de control en el monte Laoya. Nuestro I Grupo de Ejércitos, al amparo de la obscuridad de la noche, penetró por el costado oeste en el campo enemigo. Los toques de cornetas retumbaron por todo el monte. Atacadas por delante y por atrás, las tropas del enemigo huyeron despavoridas y en desbandada, hacia el sur. Nuestro Ejército las persiguió hasta el río Wuchiang, donde puso fuera de combate más de una división de soldados. Parte de los remanentes de las tropas enemigas logró cruzar el río y desmanteló el puente flotante a fin de contener nuestra persecución. La parte restante, que no alcanzó a ir a la otra orilla del río, fue liquidada por entero. Esta fue la primera gran victoria obtenida desde el inicio de la Gran Marcha.

Luego de la Reunión de Tsunyi, nuestro ejército operaba al contrario que antes, como si estuviera dotado de una nueva vida. Siguiendo una trayectoria tortuosa, se movía entre las unidades del enemigo. Aparecía en el oeste cuando el enemigo estimaba que marchaba hacia el este, y cuando el enemigo creía que se alejaba en dirección norte después de cruzar un río, volvía para atacarlo. Manteniendo siempre la iniciativa, nuestro ejército actuaba vigorosamente, sometiendo al enemigo a su voluntad. A

cada movimiento suyo, el enemigo se veía compelido a cambiar su orden de batalla, lo que le permitía descansar tranquilamente, movilizar a las masas y engrosar sus filas. Cuando el enemigo terminaba de desplegar por enésima vez sus fuerzas, nuestro ejército asomaba en otro lugar; desorientado, recibía golpes a cada paso y se agotaba corriendo de un lado a otro. Contrastando esta situación con la que había prevalecido bajo la dominación de la línea "izquierdista", los mandos y combatientes de todo el ejército llegaron a comprender más profundamente que la correcta línea del Presidente Mao y su arte militar marxista altamente desarrollado eran la única garantía de la invencibilidad del Ejército Rojo.

En la región de Tsunyi, el Ejército Rojo buscó en varias ocasiones combate con el enemigo, pero éste se mantuvo cautelosamente a la defensiva. En marzo, salió de Tsunyi rumbo al oeste, tomó Yenjuai, atravesó por tercera vez el río Chishui desde Maotai y volvió a entrar en el sur de Sechuán. Creyendo que se dirigía hacia el norte para cruzar el Yangtsé, el enemigo, muy asustado, se apresuró a construir gran cantidad de blocaos en la frontera entre las provincias de Sechuán, Kuichou y Yunnán, con la tentativa de bloquearlo, cercarlo y aniquilarlo. Pero éste viró de súbito retornando de sur de Sechuán a Kuichou y cruzó el río Chishui por cuarta vez en las inmediaciones de Maotai. Dejando allí un pequeño destacamento para inmovilizar al enemigo, el resto del ejército se trasladó velozmente hacia el sur, atra-

vesó el río Wuchiang y se lanzó sobre Kuiyang, además de enviar al este parte de su fuerza para que atacara a Wengan y Juanping.

En ese momento el propio Chiang Kai-shek estuvo en Kuiyang para dirigir la guerra. Llamó con precipitación en su socorro a las tropas de los caudillos militares de Yunnán y ordenó a las unidades bajo el mando de Süe Yue y las de Junán que defendieran a Yuching y Shichien en la parte este de Kuichou, con el propósito de evitar que nuestro ejército marchara hacia el este y juntara sus fuerzas con las del II y VI Grupo de Ejércitos. Al planear las operaciones de nuestro ejército, el Presidente Mao había dicho: "Si conseguimos hacer salir las tropas de Yunnán, ganaremos la victoria". En efecto, el enemigo actuó totalmente de acuerdo con lo que planeaba el Presidente Mao. Entonces, nuestro I Grupo de Ejércitos asedió a Lungli, al sudeste de Kuiyang, fingiendo una ofensiva para confundir al enemigo, mientras que el resto de las fuerzas principales cruzó la carretera Junán-Kuichou y se encaminó directamente a Yunnán, en dirección contraria a la que seguían las tropas yunnanesas que acudían en socorro del enemigo en Kuiyang. Una vez más, el Presidente Mao aplicó exitosamente la ágil táctica de amagar en el este para atacar por el oeste, "haciéndose presente" en el este de Kuiyang para desorientar al enemigo, de modo que el Ejército Rojo explotara la oportunidad para alejarse con rapidez hacia el oeste.

Luego de cruzar la carretera apartándose del enemigo, nuestro ejército avanzó a marchas forzadas, haciendo 120 *li* por día. Durante su marcha

La gran marcha capturó una tras otra las cabeceras distritales de Tingfan (hoy Juishui), Kuangshun y Singyi, en la parte suroccidental de Kuichou, y atravesó el río Peipan. A fines de abril se dividió en tres columnas para entrar en el este de Yunnán. Una columna, el IX Grupo de Ejércitos, que era un destacamento de reserva dejado al norte del río Wuchiang para contener al enemigo, al desbaratar la persecución convergente de cinco regimientos, entró en Yunnán y capturó a Süanwei, pasó por Juitse y cruzó el río Arenas Doradas. Las otras dos columnas, que eran las fuerzas principales del Ejército Rojo, se aproximaron a Kunming después de tomar Chanyi, Malung, Süntien y Sungming. Como las fuerzas principales de las tropas de Yunnán habían sido enviadas en su totalidad al este, la retaguardia enemiga quedó sin defensa. Presa de pánico por la entrada de nuestro ejército a Yunnán, Lung Yun, caudillo militar de esa provincia, congregó precipitadamente en Kunming a las unidades milicianas de diversas localidades para que defendieran esa ciudad. Sin embargo, con un simulacro de ataque, nuestro ejército cambió de rumbo y se dirigió hacia el noroeste en dirección al río Arenas Doradas.

Este río, ancho e impetuoso, que corre entre altas montañas y estrechos valles en la frontera de Sechuán-Yunnán, se halla en un terreno de difícil acceso. Si nuestro ejército no lograba cruzarlo para seguir su camino hacia el norte, correría el riesgo de ser aniquilado en los profundos valles. Al pa-

recer, Chiang Kai-shek lo había descubierto en ese momento pues a diario enviaba aviones de reconocimiento. Las tres columnas avanzaron de noche, por vías paralelas y a toda prisa, hacia el Arenas Doradas. El I Grupo de Ejércitos fue a tomar el paso de Lungchie; el III Grupo de Ejércitos, el paso de Jungmentu; y el regimiento de cuadros, el paso de Chiaoping. El V Grupo de Ejércitos las seguía en la retaguardia para cubrirlas.

El regimiento de cuadros obtuvo éxito en el cruce furtivo del río. Atacó y aniquiló a un pelotón de las tropas de Secuán, y destacó de inmediato una parte de su fuerza para controlar ambas orillas del paso Chiaoping y tras una búsqueda consiguió siete pequeños barcos. La fuerza principal de dicho regimiento, entretanto llegó rápidamente por un profundo valle en la ribera norte a una meseta a varias decenas de *li* de distancia, donde derrotó los refuerzos enemigos de Sechuán. En cuanto a Jungmentu, fue imposible cruzar el río por allí ya que la corriente era demasiado torrentosa. Tampoco convenía hacer el cruce por el paso de Lungchie donde el río era demasiado ancho y estaba expuesto a los hostigamientos de la aviación enemiga. Por lo tanto, el I y III Grupo de Ejércitos, cubiertos por una división del V Ejército, se concentraron en Chiaoping para atravesar el Arenas Doradas.

Tres días más tarde, cerca de 6 regimientos de la 13ª división, una fuerza de choque del enemigo, llegó a perseguir nuestros ejércitos. Pero, tomados

La gran marcha
desprevenidos por un ataque del V Grupo de Ejércitos, se retiraron a lo largo del río. Chiang Kai-shek se había dado cuenta de los nuevos cambios en nuestra táctica y convocó en Kuiyang una reunión en la que se estudiaron los rasgos peculiares de las recientes operaciones de nuestro ejército y se estableció la táctica de “persecución larga y combate seguro” para evitar que sus unidades fueran aniquiladas. Ahora bien, estando muy separada de sus tropas principales y sin saber qué íbamos a hacer, la 13ª división se atrincheró en Tuanchie y no se atrevía a moverse a la ligera.

Al cabo de 9 días con sus noches, todo nuestro ejército había cruzado el río por el paso Chiaoping. Cuando el grueso de las tropas enemigas llegó, las embarcaciones habían sido quemadas y el Ejército Rojo estaba ya lejos.

De allí en adelante el Ejército Rojo se liberó de las maniobras enemigas y ganó una victoria decisiva en su desplazamiento estratégico. Tras cinco días de descanso en Juili, suroeste de Sechuán, continuó en dirección norte. Pasando Sichang y Luku, entró en la zona donde viven en densas comunidades los compatriotas de la nacionalidad yi. Prosiguiendo firmemente la política nacional formulada por el Presidente Mao, nuestro Ejército trabajó amistad con los jefes del clan Kuchi, neutralizó al clan Laowu, y, por lo que hace al clan Luojung, que lo hostigaba con frecuencia instigado por agentes secretos de Chiang Kai-shek, le explicó reiteradamente su objetivo de ayudar a las minorías nacionales a conquistar

la emancipación. Así fue como, gracias a la política nacional del Partido, cruzó sin mayores dificultades por la región de los yi y arribó al paso Anshunchang.

Ubicado a la orilla sur, del río Tatu, Anshunchang había sido el escenario donde Shi Ta-kai del Reino Celestial Talping³ y sus tropas sufrieron la derrota final al fracasar en el cruce del río para dirigirse hacia el norte. Al entrar en este profundo valle, de 40 li de largo y flanqueado por altas montañas, un ejército tiene reducido su margen de operación y pocas posibilidades de desplegarse y puede ser aniquilado fácilmente por un enemigo emboscado. Por esto los caudillos militares de Sechuán afirmaban que al Ejército Rojo le esperaba la misma suerte que a Shi Ta-kai. En Anshunchang estaba acantonado un batallón de los caudillos, con una pequeña embarcación para el transporte mientras las demás permanecían en la orilla norte. Al cercar a las tropas sechuanesas en Anshunchang en la orilla sur, nuestro ejército se encontró con una única embarcación. Entonces se organizó un grupo de choque para atravesar el río. Tan pronto como los 17 valientes que conformaban el grupo, alcanzaron la otra orilla, derrotaron al enemigo y ocuparon el paso, los siguieron sucesivamente los hombres de la 1ª División, quienes barrieron con todos los soldados enemigos en la orilla norte y desbarataron en Jualinping a una brigada de la fuerza de reserva de las tropas de Sechuán en esa orilla. Luego, avanzó río arriba hacia el puente Luting paralelamente con la 2ª División que se hallaba en la

La gran marcha
ribera sur. La 2ª División fue la primera en llegar al destino. Sus combatientes forzaron el cruce del Tatu agarrándose a las cadenas de hierro del puente antes que el enemigo tuviera tiempo para destruirlo completamente, y se reunieron con la 1ª División.

En junio de 1935, tras el cruce del Tatu, el Ejército Rojo libró un combate en Janyuan, donde desbarató cuatro regimientos de los caudillos militares de Sechuán. Luego de pasar por Tienchüan, Lushan y Psoding, en el oeste de esta provincia, atravesó la montaña Chiachin, el primero de los nevados en el camino de la Gran Marcha, capturó a Tawei y Mao-kung, noroeste de Sechuán, y reunió victoriosamente su fuerza con la del Ejército del IV Frente.

IV

Cuando el Ejército Rojo Central hacía la Gran Marcha, el Ejército del IV Frente en la base de apoyo de Sechuán-Shensí aplastó los ataques convergentes que desde seis direcciones lanzó sobre ella el enemigo. Pero Chang Kuo-tao, persistiendo en la línea huidista de su oportunismo de derecha, abandonó esta base y, a la cabeza de todas sus unidades, se retiró hacia el oeste. Después de cruzar los ríos Chialing, Fuchiang y Minchiang, dichas unidades alcanzaron la zona de Lifan (hoy Lisien) y Maokung, donde se reunieron con el Ejército del I Frente.

Respecto a los errores cometidos por Chang Kuo-tao, el Presidente Mao siempre se adhirió a la

política correcta en relación con la lucha dentro del Partido. Después del encuentro de las fuerzas, en Liangjekou tuvo lugar una reunión del Buró Político del Comité Central del Partido, la que decidió continuar la marcha hacia el norte. El Presidente Mao condujo al ejército, a finales de junio, para atravesar los montes nevados Mengpi, Changpan y Taku hasta llegar a Maoerkai, cerca de Sungpan. Chang Kuo-tao seguía aferrándose a su línea errónea de huidismo. Antes de que los Ejércitos del I y IV Frentes juntaran sus fuerzas, había establecido un “gobierno federal del noroeste”. Con esto revelaba que había puesto los ojos en el noroeste, en las áreas de Sikang, Chingjai, el noroeste de Kansú y hasta Sinchiang. Obstinándose en su plan original, retrocedió hacia las zonas habitadas por minorías nacionales en Sikang y Chingjai, haciendo caso omiso a los muchos telegramas del Comité Central del Partido contra este proceder.

Mientras tanto, el Presidente Mao ordenó a las unidades preparar víveres para atravesar los pantanos. Permaneció en Maoerkai por un mes entero, esperando con paciencia un cambio en la actitud de Chang Kuo-tao. En este momento, los imperialistas japoneses intensificaron su agresión contra China. En menos de cuatro años a partir del Incidente del 18 de Septiembre de 1931, invadieron y ocuparon las tres provincias del nordeste de China y Yeje⁴, y luego diversas provincias del norte: ¡casi la mitad del territorio chino! Ya en enero de 1933, el Partido Comunis-

La gran marcha
ta de China había publicado una declaración, en la que expresó su deseo de unirse con los otros ejércitos del país para combatir juntos contra la agresión japonesa, a condición de que cesaran de atacar las bases de apoyo revolucionarias y el Ejército Rojo, dieran libertades y derechos al pueblo y lo armaran. Pero los reaccionarios kuomintanistas, cerrando sus ojos ante el peligro que amenazaba la propia existencia de la nación, se rindieron a los invasores japoneses y traicionaron a la patria, Al mismo tiempo, enviaban continuamente tropas para realizar campañas de “cerco y aniquilamiento” contra el Ejército Rojo, tratando en vano de liquidarlo del todo. Su traición provocó suma indignación. En contraste con esto, la opinión pública del país mostró profunda simpatía por la firme y justa posición de nuestro Partido y depositó en él la esperanza de que asumiera la importante misión de resistir al Japón. Hacía tiempo que nuestro Partido había llamado a poner fin a la guerra civil y a unirse para combatir contra los invasores japoneses, llamamiento que recibió el sincero apoyo de todos los sectores del pueblo y golpeó la reaccionaria política chiangkaishekista de persistir en la contienda civil.

Poco después, el Buró Político del Comité Central del Partido sesionó en Maoerkai y adoptó resoluciones sobre la situación política y las tareas a cumplir tras la reunión de las fuerzas de los Ejércitos del I y IV Frentes. Además, decidió que el Ejército Rojo marchara hacia el norte en dos columnas. La

columna derecha, dirigida por el Comité Central y el Presidente Mao, abarcaba el I y III Grupos de Ejércitos del Ejército del I Frente, y el 4° y 30° cuerpos de ejército del Ejército del IV Frente. La columna izquierda, encabezada por el comandante en jefe Chu Te y Chang Kuo-tao, estaba compuesta del 9° y 31° cuerpos de ejército del Ejército del IV Frente, y por el V y IX Grupos de Ejércitos del Ejército del I Frente.

La columna derecha cruzó los pantanos y avanzó hacia Panyou, Pasi y Asi. Aniquiló una de las divisiones al mando de Ju Tsung-nan en Chiu-chisi, a la orilla del río Paotsuo. La columna izquierda partió de Chuokechi y, a través de los pantanos, se dirigió hacia Apa y Panyou. Cuando llegó a Apa, Chang Kuo-tao reveló en mayor grado su ambición personal de escindir el Partido. Telegrafió al Comité Central, pidiendo que toda la columna derecha fuera al sur. El Comité Central le envió varios mensajes señalando que la única salida era marchar hacia el norte, con la esperanza de corregir su error de intentar ir al sur. Luego incluso le ordenó severamente que continuara el avance hacia el norte. Chang Kuo-tao, no obstante, se empeñó en su línea errónea desafiando sin escrúpulos las instrucciones del Comité Central.

Aunque en estos momentos la columna derecha estaba reducida a sólo 7,000-8,000 hombres, la determinación del Comité Central de continuar la marcha hacia el norte fue inquebrantable. En

La gran marcha septiembre, esta columna salió de Pasi, cruzó el río Paotsuo, avanzó a lo largo del río Pailung, al sur de la provincia de Kansú, recorrió senderos sobre despeñaderos y conquistó la barrera natural de Latsikou. Más tarde, superó la cordillera Minshan, dejó atrás los montes nevados y los pantanos y llegó a Jatapu, situado entre Minisien y Siku, al sur de Kansú. El enemigo congregó apresuradamente cerca de 300,000 soldados para interceptar al Ejército Rojo junto al río Weije. Nuestras unidades, tras dos días de descanso en Jatapu, fingieron moverse hacia Tienshui, atrayendo allí a las fuerzas principales del enemigo. Entre tanto; a marcha forzada entre Wushan y Changsien, cruzaron con éxito el cordón kuomintanista a lo largo del río Weije y tomaron sucesivamente a Pangluo y Tungwei. En octubre, atravesaron las zonas habitadas por los jui y rompieron las defensas enemigas entre Juining y Chingning, al este de Kansú; y entre Pingliang y Kuyuan (hoy perteneciente a Ningsia) desbarataron la persecución de cuatro regimientos de caballería del adversario, cruzaron el elevado monte Liupan dentro de la región de Kuyuan, pasaron por Juansien y arribaron a Wuchichen, en la base de apoyo revolucionaria del norte de la provincia de Shensí, donde se reunieron victoriosamente con el XV Grupo de Ejércitos que operaba allí. Durante la batalla de Chiluothen, la tercera campaña de "cerco y aniquilamiento" desatada por Chiang Kai-shek contra la región fronteriza de Shensí-Kansú fue aplastada

limpiando de obstáculos el camino para establecer en el noroeste de China el cuartel general nacional de la Revolución por parte del Partido Comunista de China.

Después de su llegada al norte de Shensí, el Comité Central del Partido convocó en Wayaopao, en diciembre de 1935, una reunión de su Buró Político. La reunión criticó el punto de vista erróneo existente en el Partido según el cual la burguesía nacional china no podía ser una aliada de los obreros y los campesinos chinos en la resistencia conjunta contra el Japón, y adoptó la táctica de establecer un frente único nacional antijaponés. Señaló el carácter prolongado de la Revolución China y criticó la estrecha actitud de “puertas cerradas” y el mal de la precipitación respecto a la revolución, que existieran durante largo tiempo en el seno del Partido. Estos errores fueron las causas fundamentales de los graves reveses sufridos por el Partido y el Ejército Rojo durante el período de la Segunda Guerra Civil Revolucionaria. La Reunión de Tsunyi, que tuvo lugar en el curso de la Gran Marcha del Ejército Rojo, no pudo tomar más que resoluciones sobre los problemas militares y organizativos más urgentes en ese momento. Sólo después del arribo del Ejército Rojo al norte de Shensí, el Comité Central del Partido y el camarada Mao Tsetung pudieron exponer sistemáticamente las cuestiones concernientes a las tácticas políticas. La reunión de Wayaopao fue una reunión de suma importancia.

Luego de ella, el camarada Mao Tsetung rindió el informe titulado "Sobre la táctica de la lucha contra el imperialismo japonés"⁵. Este informe no sólo definió la política del Partido en aquel tiempo y planteó en forma sistemática el problema de establecer un Frente Único Nacional Antijaponés, sino que resumió las experiencias básicas obtenidas en la primera y la segunda guerras civiles revolucionarias y formuló la línea fundamental del Partido para el período de la revolución democrática.

V

Después de romper abiertamente con el Comité Central del Partido, Chang Kuo-tao condujo en forma arbitraria la columna izquierda y los dos cuerpos de ejército de la columna derecha subordinados originalmente al Ejército del IV Frente, a atravesar de nuevo los pantanos y montes nevados y retirarse hacia Tienchüan y Lushan, en la frontera de Sechuán-Sikang, pasando por Maoerkai, Mao-kung y Paosing. Cuando llegó a Chuomutiao, dejó al descubierto todo su designio maquiavélico entregándose descaradamente a actividades de traición al Partido; y anunció la formación de un espurio comité central bajo su propia presidencia. Ante esta situación, el comandante en jefe Chu Te perseveró en la correcta política del Presidente Mao relacionada con la lucha en el seno del Partido y mantuvo una firme posición política de principios. Chang

Kuo-tao le pidió publicar una declaración contra el Comité Central del Partido. Chu Te no sólo lo rechazó, sino que explicó con paciencia a los cuadros la justa política del Comité Central.

El Ejército del IV Frente permaneció tres meses en la región de Tienchüan y Lushan. En estos momentos, una parte del Ejército Central del Kuomintang entró en Sechuán, y lo atacó en coordinación con las unidades de los caudillos militares de esta provincia. Los combates crecieron en ferocidad y causaron graves pérdidas al Ejército del IV Frente. Pero Chang Kuo-tao seguía indeciso. Sólo cuando un sector de su línea defensiva fue roto, se vio obligado a retirarse a Tsofu, Lujuo, Chanjua, Kantsi y Tachinsi, nordeste de Sikang, tratando aún de huir en dirección de Sining, provincia de Chingjai.

Mientras tanto, el Ejército del II Frente que había salido de la base de apoyo en las fronteras de Junán-Jupeí-Sechuán-Kuichou, llegó a Kantsi, vía Kuichou y Yunnán, recorriendo una larga distancia y combatiendo continua y arduamente.

Chu Te, Yen Pi-shi, Je Lung, Kuan Siang-ying y otros camaradas defendieron con firmeza la acertada línea del Comité Central del Partido. Los cuadros del Ejército del IV Frente también llegaron a comprender poco a poco lo erróneo que era ir al sur y demandaron marchar hacia el norte para resistir a los invasores japoneses, de modo que el complot escisionista del renegado Chang Kuo-tao resultó totalmente frustrado. Fue forzado a disolver su espurio comité central y dirigir las unidades hacia el norte.

Partiendo de Kantsi, estas unidades pasaron por Tungku, Apa y Paotsuo, recruzaron los montes nevados y los pantanos, arribaron en agosto a la parte sur de Kansú y tomaron a Jatapu, Tatsaotan y Lintan. En ese tiempo, el Comité Central del Partido había enviado a los camaradas Nie Yung-chen y Tsuo Chüan en una expedición al oeste con el fin de preparar el camino para la marcha al norte de los Ejércitos del II y IV Frentes. También hizo preparativos para una batalla con las fuerzas kuomintanistas en el área entre Chingning y Juining. Entonces los Ejércitos del II y del IV Frentes avanzaron en dos columnas: el primero en la columna derecha, y el segundo, en la izquierda. La columna derecha marchó hacia el este tomando el camino entre Sije y Wushan, conquistó sucesivamente a Chengsien, Juisien, Kangsien y Liangtang, sudeste de Kansú, y cercó y atacó a Fengsien, oeste de Shensí. Estas acciones estaban destinadas a inmovilizar a las fuerzas enemigas al mando de Ju Tsung-nan. Las unidades de Nie Yung-chen y Tsuo Chüan, por su parte, habían cercado a las tropas enemigas bajo el mando de Mao Ping-wen y Sü ke-siang. Cuando Nie Yung-chen y Tsuo Chüan advirtieron a Chang Kuo-tao para que se les uniera a fin de aniquilar juntos a las tropas kuomintanistas rodeadas, éste se empeñó en su error huidista. So pretexto de hacer preparativos para combates en la zona de Min-sien y Lintao, condujo por su propia cuenta la columna izquierda a retirarse hacia el oeste, rumbo a Sining, pro-

vincia de Chingjai. Más tarde, por el descontento de las tropas y la dificultad de cruzar el río Amarillo, no tuvo otra alternativa que volver atrás con ellas.

No obstante, Chang Kuo-tao no abandonó por eso su ambición personal. Pretextando cumplir el plan de la batalla de Ningsia, mandó otra vez al Ejército del IV Frente dirigirse al oeste para cruzar el río Amarillo. Sólo una parte del ejército logró el cruce antes de la llegada de las tropas kuomitanistas de Ju Tsung-nan, que se apoderaron del paso. De acuerdo con el plan de Chang Kuo-tao, las unidades que habían atravesado el río marcharon hacia el oeste, y fueron rodeadas una y otra vez por las tropas del Kuomintang en la región de Kanchou (hoy Changye) y Suchou (hoy Chiuchüan), oeste de Kansú. Aunque lanzaron heroicos contraataques, fueron derrotadas finalmente.

Los errores de Chang Kuo-tao trajeron serias pérdidas al Partido y el Ejército Rojo. No pudieron causar mayores daños a la Revolución sólo debido a que después de la Reunión de Tsunyi la adecuada dirección del Comité Central encabezado por el camarada Mao Tsetung fue establecida en todo el Partido. La acertada dirección del camarada Mao Tsetung jugó un papel decisivo para salvar al Ejército del IV Frente de la errónea línea de Chang Kuo-tao, conservar al Ejército Rojo de Obreros y Campesinos de China aun bajo condiciones extremadamente difíciles y asegurar la victoriosa conclusión de la Gran Marcha.

En octubre de 1936, las tres fuerzas principales del Ejército Rojo: los Ejércitos de los I, II y

IV Frentes, lograron por fin unirse en Juining. Y en seguida libraron una batalla en Shanchengpao, aniquilando una división de las tropas de Ju Tsungnan, y la Gran Marcha fue coronada con la victoria. Desde entonces, nuestro ejército, estrechando sus filas bajo la acertada dirección del Comité Central encabezado por el camarada Mao Tsetung, se embarcó en la lucha por la realización de la política del Partido de formar el frente único nacional antijaponés y por acelerar la llegada del auge de la resistencia contra el Japón.

Echando una mirada retrospectiva a todo el proceso de la Gran Marcha, vemos claramente que su victoria fue lograda gracias a la completa rectificación de la línea errónea "izquierdista" y al establecimiento de la dirección de la justa línea del camarada Mao Tsetung, gracias a la resuelta lucha contra la línea oportunista de derecha de Chang Kuo-tao y su complot de escisión y a la firme ejecución de la apropiada propuesta del camarada Mao Tsetung.

Vemos también que el pensamiento estratégico revolucionario largamente probado del camarada Mao Tsetung, que integra el marxismo-leninismo con las condiciones concretas de China, es el único pensamiento guía correcto para la Revolución China. Sólo por él, el Ejército Rojo logró superar milagrosamente los numerosos rigores y dificultades, completar la Gran Marcha y avanzar hacia nuevas victorias.

Con hechos fehacientes, la Gran Marcha declaró que los comunistas chinos armados con el pensamiento Mao Tsetung son invencibles.

**La construcción del puente
sobre el río Wuchiang
Juang Chao-tien**

Cuando llegó el primer Año Nuevo en la Gran Marcha, la compañía de ingenieros de nuestro regimiento de cuadros acantonaba en una aldea distante 30 kilómetros del río Wu-chiang. Antes festejábamos esa fecha bulliciosamente en encuentros fraternales u ofreciendo comida. Pero esta vez las cosas serían muy diferentes. Debido a las marchas sucesivas, teníamos mucho cansancio y deseos de dormir a pierna suelta siquiera una noche. Finalizada la breve ceremonia del Año Nuevo, nos echamos en brazos de Morfeo.

Cuando estábamos en medio del sueño, una súbita orden nos despertó. Debíamos acudir antes del alba al cruce Chiangchie del río Wuchiang a fin de construir un puente. Al escuchar la noticia, nuestra somnolencia desapareció. Transmití la orden y marchamos de inmediato.

Era una noche oscura, lloviznaba y el viento soplaba con fuerza. Caminamos por el tortuoso sendero de la montaña. Cuando llegamos a los campamentos de la orilla del río ya era plena mañana.

Al anunciar nuestra llegada, el camarada Chang Yun-yi nos llevó a explorar el terreno. El río

tenía más de 200 metros de ancho, un torrente impetuoso, acantilados a ambos lados como culminación de montañas cuyos altos picos horadaban las nubes, la barrera natural que formaba este río era digna de su buena fama. Los enemigos de la orilla opuesta nos disparaban sin cesar, pero nuestra tarea era tender un puente sobre el río aun bajo el fuego de artillería del adversario.

¿Cómo hacerlo? ¿Cuánta mano de obra y materiales se necesitarían? ¿De dónde tomar esos materiales? ¿Cómo sobreponerse al tiempo? ¿Cuándo se formaría el destacamento que debía cruzar el río para proteger la construcción del puente? A todos estos serios problemas todavía no encontrábamos la solución. Pero yo tenía la firme convicción de que podíamos cumplir la tarea por muy difícil que fuera: los miembros de la compañía de ingenieros éramos cuadros de base provenientes de las unidades de ingeniería del Ejército Rojo con alta conciencia de clase y disponíamos de adecuadas habilidades técnicas.

Después de regresar al campamento, ordené a los soldados sondear el río, mientras estudiaba la ubicación del puente y otros problemas junto con el instructor político y los jefes de pelotón. En ese momento llegó el camarada Tan Si-lin, un ingeniero instructor del regimiento de cuadros, y su presencia aumentó nuestra confianza en el éxito.

La parte más profunda del río tenía cerca de 17 metros y su velocidad de corriente alcanzaba 1.8

metros por segundo. En base a estos datos decidimos construir un puente flotante de bambú.

Luego de ayudarnos a hacer un diseño completo, el camarada Tan lo informó al puesto de mando. Los superiores estuvieron de acuerdo con nosotros, y mandaron ingenieros e infantes a cortar bambú así como a algunas unidades del ejército de zaga para ayudarnos a recoger materiales tales como sogas, tablas de puerta, madera, cestos, etc.

Así empezó el intenso trabajo. Con el fin de facilitar la construcción, más de 200 soldados de la compañía fueron distribuidos en 8 o 9 grupos: de abastecimiento, de atado de balsas, de instalación, de anclaje, de socorro, de reserva, etc.

Los enemigos comenzaron a tirar con mayor densidad desde el inicio de la obra. Las balas levantaron columnas de agua a nuestro alrededor. Algunos compañeros murieron y otros sufrieron heridas, pero el trabajo no cesó nunca. Bajo la protección de nuestro fuego, el puente se extendía con rapidez hacia adelante.

Con tres balsas adosadas hacíamos los pilares flotantes y por cada par de pilares colocamos dos durmientes. Sobre ellos, a manera de vigas longitudinales, cuatro cañas de bambú y apoyándose en ellas, las tablas de puerta que servían de tableros del puente sujetadas por travesaños. Así iba construyéndose el puente encadenado por secciones de balsa.

Los obuses de cañón enemigos caían constantemente sobre las secciones de balsas y algunas de

ellas fueron rotas, pero construidas en base a balsas de bambú, no corrían el peligro de hundirse. Lo más molesto era que los rifles y ametralladoras apuntaban en especial a los marineros, lo que amenazaba seriamente la construcción. Mientras seguíamos trabajando intensamente, nos decíamos a nosotros mismos: "No pasará mucho tiempo sin que conozcan nuestro poderío".

Lloviznaba sin cesar, teníamos los uniformes empapados. Y estando en plena estación invernal, al poco tiempo de entrar en el río, los constructores tenían sus manos y pies entumecidos y sangrantes. No sólo luchábamos contra el rival sino también contra el frío riguroso.

En el curso de la construcción, surgió otro problema. Como el agua corría impetuosamente, no podíamos fijar bien los tramos del puente flotante y sin embargo, no era posible retardarnos ni un momento. La obra se componía de más de cien tramos y si no podíamos controlarlos, ¿qué tipo de puente tendríamos?

Estábamos muy preocupados, transpirando de nervios. ¿Cómo resolver esta cuestión? En ese momento crucial, el camarada Tan Si-lin nos dijo con confianza: "Tenemos que movilizar a todos para que ofrezcan sus ideas y encontraremos, sin duda alguna, un método para alinear el puente".

Los soldados dieron una tras otra sus ideas; unos sugerían colocar pilotes, otros opinaban que se

podían atar con sogas. Pero, según las diversas condiciones del momento, todos los medios parecían inútiles como solución inmediata.

Pero, sin resolver el problema de fijar los tramos, no se podía avanzar en la construcción.

“¿Qué les parece si los fijan con grandes piedras a modo de anclas?” —dijo el camarada Tan Si-lin con voz sonora luego de un instante de silencio.

“¡Qué buena idea!” convenimos todos.

Entonces comenzó la prueba. Pero, una piedra de 150 o 200 kg. de peso no era suficiente para detener un tramo en las aguas. Además, la piedra era lisa y no podía anclarse en el cauce con su propio peso. Puede que con más piedras se resolviera, pero, no las había ni teníamos tiempo para conseguirlas.

Perfeccionamos el método. En lugar de grandes rocas individuales, usamos cestas llenas de fragmentos en las que insertábamos tres palos afilados, formando así anclas que pesaban 500 y hasta 1000 kg. Por fin, los segmentos de puente quedaron firmemente anclados. Estimulados por este logro trabajábamos con más esfuerzo, y el puente flotante se extendía constantemente.

Ahora, faltaban cuerdas. ¿Dónde buscarlas? Desatamos nuestras polainas y utilizamos sus cordones. Pero todavía no eran suficientes. Finalmente resolvimos el problema usando telas confiscadas a los déspotas locales o compradas en el mercado.

La construcción comenzó en medio del nutrido fuego de artillería enemigo. Los obuses explota-

ban alrededor de la obra, levantando por todas partes columnas de agua. Algunos alcanzaron a varios de los valientes constructores, los que resultaron heridos u ofrendaron sus preciosas vidas. Nunca olvidaré la muerte del camarada Shi Chang-chie, jefe del grupo de lanzamiento de anclas. Alto y fuerte, y en la flor de la vida, este joven que descendía de una familia de marinos, se había destacado por su estoicismo en el trabajo. La última vez que lo vi, conducía un tramo del puente hacia el centro del río. De repente, su garrocha fue rota, tomó otra y prosiguió. La escena se repitió varias veces. Manejaba con ligereza y flexibilidad como si fuera en un barco. De golpe lo vi caer. Le llamé y no me respondió. El tramo quedó a la deriva amenazando chocar, impulsado por la rápida corriente, contra el centro de la sección de más de 150 metros de longitud ya tendida del puente flotante. La colisión sería un desastre. Con mi corazón hecho llamas, grité desde el extremo del puente: “¡Auxílienlo! ¡Detengan el tramo!” En un abrir y cerrar de ojos, el camarada Shi Chang-chie levantó su cabeza, movió su cuerpo, se irguió y tambaleándose se tiró al río. El héroe agarrado al borde del tramo, trató de detenerlo con su pecho. Aunque hombre y tramo continuaban deslizándose, la velocidad se redujo. Esto nos permitió llegar a tiempo para salvarlo y evitar el choque.

El héroe fue izado, tenía la cara pálida, su boca amoratada y los ojos cerrados; balbuceaba:

“Yo... yo no cumplí la tarea...” Luego nos despedimos para siempre de este joven soldado del Ejército Rojo.

La muerte de este glorioso compañero nos provocó inmenso pesar y un gran odio hacia el enemigo, pero estábamos decididos a convertir el dolor en fuerza. De hecho, se aceleró la velocidad de la obra.

Después de 36 horas de intenso trabajo, el puente flotante sobre el río Wuchiang era una realidad. La barrera natural había sido hecha camino para nosotros.

Cuando vimos que nuestros hombres marchaban, de cuatro en cuatro, por el puente cruzando el río, olvidamos por completo el hambre y el cansancio que desde hacía dos días y una noche nos acosaban. No bien hollamos el puente, una infinita y triunfal alegría inundó nuestro espíritu.

El esplendor de la Reunión de Tsunyi⁶

Chang Nan-sheng

I

Apenas se clausuró la Reunión de Tsunyi en enero de 1935, vino a nuestro Regimiento de Seguridad Política Estatal el camarada Teng Fa, director del Buró de Seguridad Política Estatal. Después de informarse de la situación de nuestro regimiento, dijo al camarada Yao Chie y a mí: “El Partido ha decidido reagrupar los tres batallones del regimiento incorporándolos al I y III Grupo de Ejércitos”.

El camarada Teng Fa nos informó además que el Comité Central del Partido había dispuesto enviar al Ejército del I Frente al norte para resistir a los agresores japoneses. Explicando detalladamente el gran significado de esta decisión del Comité Central para la salvación de la Revolución China, señaló: “A juzgar por lo ocurrido en los dos meses desde nuestra retirada de la base de apoyo central de Chiangsí, para alcanzar este objetivo estratégico, no tenemos otra alternativa que valernos de una táctica móvil y flexible. La reagrupación puede simplificar los organismos administrativos y robustecer nuestras unidades de combate, de modo que, bajo condiciones favorables, podamos lograr la

La gran marcha
victoria aniquilando al enemigo y, en circunstancias desventajosas, podamos avanzar rápido, con ligero equipaje, para zafarnos de él. Sólo de esta manera podremos preservar al Ejército Rojo y desbaratar la campaña de cerco, persecución, obstrucción e interceptación del enemigo...”

Las palabras del camarada Teng Fa llegaron a nuestro corazón. A medida que lo escuchábamos con suma atención, nos sentíamos como liberados de un peso y comenzábamos a ver con mayor claridad las cosas. Sus palabras traían a nuestra mente los recuerdos de la vida y las luchas pasadas. En la base de apoyo central, cada vez que combatíamos, las masas nos suministraban información y se unían a nosotros ya para llevar camillas, ya para blandir contra el adversario sus lanzas o machetes. Terminada una batalla, nos agasajaban con sus cerdos y pollos. En aquel tiempo, para hacer cualquier trabajo, bastaba con que el Partido y el Gobierno Democrático de Obreros y Campesinos llamara a las masas, para obtener su inmediata respuesta... Desde nuestra retirada de la base de apoyo central, parecíamos hijos alejados de sus madres. En las batallas, contamos sólo con el apoyo y la coordinación de las masas populares organizadas; los heridos y enfermos difícilmente conseguían adecuado tratamiento; tampoco había seguro abastecimiento de cereales, municiones y otros materiales. En dos meses nuestro ejército recorrió 2,500 kilómetros por las provincias de Chiangsí, Kuangsi, Junán y Kweichou. Debido al constante hostigamiento y la continua

persecución a que estábamos sometidos, no teníamos tiempo ni siquiera para descansar y consolidarnos. Todo esto hizo más profunda nuestra apreciación del concepto del Presidente Mao sobre el establecimiento de bases de apoyo en las zonas rurales donde la dominación del enemigo era endeble y echamos mucho de menos la base de apoyo central creada bajo condiciones difíciles por él. Esto también aumentó nuestra aspiración a crear nuevas bases. En esos dos meses pasados, los combatientes nos habían preguntado a menudo: “¿A dónde vamos?” “¿Qué vamos a hacer?” “¿En dónde vamos a crear nuevas bases de apoyo?”. Y nosotros, ¡cómo no íbamos a pensar repetidamente en esos mismos problemas! Día tras día marchábamos, en constante movilización y repitiendo sin cesar las siguientes palabras:

“Siguiendo firmemente al Partido, tendremos sin duda alguna el porvenir”. Ahora con la orientación y las tareas bien claras en la mente, sabíamos cómo trabajar, así que centuplicamos nuestra confianza y elevamos nuestra moral combativa.

El reagrupamiento era realmente una decisión sabia. Ciertamente la columna central era demasiado pesada para adecuarse al combate. En la marcha cubría una longitud de varios kilómetros. Particularmente era real para el primer batallón de nuestro regimiento cuya tarea era la de proteger el segundo destacamento de la columna central. Este destacamento fue compuesto de gran número de cargadores que llevaban pesadas máquinas para fabricar armas e imprimir y otros materiales que habían sacado de la base de apoyo central. Para transportar las

bases de algunas de estas máquinas, se necesitaba más de diez jóvenes robustos. Al atravesar montañas, vadear ríos o pasar por estrechos senderos sobre despeñaderos, se requería una hora para caminar 250 metros, en tanto que se oía en derredor el estampido de los cañones y bombas. Los transportadores se impacientaban y sentían ansias de unirse en seguida a las unidades de combate para abalanzarse sobre el enemigo. Recordamos la lucha por aplastar la primera, segunda, tercera y cuarta campaña de “cerco y aniquilamiento” emprendidas por el enemigo contra nuestra base de apoyo central. En aquel tiempo, nuestro ejército avanzaba a grandes zancadas o retrocedía rápidamente, actuaba flexible y ágilmente. ¡Cuán grandiosa fue la victoria lograda en aquella época! Sin embargo, ahora íbamos sobrecargados, siempre en marcha y rompiendo incesantemente líneas de bloqueo levantadas por nuestro contrincante, lo cual costaba muy caro a las fuerzas de escolta. Recordando el pasado y pensando en lo que estaba ocurriendo, sentimos cuán acertada era esta decisión del Comité Central del Partido, a la que dimos nuestro firme apoyo.

Al día siguiente, el regimiento convocó una reunión de cuadros de compañía para arriba. En ella, el camarada Teng Fa hizo movilización política. Poco después de la reunión, con excepción de una compañía al mando del camarada Wu Lie que se quedó para incorporarse a la unidad de guardia interna del Comité Central, el regimiento fue dividido e incorporado al I y III Grupo de Ejércitos según la instrucción del Comité Central. Unos días más tarde fui retransferido al 370 regimiento del V

Grupo de Ejército. Camino de mi unidad después de despedirme de los jefes de la columna central, vi las colzas en pleno florecimiento en los campos terraceados a ambos lados del camino y las colinas cubiertas de verdor, me sentí inmensamente desahogado.

II

La Reunión de Tsunyi trajo a todo el ejército nueva esperanza e inmenso estímulo, así como también nueva fisonomía al V Ejército. En la reorganización, el V Grupo de Ejército suprimió el nivel de división, redujo los organismos administrativos y envió cuadros a trabajar en niveles de base, fortaleciendo así considerablemente a las unidades de combate. Se saneó el trabajo de los comités del Partido y se vigorizó en mayor grado el trabajo político. En el 37° regimiento, la sección política organizó un pequeño equipo de propaganda, que improvisó durante la marcha cobertizos para la agitación, batía tambores y gongs y cantaba para animar a los combatientes. Cuando acampábamos, los miembros del equipo escribían consignas para hacer propaganda. Se cambió por completo la fisonomía de todo el ejército.

Poco después de mi llegada al 37° regimiento, asumió la tarea de proteger la retaguardia. Un día, cuando arribamos a un lugar distante 10 kilómetros al este del río Kuantu, el camarada Chang Chi-chun, director del departamento de propaganda del Grupo de Ejércitos vino a nuestro regimiento con un radio transmisor.

En aquel tiempo, nuestro ejército marchaba en dirección oeste hacia Weisin, al nordeste de la provincia de Yunnán. El adversario en Sechuán estaba disponiendo la defensa a lo largo de la orilla sur del río Yangtsé. La situación era desventajosa para nosotros. El Presidente Mao mandó que todo el ejército diera una veloz media vuelta y retornara rápidamente a Tungtsi, al norte de Tsunyi, para desembarazarse del enemigo. El camarada Chang Chi-chun nos transmitió la orden de la Comisión Militar de detenernos y prepararnos para la batalla. Esto nos sorprendió, porque durante dos días no habíamos encontrado rastros del enemigo. El hecho de que él hubiera venido con un radio transmisor nos hizo pensar que nuestro regimiento cumpliría alguna misión particular. En efecto, el camarada Chang nos llamó a los cuadros responsables del regimiento, y dijo pleno de confianza: "El 37º regimiento tiene fama de combatir bravamente a la defensiva. Esta vez, su misión es coordinarse con las fuerzas principales para retomar Tungtsi y Loushankuan y volver luego a Tsunyi. Si el enemigo viene, embestirá con ferocidad. La tarea es muy dura. La Comisión Militar nos instruye que adoptemos la táctica de defensa móvil para resistir al contrincante tres días o más. A partir de hoy, estamos bajo el directo comando de la Comisión Militar..."

Nuestro ejército se ha creado de la nada y se ha transformado de fuerza pequeña en grande y de débil en poderosa, y ha elaborado una completa estrategia y táctica que guían correctamente la guerra revolucionaria, esto es, el pensamiento militar del Presidente Mao.

Desde los albores de la fundación de nuestro ejército, el Presidente Mao estipuló de manera sabia los principios de la guerra de guerrillas bajo la situación en que el enemigo era grande y fuerte, y nosotros pequeños y débiles: "Dividir las fuerzas para movilizar a las masas y concentrarlas para hacer frente al enemigo". "Cuando el enemigo avanza, retrocedemos; cuando acampa, lo hostigamos; cuando se fatiga, lo atacamos; cuando se retira, lo perseguimos." "Para ampliar las bases de apoyo estables, adoptamos la táctica de avanzar en oleadas. Cuando nos persigue un enemigo poderoso, adoptamos la táctica de dar rodeos." Estos principios fueron desarrollados en mayor grado en las operaciones contra las primera, segunda y tercera campañas de "cerco y aniquilamiento" del contrincante. En ese entonces, nuestro ejército no tenía líneas de combate fijas.

Combatíamos allí donde se presentaban condiciones favorables. A pesar de que el enemigo era fuerte y superior en número y nosotros éramos débiles y pequeños, lo vencimos. Aunque en la lucha contra la quinta campaña de "cerco y aniquilamiento" fuimos derrotados debido a que los oportunistas "izquierdistas" excluyeron de la dirección al Presidente Mao, mas su concepto militar había arraigado hacía tiempo en el corazón de los mandos y combatientes. En pocos días nuestro ejército se apartó del enemigo mediante acciones flexibles. Ahora llegaba la noticia de que las fuerzas principales estaban desplegadas para desatar una batalla de gran envergadura en Loushankuan y Tsunyi. Este cambio de táctica nos hizo comprender que el Presidente

Mao estaba de nuevo dirigiéndonos. Nuestra alegría era indescriptible. El jefe del regimiento, Li Ping-yen, que conocía muy bien la debilidad de las tropas blancas, me susurró al oído: “¡Bueno! ¡Esta vez les volveremos a dar una gran paliza!”.

Después de estudiar la situación, decidimos retornar a la aldea Kuantuje, pues allí el terreno era favorable, con altas montañas escarpadas a ambos lados y un riachuelo enfrente, y era la ruta por la que pasaría el enemigo. Resistiríamos un día y luego atraeríamos paso a paso al enemigo hacia Liangtsun y Wenshui según las instrucciones de la Comisión Militar.

Marchábamos y a la vez movilizábamos políticamente a las masas. Después de enterarse de que iban a emprender una gran batalla y a combatir con tácticas que les eran familiares, la moral de los combatientes se elevó. Señalando las empinadas colinas a ambos lados del camino, algunos dijeron: “Podemos resistir al enemigo un día en cualquiera de estos lugares”. Otros manifestaron: “No tememos combatir, sólo tememos que el enemigo no se atreva a venir. Mantendremos la posición cuantos días desee nuestro comando”.

Después de llegar a Kuantuje, nos pusimos inmediatamente a excavar trincheras. No fue sino hasta la madrugada del día siguiente que llegó precipitadamente al lugar la fuerza principal del caudillo militar sechuanés Liu Siang, la división de instrucción bien equipada. Tan pronto como empezó la batalla, el enemigo lanzó furiosa ofensiva desde 4 o 5 direcciones. Los mandos y combatientes en las posiciones de avanzada se mantuvieron

firmer y serenos. Cada ofensiva del enemigo dejaba decenas de cadáveres. El primer día el enemigo sufrió más de un centenar de bajas y apenas avanzó unos centenares de metros. Por nuestra parte, apenas tuvimos bajas y gastamos pocas municiones. Al anoecer, el enemigo mandó tropas a escalar las montañas en dos direcciones, en un intento de rodearnos y caer sobre nosotros por la espalda. Pero, a cubierto de las sombras de la noche, nos retiramos más de 5 kilómetros a un lugar que nos ponía a salvo y empezamos a excavar nuevas posiciones mientras preparábamos la cena. Después de cavar y cenar, dispusimos centinelas y todo el regimiento durmió tranquilamente para recibir el combate del día siguiente.

Al tercer día, mantuvimos nuestras posiciones, perdiendo un jefe de pelotón pero poniendo fuera de combate cerca de cien adversarios. Por boca de los soldados capturados, nos enteramos que la fuerza enemiga contaba con tres brigadas compuestas de nueve regimientos y había construido puntos fortificados entre Luchou y Yipin en el sur de Sechuán e intentaba aniquilarnos por completo al sur del río Yangtsé en colusión con las fuerzas armadas de otros caudillos militares locales. Que nuestra fuerza diera media vuelta y se dirigiera al este, fue idea que nunca pasó por la mente de nuestro rival. Un prisionero dijo resentido: "Si ustedes hubieran cruzado el río allí, los habríamos aniquilado". Le respondimos: "Eres nuestro prisionero y todavía sigues siendo estúpido. China es vasta y hay innumerables caminos, por cualquiera de los cuales podemos pasar. ¿Por qué teníamos que tropezar con tus fortificaciones?"

Seguimos nuestra retirada hasta llegar a un cruce de tres vías. La vía hacia el sudeste era el sendero que iba a tomar nuestra fuerza principal para dirigirse a Tungtsi. La carretera principal en dirección del noroeste conducía a Sungkan vía Wenshui. De acuerdo con la directiva de la Comisión Militar, debíamos adoptar el método de “amagar en el este y atacar por el oeste”, a fin de atraer al enemigo hacia la dirección de Wenshui. Aquella noche luego de dar una arenga a los prisioneros, los pusimos en libertad para que nos sirvieran de mensajeros voluntarios e hicieran caer en nuestra trampa a las tropas enemigas.

Efectivamente, el quinto día, al romper el alba, el enemigo nos alcanzó. Tuvimos un recio combate y al caer la noche enviamos un pequeño destacamento para asaltar Liangtsun. Liangtsun era un gran poblado, de un kilómetro o kilómetro y medio de largo, donde estaban apiñadas las tropas enemigas. Nuestro pequeño destacamento penetró en el centro del poblado a medianoche y arrojó unas granadas de mano a ambos lados de la calle. Antes de que las tropas enemigas despertaran des-pavoridas y abrieran fuego unas contra otras, nuestro destacamento ya se había deslizado del poblado. Ellos emplearon todas las armas que tenían, y el combate se hizo cada vez más furioso y duró toda la segunda mitad de la noche. Hasta la madrugada no cayeron en la cuenta de que se habían batido entre sí. Cuando el destacamento nos alcanzó al día siguiente por la mañana y nos contó con todo colorido cómo los enemigos se habían enzarzado entre sí mismos, provocó risotadas entre los combatientes.

El sexto día, las tropas enemigas, encolerizadas por nuestro asalto nocturno, cargaron frenéticamente contra nuestras posiciones, pero las rechazamos con mayor denuedo. Sólo entonces el enemigo se dio cuenta de que había caído en nuestra trampa siendo tirado de la nariz durante seis días por un solo regimiento nuestro. No tenía otro remedio que volver por donde había venido para perseguir a nuestra fuerza principal. Pero era demasiado tarde. El grueso de nuestro ejército durante esos días había puesto fuera de combate a varias divisiones enemigas en Loushankuan y Tsunyi.

Después de cumplida nuestra misión, nos juntamos con la fuerza principal de nuestro V Grupo de Ejércitos en Panchiao, al sur de Loushankuan. Allí recibimos un telegrama enviado por la Comisión Militar en el que se nos elogiaba por la exitosa ejecución de la misión con mínimas pérdidas. El camarada Li Pingyen dijo emocionado: "Todo esto se debe a que tenemos como guía el pensamiento militar del Presidente Mao. Si no hubiera sido por su brillante dirección, por la estrategia y táctica flexibles y el reagrupamiento, no habríamos logrado el triunfo".

III

Nuestras grandes victorias en Loushankuan y Tsunyi infundieron un gran terror al enemigo. Ellos construyeron en gran escala blocaos y tendieron líneas de bloqueo a lo largo de las fronteras de las provincias de Yunnán, Kuichou y Sechuán, sin atreverse a salir a la ligera para

La gran marcha
enfrentarse con nuestro ejército. A fin de hacer mover al enemigo y escoger una ruta más conveniente para marchar al norte, hacia Sechuán, a finales de marzo volvimos a cruzar súbitamente el río Wuchiang.

Como retaguardia de la fuerza principal, nuestro regimiento bordeó Kuyang rumbo al sur de Kuichou y luego viró al oeste dirigiéndose derecho a Kunming. Durante la marcha, todo el regimiento rebosaba de júbilo. Desde la retirada de la base de apoyo central, nuestro regimiento había asumido varias veces la tarea de combatir en la retaguardia. Sin embargo, nunca se había sentido tan tranquilo y alegre como en ese momento. En aquel tiempo, marchábamos de noche y combatíamos de día. A causa de que el enemigo nos perseguía pisándonos los talones, apenas teníamos tiempo para comer y dormir. Nuestra marcha nocturna se suspendía a menudo y a veces sólo lográbamos recorrer unos cinco kilómetros por noche. Al amanecer, las tropas enemigas bien descansadas y comidas nos alcanzaban por el camino. Por eso, nos hallábamos en una completa pasividad, obligados a combatir tanto en los flancos como en la retaguardia. Ahora, aunque marchábamos también en la retaguardia, dejamos muy atrás a la fuerza enemiga principal, podíamos caminar de 40 a 45 kilómetros por noche. Al romper el alba; acampábamos y explicábamos las políticas del Partido y el objetivo de la lucha del Ejército Rojo. Investigábamos los crímenes de los déspotas locales y shenshi malvados, convocábamos mítines de masas y movilizábamos a los trabajadores a luchar contra estos últimos, a abrir sus graneros y repartir sus cereales. La

serie de nuevas victorias estimuló aún más la moral de los mandos y combatientes y aumentó su confianza y valentía. Incluso los enfermos y heridos no querían que los demás los ayudaran a llevar sus pertenencias e insistían en marchar con sus propios equipos. Un día pregunté a un soldado enfermo que se quedó a la zaga de su unidad si podía seguir marchando. Él respondió sonriendo: “Si esto hubiera ocurrido unos meses antes, yo habría caído sin poder dar un paso más porque no sabía para qué seguíamos marchando. Pero hoy sí lo comprendo. Adonde va el Partido voy yo. Mi caso no es nada grave. Llegaré a la nueva base de apoyo”.

A finales de abril entramos en Yunnán. Aprovechando el debilitamiento de las fuerzas enemigas, nos movimos aceleradamente hacia Kunming y luego giramos de súbito al norte y empezamos a atravesar el río Chinsha por el cruce de Chiaoche. Para proteger a la fuerza principal en el cruce, nuestro V Grupo de Ejércitos disponía la defensa junto al río Shipan para contener al enemigo según la orden de la Comisión Militar.

A espaldas del río Shipan había una gran montaña; se necesitaba recorrer unos 30 kilómetros para alcanzar su cima y unos 25 para bajar por el otro lado hasta llegar al torrentoso río Chinsha. Después de explorar el terreno, el camarada Tung Chen-tang, comandante del V Grupo de Ejércitos, nos dijo con alto espíritu: “El enemigo enviará probablemente su fuerza principal para atacarnos, pero esto no tiene nada de temible. Podremos asistirla en cada tramo de terreno y esta montaña nos servirá mucho”. Nos señaló que no

solamente debíamos cumplir nuestra tarea sino también cuidar a los soldados y disminuir en lo máximo posible las pérdidas. Nos dijo que debíamos espaciar nuestras posiciones, ocupar los terrenos más altos delante de la montaña así como todas las posiciones elevadas en profundidades, y hacer pleno uso de la favorable topografía del terreno. Además, si las condiciones lo permitían, podríamos lanzar asaltos nocturnos.

Después de tres días de nuestro arribo al Shipan, llegó sin aliento la fuerza principal de las unidades de Wu Chi-wei, tropas propias de Chiang Kai-shek. Esta fuerza, que había perdido dos divisiones en el encuentro con nuestros I y III Grupos de Ejércitos en Tsunyi, esta vez se mostraba muy prudente y cautelosa. El ataque fue precedido por un cerrado fuego de artillería sobre nuestras posiciones. Desde nuestro puesto de mando veíamos cómo abajo el enemigo, al abrigo de la artillería, desplegaba sus tropas delante de nuestras posiciones y se acercaba paso a paso siguiendo la instrucción de sus manuales de combate. Tan pronto como cesó la artillería, los soldados enemigos se lanzaron a la carga. Los recibimos con racimos de granadas de mano, las cuales los enviaron rodando ladera abajo. Desbaratado su primer ataque, el enemigo lanzó un segundo y un tercero. Nuestras posiciones de avanzada estaban cubiertas de espeso humo y no podíamos ver nada. En ese momento un mensaje llegó al puesto de mando para informarnos de la situación. Dijo: "Gracias a nuestras posiciones espaciadas (de 10 o 20 hombres en cada posición), el fuerte cañoneo enemigo nos causó

sólo unos pocos heridos leves. Seguramente podemos sostenernos y aniquilar al enemigo". El informe nos hizo comprender verdaderamente lo acertado que era el mando de nuestra dirección superior.

El enemigo se empeñó en asaltar nuestras posiciones. Según lo previsto, lo combatimos sin tregua causándole grandes bajas y luego de ganar cierto tiempo nos retiramos voluntariamente: Bajo nuestras obstrucciones resueltas y flexibles, el adversario no podía avanzar diariamente más que 3.5 o 4 kilómetros. Al quinto día, el enemigo congregó dos columnas al pie de la montaña, haciendo amenazante la situación. Cuando nos retiramos a la última línea de defensa, llegó al V Grupo de Ejércitos el camarada Li Fu-chun por encargo del Comité Central y el Presidente Mao. Nos contó que decenas de miles de hombres del Ejército Rojo, bajo el mando personal del Presidente Mao, estaban cruzando el río día y noche utilizando los contados juncos disponibles. Hasta ese momento las dos terceras partes del ejército habían logrado atravesar el río. Si podíamos mantener nuestras posiciones tres días con sus noches, la maniobra de cerco, persecución, obstrucción e interceptación realizada por centenares de miles de tropas chiangkaishekistas se derrumbaría. Por último, el camarada Li Fu-chun nos dijo con tono firme: "El Presidente Mao me encargó decirles que el Comité Central tiene la plena convicción de que el V Grupo de Ejércitos será capaz de cumplir esta misión grandiosa y ardua".

Sin pérdida de tiempo, los comités del Partido y los departamentos políticos a diversos niveles envia-

ron cuadros a las posiciones para transmitir la directiva del Presidente Mao. Dondequiera que llegaba la noticia de que el camarada Li Fu-chun había venido al frente por encargo del Presidente Mao, la moral de combate de los mandos y combatientes se elevaba enormemente. Los soldados respondieron a una: "¡Posición o muerte! ¡Cumpliremos resueltamente la tarea!". "Que digan al Comité Central y al Presidente Mao que el V Ejército combatirá hasta el último hombre para cubrir a la fuerza vertebral en el cruce. ¡Podremos resistir diez días con sus noches si es necesario, para no hablar de tres!"

La directiva y la solicitud del Comité Central del Partido y el Presidente Mao se convirtieron en capacidad de combate firme y tenaz de masas de cuadros y soldados. Los jefes y comisarios políticos del regimiento y también los cuadros de los organismos administrativos fueron a las posiciones de avanzada para combatir hombro con hombro con los soldados. Gracias al terreno favorable, un pelotón o una compañía en una colina, podía rechazar el ataque de un regimiento enemigo. La colina donde yo combatía tenía una ladera escarpada frente al enemigo por la cual serpenteaba un sendero en forma de "z".

Cuando el enemigo nos cañoneaba, nos escondíamos en el otro lado de la colina y tomábamos un descanso. Algunos camaradas contaban tranquilamente los proyectiles enemigos que estallaban en una hondonada a nuestra espalda. Una vez que cesaba el cañoneo, volvíamos a la cima a todo correr y arrojábamos granadas de mano y rocas hacia el enemigo. Las granadas explota-

ban en medio de los atacantes y las rocas cayeron sobre ellos, sumiéndolos en el pánico y el desconcierto.

Combatimos con denuedo enfrentando uno a diez. Al séptimo, octavo y noveno días, las posiciones estaban todavía bajo nuestro control. Al atardecer del noveno día, recibimos orden del Comité Central de retirarnos a la orilla norte y disponer allí la defensa. Durante los combates, habíamos trasladado a todos los heridos a la retaguardia. Por eso, al recibir la orden de la retirada, pudimos recorrer sin reposo 25 kilómetros hasta llegar a la orilla del río. Al amparo de la obscuridad de la noche cruzamos el río Chinsha y quemamos inmediatamente todos los juncos que habían transportado miles de combatientes del Ejército Rojo. Al día siguiente, las tropas enemigas llegaron a la ribera sur y no pudieron hacer otra cosa que lamentarse contemplando las impetuosas olas del Chinsha. Así se declaró el fracaso total de la tentativa de cerco, persecución, obstrucción e interceptación emprendida por centenares de miles de efectivos de Chiang Kai-shek. El río Chinsha, testigo histórico, continúa corriendo.

Al tercer día después del cruce, nos reunimos con el I y III Grupo de Ejércitos en las cercanías de Juili e hicimos un breve descanso y consolidación. El Conjunto Dramático Mengchin estrenó en una velada una parodia titulada *Una sandalia de paja rota* creada por Juang Chen y otros camaradas. La parodia contaba cómo el Ejército Rojo armado con el pensamiento Mao Tsetung derrotó en circunstancias muy peligrosas y difíciles la campaña lanzada por el enemigo y satirizaba al adversario bajo

La gran marcha
el mando de Chiang Kai-shek. Sus centenares de miles de soldados nos persiguieron hasta la orilla del Chinsha recorriendo miles de kilómetros y no obtuvieron nada más que una sandalia de paja rota tirada por un soldado nuestro.

La primavera de 1935 fue una primavera de triunfo, durante ella se escribió una brillante página en los anales de la historia de la Revolución China. Desde entonces, la Reunión de Tsunyi empezó a iluminar nuestro camino de avance y bajo la dirección del Comité Central del Partido encabezado por el Presidente Mao hemos marchado de victoria en victoria.

Ingeniosa travesía del río Arenas Doradas

Siao Ying-tang

Después de la Reunión de Tsunyi, luego de las brillantes victorias alcanzadas en Loushankuan y en Tsunyi, y al atravesar los ríos Wuchiang y Peipanchiang, el Ejército Rojo del Primer Frente dirigido por el Presidente Mao, avanzaba majestuosamente hacia la provincia de Yunnán. Durante la marcha, nosotros; el regimiento de cuadros, nos encargábamos de la seguridad de los dirigentes y los organismos centrales.

El regimiento estaba integrado por dos batallones de infantería, uno de misión especial y por un grupo de cuadros veteranos. Todos los miembros del regimiento, excepto los de este último grupo, eran cuadros de compañía o pelotón, elegidos de las diversas unidades, jóvenes vigorosos y hombres expertos en el combate.

Durante abril, en Yunnán ya hacía bastante calor. El sudor empapaba los cuerpos aun vestidos con livianas prendas. En los arrozales argentinos, los brotes se mecían con la brisa, como si nos dieran la bienvenida. Las colinas estaban cubiertas con árboles frondosos salpicados de rojas flores por entre las cuales pasaban zumbando las abejas. ¡El ambiente primaveral era embriagador! Aunque nos acosaban más de cien mil enemigos, todos estábamos seguros de que el Presidente Mao nos conduciría a la victoria. Marchábamos muy

entusiasmados, mientras nos deleitábamos contemplando el paisaje vernal.

Una noche acampamos en una aldea. A media noche, me levanté para hacer una ronda nocturna. Al pasar por delante del patio donde se alojaban los dirigentes, vi que todavía brillaba la luz. “¿Quién trabaja aún a esas horas?” Cuando le estaba preguntando al centinela, salió una persona. Al llegar delante nuestro, pude reconocer que era el camarada Chou En-lai. Me puse firme y le saludé:

“¿Vicepresidente, no descansa todavía?”

“No,” me contestó. “¿Has terminado tu ronda? Vamos a sentarnos un momento”.

La vivienda era de un terrateniente y había sido bien construida. En el cuarto donde vivía el Vicepresidente Chou En-lai, había unas sillas de estilo antiguo y una mesa, sobre la cual se hallaban una lámpara de aceite, unos sencillos objetos de escritorio y, además, un pequeño paquete. En la pared, colgaba un mapa grande. Se veía que el Vicepresidente estaba estudiando el itinerario. Bajo la mortecina luz del candil, lo vi con cara amarillenta y flaca, los ojos menos vivos que de costumbre. ¡Nuestros dirigentes tenían demasiado trabajo!

Sentados allí, me preguntó: “¿Cuántos restan todavía en tu compañía?”.

“Después de las batallas de Tsunyi y Tucheng, tengo 120”, le respondí.

Luego, me preguntó por el entusiasmo y la moral de los camaradas durante la marcha y por nuestro ar-

mamento. Contesté uno a uno sus interrogantes. Tras un breve silencio prosiguió sonriendo:

“Ustedes han luchado muy bien en Tsunyi y Tcheng. Deben fomentar esta gloria”.

Mientras hablaba, abrió el paquete dentro del cual aparecieron algunas galletas que me invitó a comer. Sabiendo que era su cena y conociendo lo difícil que era conseguirlas, me negué diciendo:

“Gracias, he comido mucho y estoy satisfecho”.

Pero, él insistió. Y no tuve más remedio que tomar una. Mientras comía yo esperaba alguna otra pregunta pero permanecía pensativo, como perdido en sus pensamientos. Finalmente dijo:

“Bueno, ya es tarde, vete a descansar”.

Salí preguntándome: “¿Para qué quiere conocer con tanto detalle la situación de nuestra compañía? ¿Tal vez quiera elegir personalmente para alguna tarea importante?”. Me arrepentí por no habérselo preguntado.

Al día siguiente, los camaradas hacían su aseo personal y preparaban cereales: unos molían arroz, otros remendaban ropas o limpiaban sus fusiles y afilaban las bayonetas. Yo hacía zapatillas de paja con unos compañeros bajo el alero, mientras escuchaba su conversación.

Un compañero dijo: “Nos persigue un enemigo numeroso y sin embargo, nos hemos detenido. ¿Qué cosa tan extraña!”.

“¿Qué tiene de extraña?”, objetó otro: “Seguramente los esperamos para golpearlos, o se está preparando alguna otra acción”.

“¿Qué acción puede ser? ¿Atacar Kunming o

La gran marcha
forzar el cruce del río Arenas Doradas?" lo interrumpió un tercero.

Con su interpelación todos callaron y sus miradas se dirigieron hacia mí, inquisitivas. "Si no se conocen las órdenes de la comandancia, ¿quién sabe lo que vamos a hacer?", fue toda mi respuesta.

Por la tarde, estaba listo el trabajo preparatorio y vinieron unos camaradas a preguntarme cuándo nos pondríamos en marcha. Su pregunta duplicó mi intranquilidad por lo que decidí averiguarlo.

La aldea era bastante grande, albergaba a unas 300 familias. Alrededor de los arrozales todavía verdes, se levantaban chozas cercadas con bambú; reinaba el silencio. La vida de los lugareños era pobre, pero mejor que la de Kuichou. Habitaban allí bastantes miembros de minorías nacionales. Mas en ese momento sólo quedaban los viejos y niños, pues se habían escapado casi todos los jóvenes, tanto hombres como mujeres, debido a los rumores insidiosos que había difundido el Kuomintang. Delante de la escuela primaria y entre unos desechos descubrí un mapa de la provincia de Yunnán. Muy alegre, lo recogí. Era un mapa simple, no obstante, por él pude ver que la pregunta de la mañana tenía su razón. Para ir al norte, tendríamos que pasar el río Arenas Doradas, y en esa zona la defensa enemiga era indudablemente muy fuerte. Forzar su cruce implicaba librar una dura batalla.

De regreso, pasé por la sede de los organismos centrales y vi que había gente que entraba y salía de prisa como si se celebrara alguna reunión. Entre ellos veía

algunos conocidos, pero no creí conveniente hacer preguntas. Era probable que hubiera sucedido algo importante durante la Gran Marcha.

Al tercer día, por la mañana se comentaba sobre la presencia del adversario y del cerco que estaba tendiéndonos. Aún no había órdenes y nuestra preocupación crecía. Al mediodía, al ver que venía un ordenanza del regimiento, fui a su encuentro y le pregunté: “¿Nos llama el jefe de regimiento?”.

“¿Cómo lo sabes?” dijo el ordenanza.

Había acertado. Muy contento, me dirigí inmediatamente al cuartel con el instructor político.

El lugar ya estaba lleno de gente. Además del jefe de regimiento Chen Keng y del comisario político Sung Yen-chiung, se encontraban también otros camaradas responsables de los organismos centrales, algunos conocidos, otros no. En la habitación olía a tabaco y la reunión aún continuaba. Al vernos entrar, el jefe Chen apuntó con voz de mando: “El Comité Central ha decidido que pasemos el río Arenas Doradas y ordena a nuestro regimiento tomar por la fuerza el cruce Chiaoping. Y el regimiento ha decidido que el segundo batallón sea el destacamento de choque y ustedes, la 5ª compañía, compañía de vanguardia. Su tarea consiste en tomar a toda costa el cruce lo más pronto posible y proteger a las tropas que les siguen en su travesía del río. Pónganse en marcha una vez preparados”.

Para terminar, indicando a un camarada de uniforme negro prosiguió: “El Comité Central del Partido ha enviado un grupo de trabajo para acompañarlos a us-

tedes. Éste es el jefe del grupo, el camarada Li, que va a hacerse responsable de todo el trabajo". Me sentí tan alegre que di un fuerte apretón de manos a Li y después de discutir brevemente con él sobre la hora de partida, regresé a la compañía.

Tras una movilización política y después de aliviar el equipaje, tuvimos una gustosa comida y partimos por un sendero que conducía al río Arenas Doradas. El subjefe del batallón Juo Jai-yuan y yo, íbamos detrás del pelotón de vanguardia y el instructor político y el grupo de trabajo, al final de toda la compañía. Después de las victorias logradas en Tsunyi y Tucheng, los camaradas de nuestra compañía estaban llenos de espíritu combativo, y luego de dos días de descanso, se habían recuperado físicamente. Además, sabiéndose partícipes de la compañía de vanguardia, todos iban muy entusiasmados. Aunque el camino era escarpado y a veces ni siquiera existía, aunque el sol caía abrasador sobre la columna, nadie se quedaba atrasado ni se quejaba. Cayó la tarde y a una velocidad de más de cinco kilómetros por hora, continuamos caminando toda la noche. Al romper el alba, descansamos 10 minutos, comimos unos bocados de raciones frías y tomamos unos tragos de agua, luego, proseguimos en una caminata de unos 40 kilómetros.

Al pasar una montaña, a sólo 30 kilómetros del río, decidimos tomar un descanso. Aprovechando ese breve tiempo, el jefe del grupo de trabajo Li estudió con nosotros los últimos detalles para la toma del cruce y decidimos: tan pronto como llegáramos a la orilla, en una acción relámpago aniquilaríamos a los

defensores, tomaríamos sus barcos, forzaríamos el cruce y caeríamos con toda furia sobre el adversario de la ribera opuesta; batido éste, consolidaríamos la defensa del cruce con el fin de recibir a las tropas que nos seguían.

Cuando estábamos por llegar a la orilla ya se había puesto el sol. De lejos se veía una cordillera oscura sin que se pudiera distinguir los árboles de las rocas, delante de la cordillera, el río estaba tendido como una gran tela gris, y no se podía discernir tampoco el agua de la playa. Entre la montaña y el río, destellaban algunas lucecillas cual ojos de tigre al acecho. Ordené: "Delante está el río Arenas Doradas, ¡listos para combatir!".

En la oscuridad, apareció el jefe del primer pelotón, el de choque. Jadeante, me informó:

Después de que entramos en la provincia de Yunnán, el enemigo, preocupado de que intentáramos pasar el Arenas Doradas, había reforzado todos los embarcaderos, grandes y pequeños, de la orilla norte a lo largo de centenares de kilómetros, y se había llevado a esa ribera todos los barcos, cortando así el tránsito entre los dos márgenes. Desde la orilla opuesta del cruce Chiaoping enviaban a menudo espías para conseguir información. Aquel día; no se sabía dónde se hallaban dichos espías que ora se iban a fumar el opio, ora a saquear a los habitantes locales, y los barcos los esperaban en el muelle. Cuando se acercaban nuestros exploradores, uno de los barqueros, creyendo que se trataba de los sabuesos, pregun-

La gran marcha
tó perezosamente: “¿Han vuelto?”. Nuestra gente, simultáneamente con la respuesta afirmativa, cayó sobre ellos y los hizo prisioneros apoderándose de sus embarcaciones.

Al recibir su información acudí inmediatamente al lugar.

Primero tranquilicé a los barqueros que temblaban de miedo y después logré de ellos información acerca de la orilla opuesta.

Allí había un pequeño poblado con una Oficina de Impuestos y unos cuarenta miembros de las fuerzas de preservación del orden; aquella misma mañana había llegado una compañía de tropas regulares que acampaba al este y, en el centro de la aldea, existía un muelle con escalones de piedra donde montaba guardia habitualmente un agente del orden, pero en los últimos días había sido reforzado con otro. El adversario temía que el Ejército Rojo pasara el río; sin embargo, con la idea de que ése no era un embarcadero importante y de que no llegaríamos tan pronto, no mantenían muy alta la vigilancia.

Luego de reflexionar con el subjefe del batallón, decidimos atravesar el río de inmediato. El instructor político les explicó a los barqueros que necesitábamos su ayuda, y estos, que habían sufrido los atropellos del enemigo, consintieron con gusto.

Ordené al primero y segundo pelotón prepararse para cruzar conmigo la corriente. El subjefe de batallón, el instructor político y el grupo de trabajo se quedaban por el momento aquí. Y el tercer pelotón

permanecía en guardia listo para cubrirnos cuando fuera necesario.

Éste se dispersó a lo largo de la playa, apuntando sus fusiles al poblado donde brillaban las luces. Luego de explicar el plan de acción y el plan de emergencia, las dos embarcaciones empezaron a alejarse de la playa.

Era una noche de brisa, las olas golpeaban las barcas produciendo sonoros “pon-pon”, y meciéndolas. Algunos camaradas ayudaban a los barqueros a remar y el resto, se apoyaban unos a otros y abrazaban estrechamente sus fusiles contra el pecho para evitar que los mojara el agua.

Al acercarnos, poco a poco el poblado se fue dibujando. Más cerca, las luces que cruzaban las ventanas fueron definiéndolas, aparecieron algunas sombras y hasta se escuchaban sus voces. Pensando que unos minutos más tarde empezaría un combate violento, me sentía inquieto. Apreté mi pistola y fijé la mirada en el poblado.

Llegamos a la orilla. Suavemente empujé a los dos camaradas designados de antemano, quienes saltaron y ascendieron por los escalones de piedra. Al llegar al último escalón, se oyó una voz ronca, en dialecto de Yunnán: “¿Qué les pasó que tardaron tanto?”. Por toda respuesta se oyó un “¡Manos arriba!” en voz queda pero paralizante. Al oírla, acudí con otros camaradas para ayudar a inmovilizar a los dos guardias.

Una breve interrogación de estos dos prisioneros confirmó lo revelado por los barqueros. Entonces,

ordené al primer pelotón que avanzara a la derecha para atacar las tropas regulares y al segundo, a la izquierda para aniquilar las fuerzas de preservación del orden; pedí que me informaran a medida que se desarrollaba la situación.

Los barcos volvieron en busca de otros camaradas.

Según lo convenido, el ordenanza recogió algunas pajas y hierbas e hizo una hoguera para indicar a la orilla opuesta nuestro desembarco.

De pronto, a una señal, se oyeron varias detonaciones en la calle, y nuevamente reinó el silencio. ¿Qué pasaba? ¿Por qué no seguía el combate? El tiempo corría y con él crecía mi impaciencia. Minutos después llegaron dos ordenanzas, uno de cada pelotón.

¿Qué había pasado? Cuando el primer pelotón llegó al cuartel de la compañía enemiga, el centinela vociferó: “¿Quién vive?”. Los prisioneros, según nuestra orden contestaron:

“Somos de la unidad local.” Y no bien el guardia había iniciado una nueva pregunta, cuando unos brazos atenazaron su garganta ahogando la voz. Tras inquirir sobre la situación en el interior, todo el pelotón entró en el patio, y abriendo a puntapiés las puertas gritaron: “¡Manos arriba!”. Los soldados enemigos, tendidos cuan largos eran, flotaban entre nubes de opio. Al oír la orden quedaron aturridos y, levantando con lentitud los brazos, expresaron: “No se equivoquen, hemos acabado de llegar”. Nuestros

soldados les contestaron: “No estamos equivocados, somos del Ejército Rojo y hemos venido a buscarlos”. Entonces, resignados y mirándose entre sí, se reunieron en el patio rodeados de bayonetas. Pero el jefe de la compañía y otros oficiales que vivían en otra habitación, lograron escapar haciendo algunos disparos. Debido a la oscuridad, nuestros combatientes optaron por no perseguirlos.

Los camaradas del segundo pelotón, fingiéndose cobradores de impuestos, habían entrado en el cuartelucho de las fuerzas de preservación del orden y capturado a todos sus miembros quienes también se dedicaban a jugar *mah jong* mientras se drogaban con opio.

¡Magnífico! ¡Todo fue viento en popa! Satisfecho, ordené hacer otra fogata.

Ocupado el embarcadero, me sentí tan ligero como si se me hubiera quitado una pesada carga. Caminé por las calles del poblado y mientras miraba las casas oscuras, empecé a sentir sed, hambre y las piernas adoloridas. ¡Tenía muchos deseos de encontrar un lugar para comer bien y dormir dulcemente! Iba a buscar al instructor político para discutir las acciones futuras, cuando llegó el subjefe del batallón y me dijo:

“Para consolidar la defensa del embarcadero y el triunfo, el jefe de regimiento ordena a su compañía establecer un puesto de vigilancia a no menos de siete y medio kilómetros de aquí, por el camino que conduce a Juili.”.

Rápidamente todos los combatientes se reunieron en la calle. Mostraron su disposición de continuar resistiendo los rigores propios de la acción, pero dejaron ver que tenían un hambre insoportable. Era razonable. Durante una marcha de más de 100 kilómetros, sólo habíamos comido un poco de raciones frías, ¿quién no iba a tener apetito? Mas no quedaba tiempo para preparar comida y allí no había ni un restaurante. ¿Qué hacer? Había que aguantarse. Avanzando, vi una tienda que parecía una pastelería. Entré y llamé al dueño, pero nadie me contestó. Era probable que hubiera huido al oír los disparos. Encendí la luz y muchos pasteles saltaron a mi vista. Pensé: ya que el patrón no está, voy a hacer yo mismo un “negocio”. Recogí todos los confites y pasteles que pesaban 15 kilos, y los repartí entre los más de cien miembros de la compañía. Cada uno recibió alrededor de 150 gramos. Algunos prácticamente los tragaron y limpiándose la boca, manifestaron: “¡Ay!, demasiado poco; ni para tomarles el gusto”. Otros, tomándoles el pelo, les replicaron: “No sean hambrientos, ¿si no fueran miembros de la compañía de vanguardia, hubieran podido siquiera probarlos?”.

Después de la “comida”, el intendente hizo la cuenta, envolvió el dinero y escribió un papelito. Puso todo en la caja, apagó la luz y cerró la puerta. Proseguimos la marcha. Al salir del poblado doblamos a la izquierda por un camino montañoso que conducía a una cañada, por el cual avanzamos unos ocho y medio kilómetros hasta llegar a un lugar comparativa-

mente llano, donde decidimos acampar. Cada escuadra seleccionó a algunos camaradas para conseguir leña, traer agua y preparar la comida. Los demás, con el fusil contra su pecho, durmieron profundamente.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando me despertó alguien. Al abrir los ojos, vi que era el jefe del batallón. Atropelladamente apuntó: "Jefe Siao, levántate en seguida. Tenemos que continuar la marcha". Asombrado, me incorporé preguntando: "¿Ha pasado algo?". Enseñando el perfil de la montaña a lo lejos expresó: "Veinte kilómetros adelante, se llega a la cumbre. Si el adversario la ocupara y nos atacara desde esa posición, podríamos correr serio peligro. El jefe de regimiento nos ordena ocupar dicha posición antes del amanecer para consolidar el triunfo y la defensa del embarcadero". Dudando, inquirí: "Nuestro regimiento y los dirigentes de los organismos centrales pasarán el río en un solo día, ¿para qué consolidar más la defensa del embarcadero?". Con una sonrisa en los labios respondió: "¡Qué simple te lo has imaginado! Luego pasarán por aquí las fuerzas principales". "¿Verdad? ¿Pasarán por aquí el I y el III Ejército?" Moviendo la cabeza afirmativamente ratificó: "Sí, así es". Fue entonces cuando lo comprendí todo: lo atareados que estaban los dirigentes antes de la partida, la vigilia del Vicepresidente Chou y sus indagaciones sobre nuestra compañía, todo había sido no solamente para el movimiento de la columna central, sino para el de todo el Ejército. Al reflexionar sentí de pronto una excitación y al mismo tiempo la

La gran marcha
responsabilidad de desempeñar a cabalidad el papel de compañía de vanguardia de todas las fuerzas armadas. En seguida, reuní a los jefes de pelotón y les pedí acelerar los quehaceres de la comida con el fin de ponernos cuanto antes en marcha.

Los camaradas sumergidos en el sueño fueron despertados, y al saber que tenían que reanudar la marcha de inmediato, algunos se manifestaron descontentos. Pero cuando el instructor político les explicó la importancia de la toma de la cumbre y de la consolidación defensiva del embarcadero, se elevó la moral combativa de todos. “Aún podemos resistir veinte kilómetros y apoderarnos de una vez de la cumbre,” gritó un camarada conmoviendo a toda la compañía. “Ocupar la cima para proteger la victoriosa travesía de todo el Ejército”, continuaron otros en ese mismo tono. La fatiga y el hambre desaparecieron.

Al amanecer, aunque rendidos, llegamos a tiempo a la cumbre. Desde allí se divisaban montecillos que se extendían a lo lejos, entre los cuales serpenteaba el sendero que conducía a Juili. Decidimos apoderarnos de los cerros a ambos lados del camino para controlarlo, ya que era la ruta inevitable desde Juili al embarcadero.

Nuestra tropa seguía avanzando hacia los cerros. De pronto la escuadra de vanguardia dio la alarma: apareció el adversario. Tras un pequeño choque con él, unos 20 minutos más tarde, se aproximaron más, en gran número. ¡Qué sabia había sido la decisión de la dirección del regimiento! Si hubié-

ramos pasado la noche en la cañada, ¡qué caro lo habríamos pagado!

Los adversarios, como no conocían bien la situación, no se atrevían a avanzar; nosotros tampoco los atacamos, manteniéndonos en estado de alerta. Entre las 15 y 16 horas de ese día, la 4ª compañía y la compañía de ametralladoras pesadas llegaron también. A su frente caminaban el jefe del regimiento Chen y el comisario político Sung. Los dirigentes estaban muy contentos y al vernos dijeron: “¡Son ustedes muy capaces!”. Íbamos juntos a observar la posición mientras yo les informaba sobre el estado de las cosas.

Después, el jefe de regimiento nos reunió, simultáneamente con los oficiales superiores de la 4ª compañía y de la de ametralladoras pesadas, para distribuir tareas. A nosotros, nos ordenó que emprendiéramos una ofensiva desde el cerro de la derecha para atacar a los enemigos por este flanco; la 4ª compañía lo haría, desde el cerro izquierdo, y la compañía de ametralladoras nos protegería desde ambas elevaciones; además, debíamos continuar la victoriosa persecución y no detenernos sin orden superior.

Bajo el comando del jefe de regimiento, empezaron a disparar las ametralladoras. Y al sonar el clarín, toda nuestra compañía se lanzó a la carga. Atacábamos avanzando y muy pronto los enemigos fueron derrotados. En medio del desconcierto, se dispersaban por todas partes. Fuimos tras ellos sin tomar aliento unos diez kilómetros. Algunos cayeron heri-

dos de muerte al ser blanco de las balas; los que ya no tenían aliento para huir, se tendieron en el suelo fingiéndose muertos y, otros, acosados por nuestras fuerzas, rodaron por los precipicios. Cuando llegamos a una colina detrás de una aldea, recibimos la orden: "¡Hacer alto la persecución y mantenerse alerta en el mismo terreno!". Al acampar, todos estábamos exhaustos y una vez nos sentábamos no podíamos levantarnos dejando en el olvido el hambre y la sed.

Al anoecer, se produjo de pronto agitación en el campamento, todos corrieron hacia la parte anterior de la colina. Yo los seguí también y vi pasar una fuerza a su pie, la cabeza de la columna se acercaba a la aldea pero no se alcanzaba a ver su cola.

Nuestros soldados, enterados por el ordenanza de que era el III Grupo de Ejércitos, ya no querían dormir. Se levantaron y a voz en cuello gritaron como dándoles la bienvenida sin importarles si eran escuchados. La fatiga, acumulada durante la larga persecución, había desaparecido otra vez.

Al día siguiente, los dirigentes y camaradas de los organismos centrales pasaron el río y se alojaron en la aldea por donde ya habíamos pasado durante la persecución al enemigo, allí llegó también nuestro regimiento.

Más tarde, oí comentar que el I Grupo de Ejércitos debía haber pasado el río por Lungchie, pero el río era allí muy ancho y los aviones enemigos podían volar muy bajo para atacarlos; y el III Grupo de Ejércitos debía haber cruzado por Jungmen, mas debido

a la gran velocidad de la corriente el cruce se hacía muy riesgoso. Por eso cambiaron los planes y resolvieron cruzar todos por Chiaoping. Salvado el obstáculo natural, el III Grupo de Ejércitos tomó el camino que lleva a Juili.

El Ejército Rojo y los yis, una misma familia

Armusia

En marzo de 1934, los pobres de las nacionalidades yi y jan, que vivíamos en el distrito Yuesui, determinados a no soportar más la cruel dominación y explotación por parte del gobierno reaccionario y el 24º cuerpo del Kuomintang, nos reunimos en un total de más de 4,000 personas para organizar una insurrección simultánea en tres aldeas: Jaitang, Wangchiatang y Paoan. Así logramos aniquilar a tres compañías de dicha unidad enemiga y cercar la cabecera distrital de Yuesui durante tres días. Pero apenas la habíamos tomado por asalto cuando llegaron de repente los refuerzos enviados desde Sichang, y nos derrotaron. Nosotros, los que sobrevivimos, nos vimos obligados a refugiarnos en los bosques de la montaña Este, pasando a vivir como salvajes.

Hacia mayo de 1935 se rumoreaba la pronta llegada del Ejército Rojo. Unos decían que era un ejército que castigaba especialmente al Kuomintang y los ricachones y hacía todo por el bien de los pobres, pero otros comentaban que mataba a cuantos encontraba y quemaba todo. ¿Existía de verdad un ejército que luchaba contra el Kuomintang y por el bien de los pobres? Por no lograr adquirir ninguna información, decidimos enviar a tres compañeros que bajaran de la montaña para averiguarlo.

Al regresar, los enviados dijeron que se habían retirado las tropas kuomintanistas y también se habían marchado los ricos, y que la noticia de la próxima llegada del Ejército Rojo era cierta. Además, ellos observaron que los agentes de los pao y chia⁷ obligaban a los habitantes a mudarse, engañándoles: “Al llegar aquí, el Ejército Rojo comunizará los bienes de todos, sin distinguir a los ricos de los pobres”. Les prohibían indagar nada sobre dicho Ejército. Como consecuencia de su ignorancia, algunos aldeanos se mudaron.

¿Qué tipo de ejército sería el Rojo? Tras muchas suposiciones, nos convencimos de que, sin duda alguna combatía a los kuomintanistas pues de otra manera, ¿por qué estos se escaparon tan apresuradamente? Y en cuanto a la comunización de las riquezas, ¿qué nos importaba?, no teníamos nada que perder. Además, durante un año de vida salvaje, habíamos sufrido demasiado, y sería mejor ayudar al Ejército Rojo en la lucha contra los kuomintanistas para realizar nuestra venganza. Tomamos esta decisión y bajamos de la montaña a la cabecera distrital.

En Yuesui, reinaba una triste soledad: las casas de los insurgentes habían sido destruidas. Los soldados amarillos (así se llamaba a los kuomintanistas) habían saqueado todo antes de su huida. Muchas viviendas estaban arruinadas. Las pocas familias que afortunadamente habían escapado al saqueo, tenían sus hogares bien cerrados por el temor a calamidades inesperadas, y en las calles desiertas se veían tejas rotas, tablas destrozadas, pajas y jirones de tela.

Una mañana, mientras preguntábamos en una tienda por el Ejército Rojo, oímos que se acercaban caballos al trote. Salimos llevados por la curiosidad y vimos llegar cinco caballos montados por robustos muchachos, que llevaban uniforme de tela negra, y gorras con estrella roja; calzaban zapatillas de paja, al hombro un fusil y bandolera a la cintura. Se veían muy gallardos. Tan pronto como nos vieron, bajaron de su montura y se dirigieron hacia nosotros: "Aldeanos, han sufrido mucho".

Al principio, quedamos estupefactos, pero poco a poco su amabilidad nos animó a ir a su encuentro.

"Aldeanos, no tengan miedo, somos del Ejército Rojo que sirve al pueblo de todas las nacionalidades y lucha para aniquilar las tropas reaccionarias kuomintanistas."

"¡Ah, el Ejército Rojo!", gritamos a coro en medio de la sorpresa. Eran tan simpáticos que los rodeamos en seguida. Cogiéndonos de las manos unos a otros, nos miramos mutuamente con detenimiento. Ellos observaban nuestro "Buda Celestial" (un mechón de cabellos) que teníamos en la cabeza, y el charwa (especie de ropa tejida con lana); y nosotros, la estrella roja de su gorra.

"Hemos oído que aquí los habitantes, sobre todo, los hermanos yi (era la primera vez que nos llamaban con tanto cariño) sufren mucho la opresión reaccionaria. Antes de su huida, el enemigo difundió falsos rumores para atemorizarlos a todos. Queremos que vivan como siempre. Nosotros nos quedamos aquí unos días y les aseguramos que no les molestaremos de ninguna manera." Después de hablar, amablemente se despidieron de

nosotros y fueron a visitar a otras familias, acompañados por los aldeanos atraídos por su presencia.

Se abrieron las tiendas una tras otra y la gente se informaba entre sí lo que había notado hasta entonces. Por la tarde, al compás de un sonoro canto de combate, entraron las tropas del Ejército Rojo. A lo largo de las calles, algunos los recibían con calurosos aplausos, en tanto que otros los miraban con recelo. Entre las filas había soldados vestidos de civil, pero todos iban muy entusiastas, con una sonrisa en los labios y agitando las manos saludaban a las masas. Cuando llegaron a la torre del tambor, se detuvieron para descansar. Los habitantes, curiosos, los rodearon de inmediato y los soldados, sentados en el suelo, empezaron a charlar con nosotros, algunos jugaron con los niños llevándolos en sus brazos. El tiempo iba pasando y con él crecía el número de personas. Al ver que se habían reunido bastantes, un militar con pistola en el cinturón, subió a unas escaleras y se puso a hablar: "Compañeros, somos del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, dirigido por el Partido Comunista de China. Igual que ustedes, antes también éramos oprimidos y explotados. Como no pudimos soportar más la opresión reaccionaria de los terratenientes y la burguesía, y para poder seguir viviendo, nos incorporamos al Ejército Rojo... Tendremos una vida feliz sólo cuando sea derribada la reacción kuomintanista que nos oprime hoy, y liberado todo nuestro país. Actualmente, el imperialismo japonés está invadiendo nuestra patria, pero la reacción chiangkaishekista no ofrece ninguna resistencia. Para no ser esclavos sin patria, tenemos que ir

al norte para expulsar a los invasores. Daremos una calurosa bienvenida a los compatriotas de diversas nacionalidades que quieran incorporarse a nuestro Ejército...”

Se produjo una pequeña agitación entre la multitud. La gente comentaba estas palabras que, por primera vez acababan de oír: incorporarse al Ejército, luchar contra la reacción, expulsar al imperialismo japonés... Al oír que el Ejército Rojo se oponía al Kuomintang, me conmoví y se me ocurrió la idea de unirme a ellos pero, de inmediato, vacilé: mejor es esperar un tiempo para decidirlo.

“¡Rápido, vayan a ver, el Ejército Rojo va a abrir la cárcel!”, de repente alguien gritó. Una multitud acudió a la sede de la autoridad local y yo les seguí. Allí había tanta gente que no cabía un alfiler. Ardían fogatas en el salón delantero y en el patio de la cárcel, los soldados rojos echaban al fuego paquetes de documentos del gobierno reaccionario.

Anocheecía, las llamas iluminaban sus caras enrojecidas. Nos sentimos tan emocionados que prorrumpimos en vítores: “¡Viva el Ejército Rojo!”. En ese momento, llegaron varios soldados provistos con una gruesa barra. Al llegar delante de la alta, sólida y tenebrosa puerta de la cárcel, uno de ellos gritó: “¡Listos!”. Tras un esfuerzo conjunto y un ruido atronador cayó la puerta de hierro.

“¡Viva el Ejército Rojo! ¡Viva!” Vítores de gratitud resonaban en el cielo. Muy emocionado y con un ímpetu desconocido para mí, aparté a la gente y llegué hasta la entrada de la prisión. Desde aquella oscuridad se propagaban golpes metálicos, y despedía una atmósfe-

La gran marcha
ra fétida que provocaba náuseas. Sin hacer caso de eso, los soldados del Ejército Rojo, antorcha y martillo en mano, entraron en ella, mientras gritaban: “Aldeanos; han sufrido mucho; nosotros, el Ejército Rojo, hemos venido a salvarlos”.

Siguiendo a los soldados penetré también. ¡Qué horrible espectáculo! Los prisioneros estaban acostados entre el fango y los excrementos, tenían los cabellos largos que les tapaban la cara; unos estaban totalmente desnudos y otros, con un pedacito de trapo, se cubrían las partes genitales; cadenas, esposas y grillos gruesos como un brazo, entrelazaban sus cuerpos escuálidos como ramas secas. Los soldados del Ejército Rojo abrieron cuidadosamente sus cerraduras a martillazos y los sacaron llevándolos a cuestas. Muchos de nosotros entramos también a ayudarles. En total, eran más de 200. Eran todos hermanos de nuestra nacionalidad, entre los cuales se encontraban diferentes patriarcas de los clanes de pusiungele, ajou, kuchi y otros. Algunos de ellos habían pasado allí 6 o 7 años y otros, más de diez. Eran innumerables los que habían sido muertos en la prisión por toda clase de torturas: apaleados, quemados con hierros candentes, atravesados por lanzas de bambú, etc. Pero, ¿por qué delitos habían sido castigados? Unos por no querer aplicar la política del Kuomintang de “dominar a los yis con los yis” exterminando a otros clanes; otros por no haber podido enviar mujeres jóvenes al reaccionario gobierno kuomintanista y a su ejército según el “reglamento”; o por incapacidad para pagar los exorbitantes impuestos y contribuciones. Para escarmentar a cien matando a uno,

el gobierno reaccionario elaboró un sistema de “encarcelamiento por turno”, es decir, si un patriarca de algún clan violaba cierto reglamento del gobierno, todos los patriarcas de ese clan, con sus hijos y nietos serían metidos en la cárcel “por turno”. Se decía “por turno”, pero en realidad, una vez adentro era muy difícil volver vivo y si llegaba a salir, lo hacía moribundo. Como resultado de ese sistema, muchos clanes venían extinguiéndose gradualmente.

Algunos aldeanos, al reconocer a sus familiares, se echaron a llorar de tristeza, y otros al saber que los suyos habían muerto, rompieron a llorar. “Tendremos siempre presente su deseo, y acabaremos con el maldito Kuomintang para vengar a los muertos”, los consolaban los soldados rojos. Triste e indignado, grité: “¡Quiero incorporarme al Ejército Rojo para luchar contra el Kuomintang!”

El tenso ambiente fue roto por mi grito inesperado. Muchos jóvenes que presenciaban la escena siguieron mi ejemplo: “¡Yo también quiero unirme a ustedes para aniquilar el Kuomintang!”. Se oyeron uno tras otro los gritos. Los soldados nos aplaudieron calurosamente y nos llevaron a registrarnos. Para entonces habían llegado otros soldados con botiquines, comidas, ropas y telas, y unas canastas llenas de lingotes de plata y monedas de cobre. Pusieron a los recién liberados ropas nuevas y les ofrecieron comida; a los enfermos los atendieron con esmero. Luego, a cada uno de ellos, le entregaron unas decenas de metros de tela y más de diez lingotes de plata. Tan emocionados se sentían que no podían pronunciar palabra, sólo lloraban a lágrima viva: “Queridos al-

deanos”, empezó a decir de nuevo aquel militar armado de pistola. Era un hombre de cara ancha, cejas gruesas y negras, y hablaba con tono muy amable. “Estas cosas son fruto de la explotación a que han sometido a las masas trabajadoras los burócratas y ricachones; ahora se las distribuimos a ustedes con el objetivo de ayudarles en la vida y en el desarrollo de la producción. Mañana abriremos los depósitos. Vengan con sacos para recibir cereales, y, por favor, comuníquenlo a los que no están hoy. Son productos de su trabajo y deben disfrutar de ellos.”

“¡Gracias al Ejército Rojo!” “¡Viva el Ejército Rojo!” — resonaron otra vez emotivos vítores. Más tarde, me enteré de que el que había hablado era el instructor político Liu Chi-chun. Después de la conversación, nos condujo a la compañía, llamó a un camarada de altura mediana y refiriéndose a nosotros, le dijo: “Estos tres camaradas pertenecerán a su escuadra. Son camaradas de la nacionalidad yi. Tienen que cuidarlos bien”. Y volviéndose hacia nosotros añadió: “No se sientan cohibidos, quedan como en su propia familia. Él es Je Siang-yung, jefe de su escuadra”. Luego se fue con los demás reclutas, distribuyéndolos en distintas escuadras.

Tras permanecer tres días en Yuesui, partimos. Los aldeanos vinieron a despedirnos trayendo cerdos, carne de oveja y de vacuno, y vino. El Ejército Rojo amablemente no aceptó las ofrendas: “Vamos al combate y no podemos llevarnos tantas cosas”. Llegaba cada vez más gente con regalos. La negativa a recibirlos les disgustaba, sobre todo a los ancianos y mujeres que, de pie, a los dos lados del camino, con vasos de vino en las manos derramaban

maban lágrimas repitiendo una y otra vez: “Han estado aquí sólo unos pocos días, pero han hecho muchas cosas por nuestro bien. No les permitimos irse sin tomar siquiera un trago”. Por último, la dirección no tuvo más remedio que ordenar que cada uno bebiera; sólo así nos dejaron pasar. Pero en eso, llegaron muchos jóvenes con sables, lanzas y otras armas, a pedir incorporación al Ejército Rojo. Fueron admitidos 400 muchachos fuertes y al resto se le persuadió de que se quedara. Camino a Jaitang, todavía nos seguían muchos aldeanos...

Después de dos días de caminata, y cuando nos acercábamos a Jaitang, nos informaron unos yis de que en tanto aguardaban nuestra llegada, ellos mismos habían tomado la iniciativa de cercar, en el poblado Jaitang, al jefe distrital y unos cabecillas del comité local kuomintanista que anteriormente habían huido de Yuesui junto con sus dos compañías del regimiento de preservación del orden.

Cuando llegamos a Jaitang, vimos por doquier a los yis, con diferentes armas en la mano, que levantando su charwa nos expresaron su bienvenida. Al escuchar el nutrido tiroteo, no pude contenerme más. El enemigo resistía obstinadamente desde un fortín amurallado. Cuando el jefe de mi escuadra cargaba el fusil, vi que un enemigo le apuntó para disparar. Inquieto, disparé en seguida, y el enemigo murió con la cabeza apoyada en el muro. Al oír la detonación a su espalda, el jefe se volvió y me miró, lo comprendió todo, me lanzó una sonrisa e inmediatamente, con otros compañeros, entramos en el poblado. El jefe de Yuesui y otros cuatro cabecillas del

La gran marcha
comité distrital del Kuomintang fueron capturados. Las dos compañías de preservación del orden, tras severas pérdidas, lograron salir del poblado. Mas tropezaron con los yis armados que los rodeaban y se vieron obligados a volver a su refugio, pero ya era demasiado tarde, los soldados rojos frenaron su recular. De esa manera, entre dos fuegos, fueron aniquilados cabalmente.

Al día siguiente, antes del amanecer, nos pusimos en marcha hacia Tashupao. Por el camino, de nuevo nos seguían los yis, ancianos, mujeres y chicos. Al llegar al río Tatu, ellos querían seguir todavía. Por último, decidimos elegir a más de diez aldeanos para servirnos de guías y al resto, con mucho trabajo logramos persuadirles de que regresaran después de que cruzáramos el río.

Los barcos habían sido destrozados por el enemigo y para ayudarnos, los yis hicieron en aquella misma noche decenas de balsas. A la madrugada siguiente, innumerables aldeanos nos despedían en la orilla, con lágrimas en los ojos. Agitando las manos gritaban: “¡Vuelvan sin falta! ¡Deben volver!”. Cuando subimos a las balsas, algunos de ellos llegaron a romper en llanto. “¡Hasta pronto, aldeanos, regresaremos sin falta!” —les gritamos desde las balsas. “¡Vuel... van pron... to!” Ya en el centro del río, y a pesar de lo ancho, podíamos oír aún el esperanzado grito de los yis. Mientras avanzábamos, volvíamos la cabeza de vez en cuando y por dentro, jurábamos: “¡Sí, volveremos!”.

Travesía por las montañas Taliang

Siao Jua

En la primavera de 1935, el Ejército Rojo Central continuó su marcha hacia el norte tras forzar el río Arenas Doradas y conquistó Sichang, Yuesui y Mienning. Las tropas de los caudillos militares de Sechuán que intentaban impedir su avance, eran derrotadas en los primeros encuentros y huían en desbandada.

Sin embargo, las tareas que el Ejército Rojo tenía por delante eran duras en extremo; las tropas kuomintanistas que lo perseguían ya habían llegado a la línea del río Arenas Doradas, y aquellas que interceptaban su avance se precipitaban sobre el río Tatu. Con esta situación, si no lograba pasar rápidamente el río Tatu, el Ejército Rojo se vería obligado a desplazarse hacia las zonas limítrofes de Sechuán y Sikang, zona que ofrecía mayores dificultades. De ahí que el Ejército Rojo tenía que salvar rápidamente todas las dificultades y conquistar esta barrera natural —el río Tatu. A fin de cumplir la pesada tarea, el camarada Tsuo Chüan dirigió una unidad del V regimiento de la II división y la compañía de reconocimiento del Grupo de Ejércitos hacia Tashupao a través de Yuesui, movilización que tenía por objeto contener y atraer la atención del enemigo en Fulin; el I regimiento de la I división y la compañía de ingenieros bajo el mando de los camaradas Liu Po-cheng y Nie Yung-chen consti-

tuían la vanguardia y deberían ocupar lo antes posible el embarcadero Anshunchang, ribera oeste del Tatu, a fin de proteger en el paso del río a las fuerzas principales del Ejército Rojo Central. Conforme a la orden de los dirigentes del Grupo de Ejércitos, encabecé un destacamento para hacer trabajo político entre las tropas de vanguardia y los habitantes, a lo largo de la marcha.

La zona montañosa Taliang queda entre Mienning y el río Tatu. Allí habita una de las minorías nacionales del suroeste —la yi, un pueblo intrépido. Por ese entonces, esta nacionalidad se hallaba aún en la sociedad esclavista. Se producían constantemente conflictos armados entre las tribus por conquistar tierra, esclavos y bestias. Los mercaderes astutos de nacionalidad jan se valían con frecuencia de la sencillez y honestidad del pueblo yi para estafarlo y explotarlo; los caudillos militares del Kuomintang realizaban contra el pueblo de esta nacionalidad frecuentes saqueos y “expediciones punitivas”. Todo esto originó en este pueblo, desconfianza y hostilidad hacia los janés. Se oponía particularmente a la entrada de las “tropas oficiales” jan en su zona. Era evidente que, bajo tales circunstancias, les era difícil comprender rápidamente la naturaleza del Ejército Rojo.

No era fácil atravesar felizmente esta zona pero, para ganar tiempo, debíamos cruzar por ella. La única arma de la cual dependíamos para vencer la dificultad era la política nacional del Partido. Solamente podíamos adoptar el método persuasivo y procurar el paso pacífico.

El destacamento de vanguardia investigó las costumbres de este pueblo y educó a su tropa en la política

nacional del Partido. Invitamos a un tungsi (intérprete) para las futuras negociaciones con los jefes de los yis.

Terminados todos los preparativos, nuestro destacamento de vanguardia empezó a entrar en la zona en la madrugada del 22 de mayo. De camino se veían montes que rascaban el cielo, senderos zigzagueantes, árboles frondosos, hierbas silvestres por todas partes, capas de hojas podridas. Con frecuencia encontrábamos un solo tronco uniendo a manera de puente los lados de un barranco, haciendo el paso extremadamente difícil. A medida que avanzábamos el clima fue cambiando: el cielo se tornaba cargado y sobrevenían lloviznas, dando la sensación de una atmósfera mefítica.

Poco tiempo después vimos aparecer y desaparecer entre árboles muchedumbres de yis, agitando escopetas, lanzas y palos, con evidente intención de impedir nuestro avance. No nos quedaba otro remedio que acortar la distancia entre cada uno de nosotros a fin de prevenir un ataque sorpresivo. Nuestro destacamento continuó desplazándose, pero con cautela.

Cerca de Kumatsi, 15 kilómetros dentro de la zona, nos contuvieron multitudes de yis que gritaban inintelligiblemente. Por sus gestos y expresiones de emoción era claro que si osábamos seguir, el choque sería inevitable. En ese momento nos llegó una noticia que hizo aún más apremiante la situación: los instrumentos para construir puentes y otros utensilios de la compañía de ingenieros habían sido arrebatados de un soplo por los yis debido a que ésta no contaba con armas e iba detrás de la fuerza principal aunque sólo a más o menos cien metros de

distancia. No obstante, nuestros soldados no habían sufrido ningún daño. Los camaradas de dicha compañía no tuvieron otro remedio que volver al lugar de donde habían salido.

El destacamento de vanguardia estaba siendo cercado. Pedimos al intérprete que en voz alta aclarara que el Ejército Rojo era distinto del kuomintanista, que habíamos llegado no a saquear ni matar ni acantonar en la zona, sino para pedir que se nos permitiera pasar hacia el norte. Pero la gente continuaba agitando sus sables y gritando: “¡No se les permite pasar!”. Precisamente en ese momento de confusión, en la boca del barranco se levantó una polvoreda producida por caballerías. Al frente de ellas venía un caballero yi, alto y fuerte, de algo más de 50 años de edad, tenía cara un poco morena y vestido de cáñamo. Su llegada tranquilizó en cierto grado a la muchedumbre. El intérprete reconoció en él al cuarto tío de Siao yetan, jefe del pueblo yi de la zona.

Con su llegada no le pareció oportuno resolver el problema. Pedí al intérprete que lo invitara para hablar, y el hombre aceptó con gusto. Se apeó y ordenó a su gente retirarse un poco.

Ante todo, le expliqué diciendo que el Ejército Rojo luchaba en interés de los explotados, esta vez llegó allí no para hostigar a los yis sino solamente intentaba pedir permiso para atravesar la zona e ir al norte. Sabiendo que los yis estimaban altamente la “hermandad”, le dije que el comandante Liu Po-cheng del Ejército Rojo dirigía un gran contingente en expedición al norte, que pasaría por allí y deseaba convertirse en un hermano jurado del

jefe del pueblo yi. Al principio creía a medias en mis palabras. Tras echar una mirada y observar que el Ejército Rojo contaba con buena disciplina, que era muy distinto de aquellas “tropas oficiales” del Kuomintang que saqueaban y mataban, confió plenamente en nosotros. Se puso contento al oír que nuestro comandante Liu tenía ese deseo de ser hermano del jefe del pueblo yi. Aceptó con agrado nuestras proposiciones. En realidad, por entonces, las dos tribus —kuchi y luojung— que poblaban las regiones por las que el Ejército Rojo debía pasar, estaban en guerra. Siaoyetan era el jefe de la primera tribu. Aceptó con agrado que el Ejército Rojo se aliara con él queriendo valerse de la fuerza de éste para derrotar a la otra tribu. Mas nuestro objetivo era unirnos con las nacionalidades hermanas, para evitar hostigamientos que pudieran detenernos. Para expresarle nuestra buena fe, le ofrecimos una pistola y varios fusiles y, con el mismo sentimiento, él nos regaló su negro rocinante.

Las negociaciones fueron un éxito. Cuando fui a informar a los camaradas Liu Po-cheng y Nie Yung-chen, los dos se encontraban angustiados por los posibles choques y sobre todo porque si el destacamento de vanguardia no conseguía resolver el problema, el paso de la fuerza principal se vería seriamente afectado. La noticia llenó de regocijo a todos. El camarada Liu montó su cabalgadura y marchó de primero. Siaoyetan y varios caciques yi acudieron a recibirlo. Al presentarle al camarada Liu, Siaoyetan se arrodilló en manifestación de respeto. Liu Po-cheng se apeó y lo levantó con cariño, reiterándole con sinceridad los fines que perseguía el Ejército Rojo y

el deseo de ser su hermano jurado. Subrayó además que en el futuro, cuando los reaccionarios fueran derrotados, el Ejército Rojo ayudaría al pueblo y a librarse de todas las opresiones foráneas y a construir una hermosa vida.

Los preparativos para la ceremonia de alianza fueron muy simples: se trajeron dos tazones con agua cristalina del lago y un gallo; se hizo una incisión en el cuello del animal y algunas gotas de sangre fresca se dejaron caer en los tazones.

Tuvo lugar esta ceremonia al margen de un lago cerca de Kumatsi entre montañas de la cordillera Jengtuan. El agua del lago era tan límpida como un espejo de modo que reflejaba los árboles frondosos de sus riberas. La brisa rizaba las aguas formando olas que parecían danzar en honor de la alianza que iba a sellarse.

El camarada Liu Po-cheng y Siao yetan con su tío llegaron y se arrodillaron en una misma fila. Delante estaban los dos tazones con el agua enrojecida con la sangre del gallo. No se empleó incienso, tampoco cirios. En esta ocasión, bajo el cielo azul y frente al agua transparente, el juramento estuvo preñado de sinceros deseos de unidad entre las nacionalidades hermanas.

El camarada Liu alzó el tazón y juró en voz alta: "Arriba, el cielo; abajo, el suelo... Liu Po-cheng desea confraternizar con Siao yetan..." Al terminar la última palabra bebió de un trago el "vino de la alianza". Siao yetan y su tío también lo bebieron. Así fue la ceremonia.

Los últimos rayos del sol poniente enrojecieron el lago, a cuyas orillas se presentó una atmósfera de cariño, amistad y unidad. A pesar del viento bastante fres-

co de los anocheceres en las postrimerías de la primavera, en las montañas Taliang, la gente sentía arder sus corazones.

Viendo que no lograría salir en ese mismo día de la zona yi, el cuartel general del destacamento de vanguardia decidió regresar 15 kilómetros para acampar en Tachiao, zona jan. Siaoyetan y su tío fueron acogidos en el acampamento. A los yis les gusta tomar vino. El cuartel general compró todo el vino que había en la aldea para ofrecerlo a los invitados, pero era tal su capacidad, que apenas si se les subió a la cabeza.

A la madrugada siguiente, Siaoyetan volvió primero y su tío quedó para servir de guía al Ejército Rojo. La noticia sobre la confraternización se había difundido. Por las experiencias del día anterior, el pueblo yi ya tenía fe en la sinceridad del acto del comandante con su jefe y en que el Ejército Rojo no les causaría daño. Ya no se presentó la hostilidad anterior. Haciendo filas a la vera del camino, los yis presenciaron con mirada un tanto extraña la marcha de este Ejército hacia el norte. El Ejército Rojo mantenía estricta disciplina y marchaba con pasos livianos. Salimos de la zona yi tras cerca de cincuenta kilómetros de veloz marcha. Ya caía la noche.

Apenas entramos en Chaluochie en la zona de los janes, encontramos grupos armados locales. Bajo las tinieblas del anochecer, ellos nos tomaron por el Ejército Central del Kuomintang ya que estos malvados, dedicados a perjudicar al pueblo en la frontera de las zonas jan y yi, no solamente no conocían al Ejército Rojo sino nunca antes habían visto al propio Ejército Central. Confun-

La gran marcha
dido, el cabecilla del territorio de Chaluochie, con bigote y cara amarillante por el opio, al frente de varios de sus secuaces vino a recibirnos.

Sin sacarlos de su engaño, entramos en el poblado. Ellos cayeron en la trampa y nos ofrecieron una comida. En la mesa conocimos la situación del camino que nos esperaba y del embarcadero sobre el río Tatu. En el embarcadero solamente había una lancha que estaba a nuestra orilla de noche y en la opuesta de día. Hacía falta capturar sorpresivamente esta lancha del enemigo. En caso contrario, para pasar el río no nos quedaría más remedio que volar y esto no sabíamos hacerlo. Después de obtener una completa información, desarmamos la pandilla de malhechores y los atamos.

A pesar de hallarnos muy fatigados debido a la marcha del día y a que sólo comimos una vez, continuamos aprovechando la noche a fin de ganar tiempo y conquistar la victoria.

Forzar el paso del Tatu

Yang Te-chi

Tras cruzar el río Arenas Doradas y atravesar Juili, Te-chang y Luku, nuestro Ejército Rojo llegó a Mienning, en mayo de 1935. El I regimiento de la I división del I Grupo de Ejércitos del Ejército Rojo tenía la misión de vanguardia para forzar el cruce del río Tatu. Para reforzar la dirección de nuestro regimiento, la Comisión Militar del Comité Central del Partido designó especialmente a los camaradas Liu Po-cheng y Nie Yung-chen como su comandante y comisario político, y puso bajo el mando del I regimiento la compañía de ingenieros y la de artillería del Grupo de Ejércitos. En aquel entonces yo era jefe del regimiento.

Una vez recibida la orden de combate, nuestra unidad partió de una aldea que distaba 80 kilómetros del río. El Tatu es un afluente del Yangtsé. Se cuenta que en los tiempos de la Revolución Taiping, Shi Ta-kai y su tropa fueron derrotados en este lugar⁸. Ahora, la situación que aparecía ante nosotros era bastante amenazadora: nos perseguían cien mil efectivos de las tropas del Kuomintang encabezados por Chou Jun-yuan, Süe Yue y Wu Chi-wei; adelante teníamos las "tropas intrépidas" de los caudillos militares Liu Siang y Liu Wen-jui de Sechuán, que defendían todos los embarcaderos del Tatu. Chiang Kai-shek

La gran marcha

fanfarroneaba diciendo: “Con el río Arenas Doradas detrás, al frente el río Tatu y nuestros varios centenares de efectivos cercándolas, las tropas comunistas no podrán pasar, a menos que lo hagan volando”. Soñaba con repetir el infausto suceso Taiping.

Tras un día con su noche de marcha bajo la lluvia, nuestras tropas llegaron a una colina, a sólo cinco kilómetros de Anshunchang, desde donde se escuchaba el rumor de las aguas del río. La caminata de algo más de setenta kilómetros había sido de por sí, agotadora. Al parar, los combatientes se quedaban dormidos por el cansancio. Eran las diez de la noche. Mientras los soldados descansaban, se localizaron algunos lugareños para obtener de ellos información.

Los datos arrojados por los lugareños concordaban en lo fundamental con nuestro reconocimiento. Anshunchang era un pequeño poblado con cerca de cien familias. Para impedir nuestro paso por el río, el enemigo había estacionado allí dos compamas. Éste se había llevado todos los barcos —y los que no, los había destruido— de modo que sólo había dejado uno para su propio uso. Un regimiento acampaba en la otra orilla, cuya fuerza principal dormía siete kilómetros y medio abajo del embarcadero. Río arriba, en el poblado Luting, había tres “regimientos vertebrales”, y río abajo, dos regimientos del caudillo Yang Sen. Quedaba pues un solo camino para llegar a la otra orilla, ocupar Anshunchang y capturar la única nave que había allí.

Apenas tuvimos en claro las circunstancias, recibimos la orden del comando: atacar por sorpresa al enemigo de Anshunchang, tomar el barco y forzar el cruce. El comandante Liu Po-cheng y el comisario Nie Yung-chen nos indicaron especialmente: "De este paso dependen las decenas de miles de vidas de nuestro Ejército Rojo. Deben ustedes salvar toda dificultad, cumplir la tarea y abrir un camino hacia la victoria para todo el Ejército".

"No somos Shi Ta-kai. Somos el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos dirigido por el Partido Comunista y el Presidente Mao. Para nosotros ningún enemigo es invencible, ninguna barrera natural, inconquistable. Con esta acción hemos de escribir una brillante página en los anales de la Revolución China", se comprometió Li Lin, comisario político del regimiento.

Preludio de victoria

Se despertó a los combatientes y la marcha continuó bajo las sombras de la noche y la llovizna. De acuerdo al plan de ataque, el comisario Li con el segundo batallón fingiría un ataque abajo de Anshunchang y así atraería la fuerza principal del regimiento enemigo; yo, al frente del primer batallón conquistaría primero Anshunchang y luego forzaría el cruce; el tercer batallón defendería nuestra retaguardia.

La oscuridad era completa, más aún, la lluvia caía sin cesar. Nuestras tropas marchaban por sende-

ros de barro. A poco más de cinco kilómetros de camino, nos acercamos a Anshunchang. Ordené que el tercer batallón marchara dividido en tres columnas.

Los defensores de Anshunchang ni siquiera habían soñado que el Ejército Rojo llegaría tan pronto. No estaban alerta pues suponían que aún nos hallábamos en la zona de los yis, de Jaitsipien.

“¿Quién vive?”

“¡El Ejército Rojo! Ríndanse y no los matamos.”

¡Bum!, fue la réplica. Los combatientes del Ejército Rojo cayeron entonces sobre el enemigo. Los tiros ahogaron el rugir de las aguas del Tatu y apagaron los trágicos gritos del adversario. Cayeron uno tras otro los que se atrevieron a resistir, otros huyeron temerariamente y muchos fueron hechos prisioneros. En menos de treinta minutos el enemigo había sido derrotado.

Cuando el combate estaba en su apogeo, llegué a una choza al lado del camino. De repente oí un grito: “¿Quién anda?”. Mi ordenanza montó su rifle y contestó: “¡Alto! ¡Manos arriba!”. Sin conocer nuestra situación, los contrincantes entregaron sus armas. Y qué casualidad. Estos eran los hombres que estaban a cargo del barco. Pedí al ordenanza llevar a los prisioneros al primer batallón a fin de asegurar la nave.

Después de muchos esfuerzos, el primer batallón tomó el único barco que había, en el cual depositábamos nuestra esperanza para cruzar.

Después de ocupar Anshunchang llegué a la orilla y vi que a ambos lados del turbulento río se erguían altas montañas. El río allí medía alrededor de trescientos metros de ancho, con una profundidad de diez metros. Cuando la vertiginosa corriente chocaba contra los escollos, se levantaban altas olas. Era difícil pasar inmediatamente pues no había timonel y no nos habíamos preparado bien. Informé a la dirección superior sobre el asunto y pedí instrucciones mientras se realizaban los preparativos. Esa noche, en la choza en que me alojé, ora paseaba ora me sentaba al lado de la lámpara de aceite, reflexionando sobre los problemas concernientes al paso del río.

Lo primero que me vino a la mente fue pasar a nado. Pero la corriente rápida, el oleaje fuerte y los múltiples remolinos redujeron esta posibilidad a la nada. Pensé también en construir un puente. Mas al pensar en la velocidad de la corriente —cuatro metros por segundo— vi que era imposible. Dando rodeos en la mente, volvía a encontrar como única salida, el barco. Fue así como encargué al camarada Sun Chi-sien, jefe del primer batallón, la tarea de buscar algún timonel.

Sun envió hombres para que localizaran alguno y así llegó el primero, después otro y luego una decena. Ya se anunciaba el amanecer.

Los diecisiete héroes

A la madrugada cesó la lluvia. El cielo azul se mostraba salpicado de blancas flores afiligranadas. Los

precipicios limpiados por la lluvia se mostraban particularmente altos. Siguió como de costumbre rugiendo el río revoltoso. A través de los prismáticos la ribera opuesta aparecía nítidamente: a medio kilómetro del embarcadeto había una pequeña aldea de cuatro o cinco familias, rodeada de un muro que podía tener de altura la mitad de la de un hombre. Muy cerca del embarcadero había varias fortificaciones y a su alrededor rocas negras. Yo estimaba que la fuerza principal del enemigo se encontraba en la aldea, pronta a contraatacar cuando nuestra vanguardia se aproximara, para obligarla a lanzarse al agua. "Quien ataca primero gana," decidí. Ordené a la compañía de artillería colocar sus tres morteros calibre 82 y varias ametralladoras pesadas en posiciones favorables. Las ametralladoras ligeras y los tiradores de primera categoría también tomaron posición en la margen del río.

Dispuesto el fuego, el problema seguía siendo el mismo: pasar el río. El barco no tenía gran capacidad. Por lo tanto, hacía falta organizar un grupo de valientes. Di la tarea al camarada Sun Chi-sien.

Al conocer la noticia, los soldados cercaron a Sun peleándose por ser los elegidos. Ninguna explicación lograba persuadirlos de que no todos podían participar.

"¿Qué hago?", me preguntó el jefe del batallón. Me sentí alegre e impaciente a la vez. Me alegraba la intrepidez y el valor de nuestros combatientes, pero me preocupaba que el tiempo corriera en discusiones

sin fin. Decidí que se escogieran hombres de una sola unidad.

Sun Chi-sien decidió que la selección se hiciera en la segunda compañía. Los integrantes de ésta, en fila, delante de la choza, se aprestaron a escuchar en silencio la lista aprobada. El jefe del batallón comenzó a leer: “Siung Shang-lin, jefe de la compañía; Tseng Jui-ming, jefe del segundo pelotón; Liu Chang-fa, jefe de la tercera escuadra; Chang Ke-piao, subjefe de la tercera escuadra; Kuo Shi-tsang, jefe de la cuarta escuadra; Chang Cheng-chiu, subjefe de la cuarta escuadra; soldados Chang Kui-chenk, Siao Jan-yao...” Leyó en total 16 nombres. Igual número había dado un paso al frente y se hallaban en fila. Todos graves, con ánimo inquebrantable; eran excelentes cuadros y soldados.

De repente se precipitó de entre las filas un soldado gritando, al mismo tiempo que lloraba: “Quiero ir, quiero ir”. Se dirigió hacia el jefe del batallón. Eché una mirada y reconocí al estafeta de la segunda compañía. Sun me miró conmovido y me fue imposible dejar de sentirme emocionado ante la escena que estaba viviendo. ¡Qué magnífico combatiente! Moví la cabeza indicando a Sun mi consentimiento. “Bueno”, dijo Sun. El estafeta enjugó sus lágrimas, se echó a reír y corrió hacia la fila de los 16.

Así quedó organizado el destacamento de valientes. Cada uno de los 17 llevaba un sable, fusil ametrallador, una pistola, cinco o seis granadas de mano y alguna herramienta. El camarada Siung Shang-lin era el jefe del destacamento.

El barco vuela sobre el río

Llegó el momento solemne, el camarada Siung saltó al barco.

“¡Camaradas! En ustedes depositan su esperanza las decenas de miles de camaradas del Ejército Rojo. ¡Firmes! ¡Pasen el río y aniquilen al enemigo!”

El barco se separó de nuestra ribera en medio de calurosas voces de animación.

El enemigo, aterrorizado, abrió fuego contra nuestra embarcación.

“¡Fuego!”, ordené. El magnífico tirador Chao Chang-cheng disparó dos veces y dos explosiones volaron por los aires sendas fortificaciones. Nuestras ametralladoras y fusiles también enseñaban su poderío. Una tras otra caían sobre las fortificaciones enemigas nuestras bombas. La metralla llovía protegiendo la nave que, conducida por los lugareños intrépidos, se esforzaba por llegar a su destino. El barco marchaba rompiendo el vertiginoso oleaje, a su alrededor, las balas enemigas levantaban pequeñas columnas de agua. La atención de todos se hallaba concentrada en él.

De súbito, una bomba cayó cerca de la embarcación estremeciéndola y una ola gigante pareció que la cubría.

Quedé tenso. Luego de varios y peligrosos vaivenes, la nave se tranquilizó.

Como un rayo el barco se dirigía hacia la orilla norte. El enemigo concentró su fuego en él tratando

de bloquearlo. No obstante, los valientes se abrían paso a través de la cortina de olas y balas.

Una ráfaga alcanzó la embarcación y por los prismáticos vi que simultáneamente un soldado apretó su brazo.

“¿Cómo se encontrará?” Antes de seguir mis pensamientos, vi que el barco se deslizaba veloz siguiendo la corriente, hasta chocar con un gran escollo varias decenas de metros más abajo.

“¡Qué desgracia!”, me dije observando el barco. Algunos barqueros apoyaron sus manos en la roca mientras el agua continuaba salpicando herida por las balas. Si el barco continuaba deslizándose y llegaba al remolino...

“¡Ánimo!”, grité sin poderme contener. Al mío siguió el grito de todos animando a los valientes.

Cuatro barqueros saltaron al agua e impidieron con sus espaldas el deslizamiento del barco, y los del barco apoyaron sus garrochas contra los escollos para dominar la nave. Por fin, su avance continuó.

Ya próximo el desembarco, a sólo cinco o seis metros de la orilla, los intrépidos combatientes, sin temor se levantaron dispuestos a lanzarse al ataque.

De repente, una columna salió de la aldea. Evidentemente el enemigo intentaba aniquilarlos en el margen del río.

“Bombardear”, ordené en voz alta a la batería de morteros.

“¡Bum, bum!” Dos ensordecedores morteros cayeron entre la multitud que se precipitaba

La gran marcha

fuera de la aldea. El camarada Li Te-tsai también hizo reír a su ametralladora pesada. Los adversarios caían uno tras otro. “¡Fuego! ¡Fuego nutrido!” El enemigo retrocedió y huyó en desbandada.

“¡Alargar el fuego! ¡Fuego!”, ordené otra vez.

Llovía plomo. Bajo su protección, los diecisiete valientes tomaron tierra y derrotaron con sus granadas y el fuego de sus fusiles al enemigo. Las fortificaciones fueron ocupadas.

Muy pronto el adversario se reorganizó y contraatacó con el intento de empujar a nuestros soldados al río aprovechando que aún no estaba firmemente controlado el lugar. Nuestras bombas y balas volaron otra vez hacia el enemigo. Entre el humo, éste caía. Los diecisiete camaradas se arrojaron blandiendo sus sables que escupían su luz fría, y aparecían y desaparecían. Esta unidad, parte de las tropas de Sechuán, famosa por llevar sus “dos armas” (fusil y pipa para fumar opio), llena de pavor se desbandó hacia la montaña. El embarcadero fue controlado victoriosamente.

Luego, el barco que había regresado a la orilla sur cruzó a Sun Chi-sien y al operador de ametralladora pesada. Después llegó mi turno. Atardecía. Los timoneles se esforzaban para que el cruce del Ejército Rojo fuera aún más rápido. Avanzamos exitosamente y logramos otros dos barcos un poco más abajo del embarcadero. Así, nuestra tropa atravesó el Tatu.

Tras esta operación, el cuerpo del flanco izquierdo, el IV regimiento, en perfecta coordinación,

con el I regimiento del Ejército Rojo, conquistó el puente Luting. Las decenas de miles de efectivos del Ejército Rojo atravesaron esta barrera natural, el río Tatu. Se desvaneció la ilusión de Chiang Kaishek de hacer con nosotros lo que el ejército imperial hizo con Shi Ta-kai. La proeza realizada por los diecisiete héroes, será siempre elogiada por las generaciones venideras.

Ataque relámpago sobre el puente Luting

Yang Cheng-wu

Gloriosa misión

El 25 de mayo, el I regimiento de la I división del Ejército Rojo pasó felizmente en Anshunchang el río Tatu. Pero allí la corriente era vertiginosa, condición desfavorable para tender un puente. El embarcadero solamente contaba con pocos barcos y además una ida y venida requería varias decenas de minutos. No se sabía cuánto tiempo haría falta para que toda la tropa atravesara el río por ese medio. Chiang Kai-shek había ordenado a las tropas de Yang Sen y otros caudillos militares de Sechuán hacer todo lo posible por defender el Tatu y, a las de Süe Yue y Chou Jun-yuan perseguirnos con rapidez. Por aquel entonces numerosas personalidades patriotas y progresistas sentían preocupación: “¿Correría el Ejército Rojo la misma suerte de Shi Ta-kai?”.

Con el objetivo de librarse del aprieto en que se encontraba, era necesario conquistar el puente Luting para el rápido paso del río. El IV regimiento, vanguardia de la columna izquierda, bajo estas circunstancias, aceptó la tarea. La I división del Ejército Rojo, columna derecha, después de pasar el río Tatu por Anshunchang se dirigió hacia el norte por la ori-

lla este con el propósito de actuar en coordinación con el IV regimiento de la II división en la conquista del puente Luting.

Primer día de éxito

En la madrugada del 27 de mayo, nuestro IV regimiento partió de Anshunchang y se precipitó hacia el puente por la orilla oeste. Teníamos que recorrer una distancia de 160 kilómetros, en tres días. El camino era zigzagueante y a veces los senderos parecían de cabra; al lado izquierdo, los precipicios se mostraban cortados verticalmente; a media montaña la nieve nunca se derretía y brillaba entregándonos su frío penetrante. Al lado derecho, el Tatu rugía y al menor descuido la ida podía perderse. Sin embargo, nadie se dejó acobardar por el peligro: todo el mundo deseaba acelerar la marcha y apoderarse lo antes posible del puente.

Más o menos habíamos caminado 15 kilómetros cuando nos sorprendieron los disparos enemigos de la ribera opuesta. Para evitar heridas o muertes innecesarias, la tropa no tuvo más remedio que rodear las montañas, prolongando en cinco kilómetros la jornada y perdiendo no poco tiempo.

Quince kilómetros más adelante apareció una montaña de unos 5,000 metros de altitud. Allí la compañía que iba delante chocó con una compañía enemiga. Nuestros combatientes, como tigres entre manadas de ovejas, realizaron una embestida tan

furiosa que el enemigo fue pronto puesto fuera de combate. Después de salvar la montaña se veía un pequeño río, no muy ancho pero como nos habían dicho, muy profundo, imposible de vadear y el puente había sido destruido. Cortamos algunos árboles y se tendió un puente por el que pasamos.

Con la victoria en los combates nuestros soldados aceleraban el paso. Continuaron trepando la montaña a pesar de los esporádicos disparos. Al recibir un parte de un grupo de exploradores quedé sorprendido: Allí, a la izquierda de nosotros, un batallón de enemigos defendía el valle obstaculizando nuestro avance. El jefe del regimiento y yo corrimos junto con otros cuadros para explorar el terreno. En esta montaña sólo había una ruta muy estrecha, semejante a una escalera que llevaba al cielo. Si hubiéramos tenido sombrero, al levantar la cabeza para ver su trayectoria se nos hubiera caído. En la cumbre y el paso se habían construido fortificaciones. Al lado derecho, el río; parecía que no había otra posibilidad, ni siquiera la de dar un rodeo. Y de frente, no era tampoco accesible. Al lado izquierdo, era un corte de roca vertical del cual salían algunos pequeños árboles y matas, y estaba entrelazado con un monte aún más alto. Después de un minucioso reconocimiento llegamos a la conclusión de que sólo había una esperanza: sorprender al enemigo por la espalda yendo por el corte rocoso. Ordenamos al camarada Tseng Ching-lin, jefe del III batallón, y a Luo Jua-sheng, secretario de la célula general del

Partido, ascender con una compañía por dicho lugar mientras nosotros organizamos con las dos restantes un ataque simulado.

El enemigo disparaba con frenesí para bloquear la boca del camino. No había pasado una hora cuando se escucharon tiros a la espalda del enemigo. Aprovechando la oportunidad, atacamos con toda nuestra furia. Sometido a dos fuegos, el enemigo fue derrotado. Lo perseguimos con ímpetu y aniquilamos las tres compañías al pie de la pendiente, capturamos al jefe del batallón enemigo, a su jefe de compañía y a más de 200 soldados. El adversario pretendió impedir nuestro avance aprovechando la barrera natural, pero sucedió todo lo contrario. Nuestro desplazamiento fue a mayor velocidad.

Ciento veinte kilómetros en un solo día

A la mañana siguiente salimos con anticipación, a las cinco, después de comer. Habíamos caminado unos dos o tres kilómetros cuando nos llegó una orden de la Comisión Militar: apoderarnos del puente Luting el día 29.

¡El 29! Es decir, al día siguiente. De allí a Luting había 120 kilómetros. Nadie había pensado en una orden tan urgente. Recorrer semejante distancia era de por sí una magna dificultad. Había que ir a pie y, además, vencer el hostigamiento enemigo. Sin embargo, se trataba de una tarea que afectaba a todo

el Ejército Rojo. Había que cumplirla sin vacilación, sin un minuto ni un segundo de retraso.

Allí, en el puente Luting, había generalmente dos regimientos para su defensa, mas ahora dos brigadas de refuerzo iban hacia él. Una parte de éstas obstaculizaba a la I división y la mayor parte avanzaba en dirección norte por la orilla opuesta. Si llegáramos antes, la victoria sería nuestra. En caso contrario, sería muy difícil y tal vez resultaría imposible tomar el puente Luting. Era una lucha contra reloj. Sobre la marcha, estudiábamos con los cuadros de batallón, de compañía, de cuartel general y de la sección política las posibles tácticas para cumplir la urgente tarea. Nos propusimos una consigna: "El IV regimiento rojo cuenta con una gloriosa historia de combate, cumplirá con firmeza la tarea y mantendrá su tradición. Aprender del I regimiento que ha conquistado Anshunchang, emular con él y con firmeza tomar posesión del puente Luting. La tarea es gloriosa pero también difícil. Debemos pasar por la prueba". Exigimos a las unidades llegar al puente Luting antes de las seis horas del día siguiente.

El camarada Luo Jua-sheng y yo acudimos, casi volando, a la punta de vanguardia para movilizar a los soldados a una veloz marcha. La tropa pasaba delante de nosotros como una ráfaga de viento. Pude ver con claridad cada cara, cada par de ojos. Los gritos que expresaban su determinación de apoderarse del puente, se escuchaban sin cesar. Estos

La gran marcha

ahogaron el rugir del río y estremecieron las montañas. Se aceleró aún más el avance.

Entre las columnas, comenzó a darse un fenómeno que parecía extraño: algunos hombres, ora se agrupaban ora se dispersaban y mientras corrían gritaban algo y volvían a agruparse, pero siempre en movimiento. Se trataba de reuniones de los miembros de la célula del Partido y de los grupos del Partido. El tiempo no nos permitía parar para una reunión y teníamos que discutir los problemas para llegar al cumplimiento de la misión que nos había encargado el Partido.

Apenas se había terminado el trabajo de movilización cuando nos aproximamos al cerro Mengjukang.

Eran quince o veinte kilómetros de pendiente a nuestro frente y otros tantos del otro lado del cerro. A su derecha el río Tatu y a la izquierda, una montaña todavía más alta: sólo un sendero de cabra nos daba paso. Era la garganta entre Anshunchang y el puente Luting. Un batallón del enemigo se atrinchaba en la cumbre. Había una niebla tan espesa que no se veía nada más allá de cinco pasos. Sin poderlos ver, el enemigo se limitaba a disparar desde sus posiciones hacia la orientación de nuestro avance. Aprovechamos la espesa tiniebla para camuflarnos y organizar la tropa para subir a hurtadillas a la cumbre. Les ordenamos no permitirse disparo ninguno, acercarse al enemigo y aniquilarlo con granadas de mano y una carga de bayoneta. Poco tiempo después se oyeron las explosiones de las granadas de

mano seguidas por gritos de “a la carga”. Los defensores, amedrentados, retrocedieron. El batallón de vanguardia persiguió con gran rapidez al enemigo desbandado hasta la aldea de Mosimien. Allí se encontró con un batallón y la comandancia de un regimiento del enemigo. Nuestra embestida victoriosa derrotó al enemigo y nos apoderamos de la aldea. Los malvados destruyeron el puente de un río al este de la aldea y con ello aumentaron nuestras dificultades ya que tardamos dos horas en tender uno nuevo. Continuamos nuestra marcha forzada y unos veinticinco kilómetros adelante llegamos a una aldea. Eran las siete de la tarde. El caserío lo formaban poco más de diez familias. A la orilla del Tatu nos esperaban 55 kilómetros de camino.

Las dificultades vinieron una tras otra. El cielo también quiso molestarnos: llovía a cántaros. Rayos y centellas iluminaban por instantes la oscura bóveda al son de ensordecedores truenos. Las tinieblas reinaban. Los soldados no habían comido durante todo el día. El hambre nos acosaba. El camino de lodo disminuía nuestra velocidad. Mientras nos deslizábamos pendiente abajo, divisamos al enemigo a nuestra misma altura.

A mayores dificultades, mayor trabajo político, y nueva movilización política. Aclaramos a las células y a todos y cada uno de los miembros del Partido y de la Liga así como a los demás activistas las dificultades con que nos enfrentábamos y la necesidad de hacer lo posible por llegar al puente a

las seis de la madrugada siguiente. Llamamos a cada uno a que se preparara un bastón para agilizar el paso por el resbaloso camino y a comer arroz crudo con agua para mitigar el hambre mientras marchaba. El llamamiento encendió, como pólvora, el ánimo combativo de la tropa. A su parecer, podría atravesar una montaña aunque ésta fuera de cuchillos. Sin embargo, ¿lograríamos coronar con éxito esta marcha de 55 kilómetros? La cuestión me pesaba como una roca de mil kilos.

De repente aparecieron puntos de fuego en las montañas a la orilla opuesta que en un abrir y cerrar de ojos se convirtieron en una gran cola de antorchas. El enemigo apuraba su marcha sirviéndose de antorchas. La luz enemiga nos sugirió marchar también con antorchas. Esta idea me vino a la mente. Quise estudiarla junto con el jefe del regimiento, el jefe del Estado Mayor y el secretario de la célula general del Partido, pero me surgió otra: "Sólo nos media un río. Si nos identificamos como Ejército Rojo, habrá choques y entonces, ¿qué vamos a hacer?".

"Hace falta la valentía cuando sobrevienen diez mil dificultades." Decidimos aparecer como si fuéramos los tres batallones enemigos aniquilados en los últimos dos días para engañar así a éste. Ordené inmediatamente a nuestras unidades comprar todos los setos que encontráramos a nuestro paso para hacer una antorcha para cada combatiente, mas no se permitía encender más que una para cada escuadra. Pedí a los clarineros que se prepa-

raran para tocar las señales de enlace del enemigo, para el caso de que fuera necesario. Sabiendo que las tropas de la otra orilla eran de Sechuán, seleccionamos a camaradas procedentes de esa provincia y a prisioneros para responder las preguntas. A fin de acelerar la velocidad, dejamos todas las bestias, el equipaje, las armas más pesadas, incluso los caballos en que montamos el jefe del regimiento y yo, en manos de un pelotón que a modo de retaguardia y bajo el mando del jefe de la sección administrativa Je Ching-chi y su subalterno Teng Kuang-jan, nos seguiría a menor velocidad.

Mi herida en la pierna no había curado del todo y me costaba caminar. Los camaradas, sobre todo el jefe del regimiento, me aconsejaron ir a caballo. Yo consideraba que en ese momento era cuando más hacía falta que los cuadros dieran ejemplo, ¿cómo podía ir a caballo?! Por eso reiteré a los camaradas en tono de desafío: “Camaradas, marchamos juntos. A ver quién va más rápido, quién llega primero al puente Luting”.

Alegres las tropas marchaban enarbolando las antorchas. A ambos lados del río, éstas se reflejaban en las aguas. De lejos parecían dos dragones de fuego, enrojeciendo la corriente del Tatu. En medio de los ruidos, nos llegaron los débiles gritos y clarinazos del enemigo. “¿Qué tropas son?”, preguntaban. Nuestros clarineros respondieron de acuerdo con su propio código, y los camaradas procedentes de Sechuán y los prisioneros lo hicieron también con un

La gran marcha
grito a coro. El enemigo, estúpido como un cerdo, no pensó jamás que quienes marchaban frente a él eran los heroicos soldados del Ejército Rojo a los que soñaba día y noche aniquilar. Así caminamos 10 o 15 kilómetros. La lluvia cayó más nutrida. A las 12:00 de la noche, el dragón de fuego de la otra orilla desapareció. La fatiga los hizo detenerse. Esto estimuló a nuestros combatientes y aceleró nuestra marcha.

El aguacero golpeaba a los combatientes y las aguas se precipitaban desde las cumbres sobre el río. El sendero, cada vez más resbaladizo, parecía tener una espesa capa de jabón. El bastón ya no servía. Un ligero descuido y nos parábamos en la cabeza: una caída a cada tres pasos. Y a pesar de todo esto, los hombres dormitaban caminando. Algunos, aletargados, se detenían, y sólo salían de su letargo cuando el que venía detrás chocaba contra él invitándolo a seguir y a no distanciarse de los demás. Tuvimos que quitarnos las correas que protegían nuestras piernas para marchar entrelazados y así evitar salirnos del camino.

Pasadas las seis de la mañana, llegamos a Luting. Inmediatamente ocupamos la orilla oeste y la cabecera del puente. La victoria fue total. En veinticuatro horas habíamos combatido, tendido puentes y caminado 120 kilómetros. ¡Habíamos volado!

Queremos el puente, no el fusil

Tomamos posesión de varias edificaciones y una iglesia católica al extremo oeste del puente. Nuestros ca-

maradas se preparaban para el combate. El jefe del regimiento Wang y yo fuimos, junto con los cuadros de batallón y compañía, a inspeccionar el terreno.

El puente Luting se veía de veras peligroso. Incluso nosotros, nosotros que habíamos desbrozado caminos por entre inhóspitas montañas, que habíamos improvisado puentes y conquistado pasos, no pudimos evitar que se nos estrechara el corazón. Clavamos la mirada en el abismo; la corriente turbulenta se precipitaba desde la angosta garganta para ir a estrellarse con violencia sin par contra los escollos del centro del río, levantando olas que alcanzaban más de tres metros de altura. El ruido del agua era ensordecedor. Ni siquiera los peces podían contra semejante corriente. Era absolutamente imposible pasar a nado o en barco.

Viramos la vista hacia el puente. No era de piedra, tampoco de madera, sólo había cadenas de hierro. Trece largas y gruesas cadenas de hierro con eslabones que semejaban roscones, se tendían sobre el río. Un par de ellas, a cada lado, hacían las veces de pertiles. Las otras nueve, servían de apoyo a los tableros pero estos habían sido desmantelados por los kuomintanistas para obstaculizar nuestro paso. En aquel momento, únicamente quedaban las cadenas frías. En la cabeza del puente, dos versos de un poema estaban grabados en una lápida:

“Mil montañas yérguense a
Los extremos del puente Luting.
Horadando las nubes con sus picos majestuosos.”

Inmediatamente a la punta este del puente está la ciudad de Luting, mitad pegada a la montaña, mitad al margen del Tatu. Su muralla medía siete metros de altura. La puerta oeste se encontraba precisamente allí, en el cabo este del puente, puerta que era el único paso después de atravesar el puente. En la ciudad acampaban dos regimientos enemigos, con construcciones militares en la pendiente. Las ametralladoras concentradas cerca de la cabeza de puente, escupían fuego sin cesar contra nosotros. Los obuses de mortero volaban sucesivamente sobre nuestras cabezas. Con la barrera que hemos venido describiendo a su favor, nuestro enemigo se sentía envalentonado; nos gritaban con frenesí: “Vengan volando y les entregaremos las armas”. Impulsados por nuestra resolución, les respondimos: “No nos importan sus fusiles, queremos su puente”.

Tras el reconocimiento, organizamos el fuego de un batallón para bloquear el camino que podía traer los refuerzos de los kuomintanistas. Dicho camino no era más que un sendero de cabra entre la montaña y la corriente, de modo que si los refuerzos querían llegar tendrían que pasar por allí sin otra alternativa.

Acto seguido, movilizamos a las compañías. La moral combativa creció de modo que una tras otra fueron llegando listas de hombres que deseaban integrar el equipo de choque y la correspondiente demanda de aprobación.

Al mediodía, convocamos a todos los dirigentes del regimiento para estudiar y aprobar el equipo de choque. No bien había comenzado la reunión cuando algunas granadas de mortero cayeron sobre el techo de la iglesia donde nos reunimos provocando una lluvia de tejas. Todos los asistentes se mantuvieron serenos. Aprovechando la ocasión dije para estimularlos: “Los enemigos nos están movilizando, debemos combatir y cruzar por el puente enseguida. Veamos ahora qué compañía debe asumir la tarea de choque”. El jefe de la segunda compañía Liao Tachu, que en general hablaba poco, se levantó y con un leve temblor del cuerpo debido a la emoción, y la cara y orejas enrojecidas, dijo: “La primera compañía ha hecho méritos al pasar el río Wuchiang, convirtiéndose en compañía ejemplar. Aprendemos de ella y lucharemos por convertir la nuestra en heroica, con la conquista del puente Luting”.

“De todos modos, la tarea debe ser de nuestra tercera compañía”, cortó interrumpiendo a Liao, el impaciente jefe de la tercera compañía. Parado allí como una pequeña pagoda de hierro, continuó atropelladamente: “Nunca nos hemos rezagado. Esta vez garantizamos la conquista del puente”. Y concluyó observando: “Si no nos dejan ser el destacamento de choque, no sé cómo persuadir a mis combatientes”. Siguió una acalorada discusión. Nadie quería que la tarea fuera de otro pero ella no podía ser de todos, había que tomar una decisión. Estudiamos y por último el jefe Wang anunció que

la tarea la cumpliría la segunda compañía. Poniéndome de pie añadí: “Son numerosos los combates, de modo que podemos turnarnos para realizarlos. Últimamente la primera compañía fue la vanguardia en la conquista del Wuchiang, esta vez le toca a la segunda. Veintidós comunistas y activistas que figuran en su lista formaron el equipo de choque con el camarada Liao Ta-chu como su jefe. Esta me parece una buena determinación. A ver, ¿qué otra observación hay?”. Sonaron aplausos. Liao saltó de alegría. Sólo el camarada Wang You-tsai estaba un poco cabizbajo y murmuraba algo. “No es ligera tampoco la tarea de tu tercera compañía —dije—; integrará el segundo equipo y seguirá al de choque con la misión de colocar los tableros para que las tropas que vienen puedan entrar lo antes posible en la ciudad. ¿Tienes aún alguna opinión?” Apareció una sonrisa en su rostro. Inmediatamente ordené comer a satisfacción para enfrentar el futuro combate. Después de la reunión, el camarada Luo Jua-sheng fue a la segunda compañía para ayudarles en los preparativos.

El ataque general comenzó a las cuatro por la tarde. El jefe del regimiento y yo dirigimos el combate, en el extremo del puente. Todos los clarineros tocaron sus instrumentos, concentrados. Todas las armas abrieron fuego contra el enemigo. Los toques de clarín, los tiros y explosiones, y los gritos estremecieron las montañas. Los 22 héroes del equipo de choque, con fusil ametralladora, puñal, sable

a la espalda y 12 granadas al cinto, empezaron a avanzar, encabezados por el camarada Liao Ta-chu, apoyándose en las desnudas cadenas y enfrentando el fuego nutrido que provenía de la ribera opuesta. Los seguía la tercera compañía que, además de sus armas, llevaba tablas que colocaban al mismo tiempo que combatían.

Cuando el equipo de choque se aproximaba al extremo del puente, una llamarada que iluminó medio cielo se levantó cerrando el paso entre éste y la puerta oeste de la ciudad. Los 22 héroes, al ver el fuego, quedaron atónitos por fracciones de segundos. Un grito de mil voces surgió de nuestro lado: "¡Camaradas!, es el momento de la victoria. ¡Adelante! ¡No teman el fuego! ¡No vacilen! ¡Arriba! ¡El enemigo está derrotado!". Fue una verdadera inyección de ánimo. Entre sonoros clarinazos, volvieron a arremeter por entre el fuego. La gorra del camarada Liao Ta-chu se incendió, mas él la arrojó y continuó su carrera. Siguiéndolo, todos cruzaron la puerta y entraron a la ciudad. Comenzaron los combates callejeros. El adversario concentró su fuerza para contraatacarlos. Los 22 héroes hicieron que sus armas y municiones desempeñaran a cabalidad su misión, pero pronto se encontraron sin municiones. En ese momento crítico, el camarada Wang You-tsai llegó a apoyarlos con su tercera compañía. Luego cruzamos el jefe del regimiento y yo, con toda la tropa. En dos horas de combates encarnizados aniquilamos la mitad de las fuerzas enemigas y el resto huyó a la

La gran marcha
desbandada. Al atardecer, toda la ciudad de Luting era nuestra y teníamos el puente bajo eficaz control.

Sin embargo, había que prevenir con prontitud cualquier contraataque y garantizar la seguridad del puente. Enviamos, en la dirección de Tachienlu, al batallón de entrenamiento del Grupo de Ejércitos entonces bajo el mando de nuestro regimiento, pues en aquella dirección habían atrincherado varios regimientos enemigos. A fin de hacer frente a otras dos brigadas del refuerzo enemigo, mandamos un batallón hacia el sur.

A las diez de la noche, se produjo una alarma. Calculamos que los refuerzos enemigos habían llegado, y nos preparamos para un combate encarnizado. En realidad, tropezamos con un herido del 3^{er} regimiento de nuestra I división y por él supimos que ésta llegaba. Suspiramos de alivio. Resultó que las dos brigadas enemigas habían sido alcanzadas por nuestra I división y en la zona de Chulinping, a 30 kilómetros del sur de la ciudad, libraron un combate y las brigadas temiendo verse entre dos fuegos, huyeron hacia Jualinping. Enviamos un grupo de camaradas para dar la bienvenida a los camaradas Liu Po-cheng y Nie Yung-chen.

Eran las dos de la madrugada y sin embargo, los camaradas Liu Po-cheng y Nie Yung-chen me pidieron que los acompañara para observar el puente. Con una linterna delante, fui con ellos del extremo este al oeste. El camarada Liu observaba minuciosamente cada cadena como para grabar en

su mente todo el puente Luting. De regreso, se detuvo a mitad de la vertiginosa corriente y, agarrado a una de las cadenas, golpeó tres veces los tableros con su pie. Luego exclamó: “¡Puente Luting! ¡Por ti hemos entregado sangre y esfuerzos, pero te hemos conquistado! ¡Te hemos vencido!”.

Entre los documentos capturados había un memorándum despachado por el caudillo militar de Sechuán Liu Wen-jui, en el que decía que el Ejército Rojo enfrentaba un peligro similar al arrojado por Shi Ta-kai; que, encerrado entre el Tatu y el Arenas Doradas, sería aniquilado. Esta ilusión se había desvanecido por completo con nuestra hazaña. Aunque habíamos seguido la misma ruta de Shi Ta-kai, la historia no se repitió. Nuestro ejército popular estaba dirigido por el Partido Comunista y el Presidente Mao.

Al tercer día, la fuerza principal del Grupo de Ejércitos llegó. Y con ella, el gran líder el Presidente Mao Tsetung, el Vicepresidente Chou En-lai y el Comandante en Jefe Chu Te, junto con los organismos centrales.

Decenas de miles de efectivos atravesaron la barrera natural del río Tatu, por el puente Luting.

“Un par de zapatos de tela”

Chiang Yao-jui

El Ejército Rojo había llegado al pie de las Grandes Montañas Nevadas. Los lugareños las conocían como las “Montañas Santas”, ya que solamente los inmortales podían cruzarlas. También, una leyenda decía que en cierto año de sequía, el pueblo había llegado hasta las montañas para solicitar lluvia a los dioses. Estos, al saber que los mortales habían comido alimentos que les prohibían sus creencias, los detuvieron y acabaron con ellos. Estas historias tenían una fuerza convincente tal que todos las creían ciertas. Incluso algunos de nuestros hombres se sentían asfixiados por la leyenda y temían a las misteriosas montañas.

Con el propósito de acabar con nuestras inquietudes, los dirigentes del Grupo de Ejércitos nos dieron a conocer la situación de dichas montañas y explicaron que el Presidente Mao señalaba que las “Montañas Santas” no tenían nada de temibles. Nuestro Ejército Rojo debía tener la firme voluntad de retar a los inmortales y, atravesar las montañas. Esto robusteció nuestra moral.

Antes de partir, la dirección superior ordenó que cada uno se proveyera de dos pares de zapatos y la orden debía cumplirse estrictamente.

Además de las sandalias de paja que calzaba, de mi cinturón colgaban un par de zapatos de tela. Los tomé, e inconcientemente los pulsé con mis manos. Un infinito sentido de gratitud surgió en mi corazón y a la par el recuerdo de una canción que se escuchaba por doquier en la base de apoyo central de la provincia de Chiangsí:

*Ofrezco un par de zapatos,
A mi hermano que va al frente;
En ellos siete letras he bordado:
¡Vivan los hermanos soldados rojos!*

La evocación ha traído también a mi mente el momento en que nos apartamos de la base. Todos nos sentíamos acongojados y no queríamos separarnos de aquellas masas fraternales. Estas, con igual sentimiento que nosotros, al saber de nuestra partida, llegaron con diversos presentes para despedirnos al amanecer. Un abuelo puso un par de zapatos de tela en mis manos. En su capellada se leían algunos caracteres bordados: “Para nuestros combatientes del Ejército Rojo. ¡Que rindan servicios meritorios y aniquilen los bandidos!”. Tras un instante en que sus labios se acercaron me dijo: “Hijo, son para ti. En los pies de un soldado del Ejército Rojo ellas serán botas de siete leguas que te llevarán tan lejos o tan alto como necesites ir”. La emoción me embargaba y no pude pronunciar palabras.

Desde aquel entonces el par de zapatillas, colgadas de mi cinturón, eran mi mejor compañía. En los momentos difíciles ellas me dieron valor y moral.

Recordé la última batalla librada en la provincia de Chiangsí cuando nos apartamos de la base. Fui herido en uno de los pies, pero la situación de entonces era muy difícil, no había medicinas y menos aún camillas; yo tenía que andar con penalidad arrastrando mi pie herido. Ya no podía soportar más, tomé mis botas de siete leguas y las calcé por vez primera. La comodidad de los zapatos me hizo recordar la esperanza que el pueblo de la vieja base de apoyo cifraba en nosotros, esto me reconfortó y eché por la borda el dolor. Poco después mis heridas cerraron, pero las suelas de mis zapatos se habían adelgazado. Los tomé y con celo los envolví; de nuevo, a mi cintura fueron a parar... En la conquista de Tsunyi, nuestra compañía tenía la misión de ocupar la ciudad. En pleno combate, sentí una aguda punzada a mitad de mi cuerpo. Al observarme, vi que mis zapatos habían sido perforados por una bala. Ellos me salvaron de una herida que bien había podido ser fatal. Mis camaradas, compartiendo mi infinita alegría, llamaron a mis botas de siete leguas "zapatos salvavidas". Pero lo sentí mucho a la vez por mis zapatos. En adelante, los cuidaba con mayor atención.

Ahora que íbamos a cruzar las Grandes Montañas Nevadas, las palabras del abuelo infundían a mi ánimo una fuerza inagotable. Es verdad, los pies

La gran marcha
de los soldados del Ejército Rojo son de siete leguas. Precisamente por esto llegamos paso a paso de Yui-chin de Chiangsí a Sechuán. Y hoy, vamos a ponerlos de nuevo a prueba en esta montaña nevada que ni los pájaros osan sobrevolar.

Comenzamos a escalar las montañas bajo las estrellas matutinas. Al lanzar una mirada hacia lo alto se ve la montaña elevándose hasta las nubes por entre un celaje de niebla. Subíamos cuando el clima cambió bruscamente: viento rugiente y danzar de copos de nieve. Yo soy de la provincia de Chiangsí, y rara vez había visto la nieve. Al comienzo estaba lleno de curiosidad y miraba a mi alrededor con cierto entusiasmo. La pendiente que escalábamos era cada vez más escarpada, y más tarde comenzó a caer granizo, cada uno del tamaño de un huevo. Viento y granizo azotaban nuestros cuerpos cubiertos sólo por delgadas ropas. Era como si finas y agudas cuchillas cortaran nuestras carnes. Mi interés por la nieve se tornó en desasosiego, y como me sentía sin fuerzas no me atrevía a detenerme para descansar temeroso de que a la hora de reiniciar la marcha, mis pies no me obedecieran. Vi con mis propios ojos que tres camaradas se confundían en un abrazo para darse un poquito de calor, y se quedaron allí. De mis ojos saltaron lágrimas por los compañeros que la nieve devoró.

Siendo artillero tenía que cargar el cañón de mortero de 22.5 kilos de peso, y caminaba con mayores dificultades. Me movía paso a paso por las hue-

llas dejadas por los que iban adelante, como si escalara peldaños de nieve. Mis pies insensibilizados por el hielo, me derribaban una y otra vez. Sin embargo, a cada caída fijaba mis ojos en las botas de siete leguas y eso bastaba para reanimarme. Era como si oyese un “¡Adelante!” en boca de los compañeros de la vieja base de apoyo.

Finalmente, la victoria fue nuestra y las Grandes Montañas Nevadas quedaron atrás. Sentado al lado de un árbol al pie de éstas, contemplando las botas de siete leguas embarradas, sentía pena en mi corazón. Por suerte había sólo un agujero en mis zapatos y no habían sufrido otro daño; les quité el barro y tras colgarlos de nuevo en mi cinturón, continué la marcha.

Nueve cocineros

Sie Fang-si

Durante la Gran Marcha yo era intendente de una compañía del III Grupo de Ejércitos. En la escuadra de rancho había solamente nueve cocineros cuyo jefe Chien era mi paisano de Chian, de la provincia de Chiangsí; él era bajito, de rostro bronceado y de poco hablar. El subjefe Liu era de Singkuo, de la provincia de Chiangsí, hombre de regular estatura y de gran humor. El viejo Wang, el cargador de agua, era también nuestro paisano. Los nombres de los otros se me fueron, es lástima, de mi mente. En aquel entonces, a causa de las marchas y los diarios combates, la dirección superior había estipulado una carga máxima de 20 kilos para cada cocinero, para disminuir sus dificultades; sin embargo, ellos cargaban más de 30 kilos de cereales escondiéndolos en sus ollas. Cada vez cuando se celebraba reunión de nuestra célula del Partido, ellos me criticaban diciendo que me preocupaba sólo por los cocineros olvidándome de los combatientes. “¿Qué comerán los soldados si no encontramos cereales en el camino?”, me preguntaban. Ante tal situación, no me quedaba otro remedio que dejarles comportarse así.

En la marcha, la escuadra del rancho era la más animada; no dejaban de resonar las ollas, los tazones,

los cuchillos y los platos; el subjefe Liu echaba de vez en cuando algunos chistes y llenaba el espacio con canciones populares, de modo que en la escuadra reinaba siempre una gran animación. Los combatientes solían decir al encontrarse con ella: “¡Miren, aquí va nuestra escuadra de ópera!” y en algunos momentos de euforia, corrían silbando y cantando como si la carga que a sus espaldas llevaban fuera de plumas.

En realidad, esta escuadra sufría mayores penalidades en la marcha. Cuando las tropas tomaban un descanso en el camino, los cocineros debían proporcionar agua a los mandos y combatientes; cuando las tropas se encontraban acampadas, ellos tenían que preparar las comidas de modo que sólo lograban dormir cerca de tres horas cada noche.

Después de entrar en la zona montañosa de la provincia de Kuangsí, zona bastante despoblada, nuestras tropas tropezaban con dificultades para obtener cereales, por esta razón la escuadra del rancho tenía un trabajo mas pesado. Ellos tenían que atravesar las montañas, antes que las tropas, para comprar arroz con cáscara, y luego tenían que descascarillarlo. Una vez, ante la posibilidad de no hallar un pilón durante el camino, compraron uno en el poblado y cargaron con él. Eran 70 kilogramos más de peso sobre las espaldas de la escuadra de cocineros. Posteriormente, el subjefe llevaba un harnero y aventador hallados en el camino. Desde entonces, el nombre de “escuadra de ópera” fue sustituido por el de “escuadra de los molineros”.

Poco después, nuestras tropas libraron una batalla para cerrar el paso al enemigo en la montaña, al sureste de Tucheng, provincia de Kuichou, y nuestra compañía estaba en la posición frontal. La escuadra de rancho estaba detrás y envió varias veces comida al frente, sin embargo todos los intentos fueron frustrados por el fuego enemigo. Como los soldados no habían comido nada durante 24 horas, el subjefe estaba impaciente dando rodeos en torno al fogón, hablando en voz baja con los cocineros. Al cabo de un rato se me acercó y me dijo: "Intendente, déjeme ir con el viejo Wang a llevar la comida". Con mi asentimiento, partieron. Desde la cima de un monte los mirábamos avanzar, el viejo Wang seguido del subjefe; de pronto, a la máxima velocidad que les permitía su carga cruzaron la barrera de fuego enemigo. Ibamos a aplaudir la exitosa hazaña cuando las descargas cerradas del enemigo hirieron el firmamento. El viejo Wang cayó de un golpe y luego el subjefe. Tanto el sargento primero como yo, que observábamos la escena, sentimos que nuestro corazón se destrozaba, posiblemente sus heridas eran de muerte. Y cuál no sería nuestra sorpresa al ver que a medianoche regresaron. El subjefe, con su permanente bromeo nos dijo: "Fuimos al palacio de los dioses, pero un diablo no nos dejó entrar". De hecho ellos se tiraron a tierra para engañar al enemigo. Luego de permanecer inmóviles hasta que las sombras de la noche los cubrieron, hábilmente llegaron con la comida al campo de batalla, garantizando la victoria del combate.

Una vez que nos alejamos de la provincia de Kuichou, el jefe de la escuadra se enfermó de los ojos, y con estos rojos e hinchados como duraznos, cargaba más de 35 kilos y marchaba con apoyo de un palo siguiendo a la tropa. Al comienzo, salían lágrimas de sus ojos y posteriormente éstas se mezclaron con sangre, no obstante, nunca se quedaba ocioso y siempre buscaba algo para hacer.

Antes de atravesar las Grandes Montañas Nevadas, la dirección superior nos ordenó aligerar más la carga. Abandonamos los instrumentos menos necesarios y solamente cargamos cereales para alimentar dos días a toda la compañía. Además cada uno llevaba algo de jengibre y pimienta así como más de 5 kilos de leña seca.

La primera de estas montañas nevadas era tan alta que nuestras tropas emplearon todo un día en cruzarla. En la montaña el aire se sentía raro a pesar de la ventisca, todo estaba cubierto de nieve y los árboles se cubrían densamente de flores de hielo. Al llegar a la cumbre, algunos no tenían realmente fuerzas para moverse y se detuvieron para tomar un descanso. Sin embargo, una vez que se sentaban no podían levantarse. Los cocineros se apresuraban a darles agua con jengibre y pimienta y les ayudaban a levantarse. En aquel momento, los cocineros se convirtieron en enfermeros. La consigna de la escuadra era: "¡No dejaremos que un solo soldado muera en la montaña!". Pero precisamente en los momentos en que salvaban a los soldados, dos cocineros caye-

ron y todos nuestros esfuerzos por salvarlos fueron infructuosos. Era la primera vez que veía a mis compañeros de armas de la escuadra de rancho morir a mi lado.

Después de llegar a Maoerkai, nuestra unidad logró un período para descansar y recuperarse. En dicho lugar cada persona preparó comida para diez días, y la escuadra de rancho obtuvo un poco más de chingke.

Al siguiente día de entrar en los pantanos, el jefe de la escuadra me sugirió: “¡Intendente! ¿Acaso no se debe calentar agua para que los soldados se laven sus pies lacerados por el pantano?”. No era que yo no hubiera pensado en eso, sino que dándome cuenta de que los cocineros sufrían más penalidades que los soldados durante la marcha por el exceso de carga, ¿cómo podría añadirles más obligaciones en la cocina? No acepté. Mas, al llegar al sitio donde acamparíamos esa noche, ellos ya habían calentado agua. Es más, ya todo el mundo estaba elogiando a nuestra escuadra de rancho.

La situación se tornaba cada vez más grave. Una mañana, un cocinero que caminaba delante de mí cargando una olla de bronce, de repente, cayó y murió en doloroso silencio. Otro cocinero con su rostro bañado de lágrimas pasó corriendo por mi lado, tomó la olla, la echó sobre su espalda, y se marchó.

El clima en los pantanos era muy variable. Ora el viento soplaba furioso de modo que no se podía ni abrir los ojos; ora llovía a cántaros haciendo que la

La gran marcha nuestra se tornara como piel de gallina. Al mediodía de aquel día, la lluvia se hizo tan intensa que nuestras tropas tuvieron que detenerse para descansar. Los cocineros, aprovechando la oportunidad, se apresuraban a preparar un caldo de jengibre y pimienta, con miras a quitar el frío de los soldados. Y fue precisamente el cocinero que llevaba la olla de sobrecarga quien en tazones llevaba el caldo a las propias manos de los soldados. Cuánta no sería nuestra pena al ver que acabando de dejar un tazón en manos de un soldado, cayó exhalando su último aliento. En una sola mañana dos de nuestros queridos camaradas murieron, ¿cómo era posible no sentirnos acongojados?

La quinta noche que pasamos en los pantanos, el jefe de la compañía quiso reforzar la escuadra con unos soldados. Al saber la noticia los cocineros mandaron a su jefe a hablar con él. Éste le manifestó: “Comandante de compañía, de ninguna manera deben sacarse fuerzas de la compañía pues esto influenciará en nuestra fuerza combativa, en cuanto a la tarea de los camaradas fallecidos, ¡nosotros la cumpliremos!”. En aquel momento, las batallas habían reducido la fuerza combativa de nuestra compañía de más de 100 hombres a poco más de 30; era una fuerza realmente débil para reducirla reforzando la escuadra de rancho. El comandante de la compañía tras un rato de meditación estuvo de acuerdo con tan razonables argumentos.

Esa noche, pasada la medianoche, el viejo Chien se levantó en silencio a calentar agua para los

camaradas. Yo sabía que el día anterior había tenido fiebre alta y fui para aconsejarle que descansara; sin embargo, no pude convencerlo. Entonces me puse a ayudarlo. Mirando su huesudo rostro, recordé muchas cosas pasadas.

No solamente éramos paisanos sino vecinos. Él era un soltero pobre sin ningún pariente. Cuando el Ejército Rojo llegó a nuestro pueblo natal, él se incorporó a la Revolución. En aquel momento, él venía con frecuencia a mi casa y me expresaba: “¡Viejo Sie! ¿Aún no quieres alistarte en el Ejército Rojo? Chiang Kai-shek cabalga sobre nuestras espaldas y nos ataca, y nos tiende cercos y trata de aniquilarnos, ¿acaso puedes tolerar que esta situación continúe?”. Sus convincentes y justas palabras me llevaron a las filas revolucionarias. Durante todo lo que iba de la Gran Marcha, él había permanecido siempre atareado. Nunca permitía que le ayudaran a llevar su pesada mochila y cuando se acampaba era el primero en hacer lo que correspondía, permitiendo así que otros descansaran. El tiempo fue pasando en medio de mil penalidades y su cuerpo se tornó esquelético. Todo el mundo le aconsejaba cuidar su salud, pero él siempre expresaba: “Como mucho y duermo bien, no voy a caerme de cansancio”. Prestando suma atención a los soldados, trabajaba de mil y una maneras por el mejoramiento de la comida, aunque la situación era de continuas marchas. No quería siquiera probar un bocado del pescado y la carne salada que se habían confiscado a los déspotas locales, para dejarlos ínte-

La gran marcha

gramente a los combatientes. Por esto, al hablar de él, los soldados decían con orgullo: “Con nuestro jefe de escuadra Chien no pasaremos hambre...”

Estaba sumido en mis recuerdos cuando Chien me apremió diciendo: “Viejo Sie, vete a descansar un rato, aquí basta con mi trabajo”. Sus palabras me trajeron a la realidad. Gracias a la luz de la fogata, advertí gruesas gotas de sudor en su rostro. Presentí que se sentía mal y cuando quise preguntarle, oí su voz muy débil: “Viejo Sie, ¡dame un poco de agua!”. Precisamente en ese momento el agua soltaba hervor, levanté la tapa y simultáneamente oí que a mi espalda el viejo caía. Me volví y lo vi cuando largo era, inmóvil, sobre el suelo. De un salto estuve a su lado y tomándolo en mis brazos lo llamaba, tal vez a gritos. Las llamas del fogón rugían pero su cuerpo entre mis brazos se tornaba cada vez más frío. La muerte no era la misma para todos. Unos murieron en campo de batalla, otros desaparecieron por las crueles torturas, no obstante, nuestro jefe de escuadra Chien ofrendó su vida en su puesto de trabajo —al lado del fogón.

Despertaron los cocineros, y vinieron los mandos y combatientes de la compañía, todos llorando a mares sentíamos un profundo dolor.

Al día siguiente, la olla de bronce iba a cuestras de otro cocinero. En cada campamento, nuestras tropas seguían teniendo agua caliente para beber y lavar sus pies.

Cuando llegamos al norte de Shensí la olla iba sobre mi espalda. Al verla, el comandante de la compañía agachó su cabeza y los soldados lloraron. Callábamos, sabíamos que todos nuestros cocineros habían muerto, pero, durante la ardua Gran Marcha, no hubo ni un soldado que muriera de hambre. Aquella olla, testigo mudo de las hazañas de los mártires, siguió siendo guardada como el más precioso tesoro de nuestra compañía.

La sexta compañía roja en Latsikou

Ju Ping-yun

Se oían nutridas detonaciones en Latsikou. Esperando la orden nuestra sexta compañía estaba concentrada cerca de Latsikou. Los soldados, echando por la borda el cansancio causado por la marcha de 100 kilómetros que acababan de terminar y las dos batallas ocurridas durante ésta, se aprestaban con gran entusiasmo para arrojarse a la nueva batalla.

Precisamente en ese momento, todos los cuadros, de nivel de compañía para arriba, fueron convocados por la comandancia del regimiento para una reunión.

En un bosque frondoso, el comisario político del regimiento Yang Cheng-wu dijo sin rodeos: “A nuestra izquierda hay más de 20 mil caballeros de Yang Shi-si; a la derecha, se encuentra el grueso de las tropas de Ju Tsung-nan. Latsikou es el único camino que conduce al norte para poder resistir al Japón. Si no logramos pasar, no podremos reunirnos con el Ejército Rojo del Norte de Shensí ni llegar al frente antijaponés lo más pronto posible”. Emocionado, continuó haciéndonos notar: “El río Wuchiang y el Tatu no fueron capaces de impedir nuestro avance, tampoco los nevados ni los pantanos, ¿acaso Latsikou podrá impedirnoslo?”.

Un sonoro coro hizo vibrar los espesos árboles:
“¡Conquistaremos sin lugar a dudas a Latsikou!”.

“¡Nada podrá cerrar nuestro paso!”

En esa reunión, la gloriosa tarea del ataque principal a Latsikou se asignó a nuestra sexta compañía.

“¿Están seguros de la victoria?” —nos preguntaron.

“¡Sí!” —contestamos al unísono los cuadros de nuestra compañía.

“¡Bueno! ¡Pondremos una parte de las ametralladoras ligeras y pesadas al mando de su compañía!” —añadieron los dirigentes.

Terminada la reunión, volvimos corriendo a nuestro campamento. Aunque el camino era quebrado y el tiempo algo frío, sentimos fuego en nuestro corazón. La tarea encomendada demostraba la infinita confianza que el Partido, los mandos así como todos combatientes, depositaban en nosotros. Cuando conocieron la noticia, los soldados saltaban y danzaban de alegría como niños en una piñata. Unos aseguraban las granadas a los cinturones, otros afilaban sus bayonetas y sables. Con tal animación, entusiasmo y decisión, ellos podrían seguramente conquistar diez Latsikou.

A la caída del sol, los dirigentes del regimiento y del batallón hicieron junto con nosotros un reconocimiento y estudiaron el plan de ataque. Luego, nuestra sexta compañía tomó posición reemplazando a la segunda compañía.

Latsikou era digno de su fama de ser una plaza de difícil acceso. Al pie de las montañas se abría un paso de cerca de 30 metros de ancho, a cuyos lados se levantaban peñascos escarpados. No había otro camino. Y por allí mismo corría un río profundo de impetuosa corriente. Un puente de madera construido sobre éste unía los dos barrancos. Lu Ta-chang, caudillo militar de Kansú, había colocado dos batallones en el puente y en el paso arriba mencionados. Había blocaos sólidamente contruidos en la cabeza del puente, y al oeste del puente se hallaban posiciones en profundidad y al este, los fortines cubrían toda la pendiente. En la retaguardia de Latsikou, había depósitos en que reservaban muchos cereales y municiones; y como si esto fuera poco en la ciudad Min-chou acantonaban las fuerzas principales del enemigo que en cualquier momento podían llegar a Latsikou. Pero tal situación no acobardaba a nuestros combatientes quienes decían con decisión: "Seguimos aferrados a la conquista de Latsikou, así ésta estuviera erizada de espadas, y decididos a convertir en polvo el hierro de Lu Ta-chang".

El telón de la noche cayó sobre el valle, y la batalla comenzó. Todas nuestras ametralladoras vomitaron por turno y una lluvia de balas iba a estrellarse contra las posiciones enemigas. Dirigidos por el jefe del 1^{er} pelotón, más de 30 valientes alcanzaron a llegar en forma furtiva al lado del puente bajo el amparo de nuestro fuego concentrado y se escondieron allá esperando el momento oportuno

La gran marcha

para lanzarse a la carga. Cuando disparábamos, el enemigo, astuto, se protegía en sus fortificaciones y no contraatacaba, sin embargo, cuando nuestros soldados se lanzaron sobre la cabeza del puente, el enemigo lanzó furiosamente granadas de mano para impedir nuestro avance. Debido a que la topografía no nos permitía desplegar fuerzas, nuestro intento fracasó y más de diez compañeros fueron dados de baja. Viendo eso, el jefe de pelotón ordenó: “¡Fuego! ¡No dejen levantar cabeza a esos canallas!”. Las ametralladoras empezaron a vomitar con mayor furia. Las llamas salidas del cañón de las ametralladoras iluminaban medio cielo, el eco de disparos era como un trueno, y las balas trazaban rayos de centellantes chispas al chocar con las rocas que protegían al adversario.

Sin embargo, todo esto no logró restringir el fuego enemigo y las granadas explotaban continuamente en nuestro camino. Era muy difícil lograr algún avance. En esos momentos, camaradas enviados por el Presidente Mao y del Grupo de Ejércitos venían al frente una y otra vez para informarse de la situación, de la posición de la escuadra de choque, de las dificultades que teníamos y de la necesidad de enviar los refuerzos.

La preocupación de los dirigentes nos apremiaba. Los cuadros de nuestra compañía reorganizaron las fuerzas y desataron un ataque más furioso. No obstante, no lograron acercarse a la cabeza del puente. Las granadas arrojadas por el enemigo gi-

raban en el suelo, y los 50 metros del camino de la ladera estaban cubiertos por una capa de metrallas y granadas sin explotar e incluso, en algunos sitios fueron amontonándose. En medio de tan enconada lucha, los más de diez ataques lanzados hasta la medianoche resultaron infructuosos. A las dos de la mañana, la dirección superior nos ordenó retirarnos para descansar, y reorganizar nuevos asaltos.

Con la harina obtenida del enemigo, los cocineros nos hicieron una buena comida. Sin embargo, no teníamos apetito ninguno. La oscuridad era total mientras el río murmuraba con sus olas. De repente oí una charla en voz baja de unos soldados: “¡El enemigo cerró herméticamente el paso!”. Por la voz delgada se podía suponer que era un joven el que hablaba. “A mi modo de ver, los ataques frontales, por furiosos que sean, de nada servirán”, agregó el otro.

Las palabras de los soldados llamaron mi atención. Consulté con el camarada Luo Jua-sheng, secretario de la célula del Partido, quien luchaba siempre junto conmigo, y decidimos celebrar una reunión de miembros del Partido y de la Liga de la Juventud Comunista, a fin de organizar un comando suicida.

En la reunión, después del secretario de la célula del Partido, los militantes del Partido y de la Liga manifestaron uno tras otro su decisión de conquistar Latsikou y llegar al frente para resistir al Japón. En el acto, más de 20 soldados se inscribieron

La gran marcha
para tomar parte en el comando suicida. El jefe del 1^{er} pelotón sugirió acercarse al enemigo por dos vías. Organizamos tres grupitos con 15 soldados elegidos entre aquellos miembros del Partido y de la Liga que eran más firmes y valientes.

En ese momento, nos llegó una grata noticia: la primera y segunda compañía acababan de llegar, escalando la pendiente escarpada, a la espalda del enemigo por el flanco derecho de Latsikou. Esa noticia nos animó. Los soldados del comando juraron a una sola voz: “¡Vengaremos a los camaradas caídos! ¡No regresaremos sin conquistar Latsikou!”.

Cada miembro del comando suicida disponía de una pistola, más de cien balas, unas granadas y un sable. Los dos rumbos de asalto eran: por el camino por entre los acantilados al margen del río, el primer grupo debía llegar hasta debajo del puente y luego atravesarlo por el andamiaje; el otro rumbo, dividido en dos grupitos, debía localizarse ante todo a los lados del puente, y después de comenzar el ataque del primer rumbo, emprender la acción contra el enemigo para conquistar el puente.

A tan altas horas de la noche, valle y río parecían boca de lobo. El rugir de las aguas era más ensordecedor. El enemigo probablemente creyó que nuestra fuerza, sintiéndose impotente por los ataques sin fruto que lanzó durante casi todo un día, se había retirado a sus fortificaciones a dormir. Los miembros del comando suicida se movían paso a paso, asiendo los arbolitos en la pared del precipi-

cio. Las espumas salpicaban sus pantalones, el sudor empapaba sus chaquetas y las espinas herían sus manos y rostros. Mas los valientes continuaban, sin queja alguna, uno tras otro, silenciosamente hacia debajo del puente, fijando cada uno su mirada en la toalla blanca al cuello del compañero que iba adelante. Ya muy cerca del puente, ¡crac!, un camarada dobló un arbolito. Se detuvieron en espera del contraataque, pero pasó un rato y el enemigo no daba señales. Tal vez, el ruido del río los había protegido: continuaron la marcha. A medida que se aproximaban al puente, más nerviosos se sentían. Por fin los intrépidos combatientes llegaron al puente y pegados a la celosía debajo de los tableros comenzaron a avanzar hasta la otra orilla. No habían avanzado más que unos metros cuando se oyó el ruido de alguien que cayó al agua. Esta vez el enemigo detectó el sonido y una lluvia de granadas y balas se metió bajo el puente. Los cuatro soldados no tuvieron más remedio que retirarse al pie de una roca y, escondidos allí, esperar una nueva oportunidad.

Al oír disparos, diez camaradas y yo, del 1^{er} pelotón nos acercamos prontamente al puente aprovechando que el enemigo sólo se ocupaba de lo que pasaba debajo de éste. Después de lanzar unas granadas, entramos en las fortificaciones construidas en la cabeza del puente para disparar de pie. El asalto fue tan sorpresivo que generó la confusión del enemigo.

En ese entonces, los camaradas de debajo, salieron de su escondite y, a despecho de los disparos enemigos, subieron a los tableros y se lanzaron gritando y blandiendo sus sables a una lucha cuerpo a cuerpo. Como había muchos adversarios en el puente estrecho, nuestros sables desempeñaron más cabalmente su papel. El jefe del 1^{er} pelotón jugaba su sable entre el enemigo como un verdadero esgrimista. Súbitamente una bala perdida asestó en él. Tras tambalearse un poco se quedó firmemente erguido y gritó en voz alta: “¡A la carga, camaradas! ¡El enemigo no resiste más!”. Su herida hizo hervir nuestra sangre de modo que cuanto adversario aparecía, moría. No hacía mucho que había comenzado el combate, cuando ya se vio que el enemigo no podía resistir.

Cuando estábamos en aguda lucha, una bengala blanca se alzó detrás de la montaña ocupada por el enemigo. Era la señal del exitoso rodeo de la primera y segunda compañías. Acto seguido, tres bengalas rojas aparecieron en el cielo. Era la señal de ataque general. Aún no se extinguían las cuatro bengalas, cuando ya se oían por doquier los toques de clarín en mezcla de disparos y algazaras. Los bravísimos soldados combatían con arrojo jamás visto haciendo que sus sables cumplieran su cometido. El enemigo, sintiéndose cercado, huía despavorido abandonando sus armas.

Era de madrugada. Nuestros intrépidos miembros del comando suicida continuaban persi-

guiendo de cerca al enemigo. Éste, cual perro sin amo, escapaba con el rabo entre las piernas. Y aquellos que aún no recibían el ataque frontal, no se atrevían a disparar. Fueron incontables las armas y pertrechos abandonados por aquellos miserables. Para nuestros soldados el hambre y el cansancio no contaban ya, en estos momentos para ellos sólo contaba la persecución. Nuestra carrera no se detuvo hasta que la más profunda posición enemiga de Latsikou, fue ocupada.

Un poco después, llegaron la primera y segunda compañías, que habían rodeado la montaña. Ellos, con alegría de victoria, nos dijeron en voz alta: "Camaradas, ¡hemos abierto la barrera natural de Latsikou!"

Despertar de una ciudad montañosa

Tsuo Chi

Los II y VI Grupo de Ejércitos del Ejército Rojo cruzaron el río Yachi, afluente del Wuchiang en su curso superior, y se apoderaron uno tras otro de los importantes poblados de Chiensi, Tating y Pichie. En 20 días, el Ejército Rojo había abierto amplias zonas guerrilleras.

La razón principal que nos llevó a tan grande éxito radicó en que la organización del Partido del II Frente de Ejército encabezado por los camaradas Yen Pi-shi y Je Lung, había adoptado una estrategia y táctica correcta y flexible. En aquel momento, disponiendo de sus fuerzas superiores y armas mejores, el enemigo buscaba una confrontación directa con nosotros. Sin embargo, desde que partimos del poblado Sangchi, nosotros habíamos tomado el método de amargar en el este y atacar por el oeste; así, habíamos esquivado las fuerzas principales del adversario y avanzado rápida y seguramente. Como es lógico, cuando encontrábamos un momento oportuno, golpeábamos con todo rigor a las fuerzas que nos perseguían o querían interceptarnos. Nuestra táctica llenó de pavor al contrincante, a tal punto que no quería moverse de sus posiciones. El 9 de febrero de 1936, la tropa de vanguardia de nues-

La gran marcha
tro VI Grupo de Ejércitos se apoderó, en una serie de rapidísimos movimientos, de Pichie, eliminó a las fuerzas de preservación del orden, y abrió paso para que nuestra gigantesca unidad entrara en el poblado. Así se llegó a los “días de oro” de Chiensi, Tating y Pichie.

Pichie es un distrito cercano a la frontera provincial de Kuichou-Yunnán, también ruta principal entre las provincias de Yunnán, Kuichou y Sechuán. La ciudad distrital está rodeada por montañas, con infinidad de campos terrazados a su pie. Cuando nosotros preguntamos la distancia que habría que recorrer para cruzar la montaña, todos los aldeanos coincidieron en responder que de este lado había 35 kilómetros y del otro, más de 25.

Allí el pueblo vivía en la penuria. La falta de transporte obligaba a los aldeanos a llevar sobre sus espaldas la leña y la sal. Sus ganancias eran tan miserables que casi no podían sobrevivir; cuando la cosecha pasada tocaba a su fin y la nueva aún estaba verde, se veían obligados a alimentarse de hierbas. En una ocasión, cuando llegábamos al rancho de una familia en los alrededores de Pichie, vimos a una muchacha de unos 18 años, vestida de harapos sentada a un lado del kang; al vernos, se retiró avergonzada a una habitación interior. Notando eso, con una anciana le hicimos llegar un vestido. Allí los terratenientes y déspotas locales obligaban a los campesinos a plantar el opio para así explotarlos. A más de pasar hambre y frío, los pobres sufrían

las consecuencias del opio. Allí era muy popular la copla siguiente:

*Jamás hubo tres días de buen tiempo,
Ni tierra nivelada en un metro alrededor;
Nunca tuvo el pueblo, tres céntimos en su mano.*

Acabábamos de acampar en el lugar cuando recibimos la orientación de crear allí fuerzas armadas locales antijaponesas y de organizar a las masas con el mismo fin. Todos los camaradas recibieron con beneplácito la noticia, y estimulados por ella se dieron a la tarea. Cada división y cada regimiento organizaron sus equipos de propaganda antijaponesa, y la tropa directamente subordinada al Grupo de Ejércitos organizó también varios grupos de trabajo. Ye Chang-keng y yo estábamos en un mismo grupo. Cada uno de nosotros seguía las directivas superiores y hacía propaganda impulsando a las masas a resistir al agresor. Todos emulábamos en el trabajo de propaganda, en la recolección de fondos y en el reclutamiento de nuevos hombres para el Ejército Rojo. Mandos y combatientes sabían bien cómo realizar este trabajo y en ningún momento fue interrumpido. En particular, el llamamiento que hizo el Partido: “Resistir al Japón y salvar la nación” despertó numerosos pueblos y aldeas de las áreas montañosas, de su profunda modorra. En el invierno pasado habíamos organizado en el lapso de dos o tres días la Gran Alianza Antijaponesa, el Destaca-

La gran marcha
mento de Voluntarios Antijaponeses, la Asociación de Trabajadores, etc., cuando pasamos por Chensi, Süpu, Sinjua y Sikuanshan. Y al salir de Sikuanshan, ya habíamos organizado un “regimiento de obremos” de más de mil hombres. En aquel momento, aunque hacía un trabajo de propaganda muy concreto y no comprendía en forma cabal el propósito de los mandos superiores, tenía la vaga idea de que nuestra marcha hacia el norte para resistir al Japón era el preludio de un gran auge revolucionario.

Los equipos de propaganda entraron en acción, los de trabajo también. De repente, toda Pichie estaba en efervescencia. Los cuadros de los equipos de trabajo y propaganda del Ejército Rojo se distribuyeron por las calles y plazas del poblado para cantar, bailar, representar obras de teatro, escribir consignas y pronunciar discursos, en una palabra, para difundir por todos los medios las políticas del Ejército Rojo. Como nos hallábamos lejos de los organismos centrales, la información nacional e internacional con que contábamos era escasa; teníamos que valernos de los materiales que de Pekín, Nankín, Shanghai y otros lugares, nos llegaban. Estos eran por lo general publicaciones de la región blanca (algunos eran periódicos progresistas), que hablaban sobre el movimiento de resistencia al Japón y la salvación de la nación. Analizando sus informaciones elaborábamos programas simples de propaganda, llamamientos y consignas. A falta de papel, utilizábamos todo lo que fuera útil para escribir. Paredes, puertas, tiras de bambú sirvie-

ron de pizarras, y el cartón y las cenizas sustituyeron la tinta. Pero, el método de propaganda más frecuente era el verbal. Para que fuera eficaz nuestra propaganda, primero charlábamos de las cosas corrientes con las masas, nos interesábamos por su vida cotidiana y hacíamos amistad. Todo esto llevaba a los oyentes a sentirse en mayor intimidad con nosotros y les era fácil aceptar nuestros planteamientos; aumentaban cada vez más los oyentes y nosotros hablábamos con más ahínco y más entusiasmo.

A principios de 1935, nuestro Ejército Rojo Central había pasado por allí, y los obreros, campesinos y jóvenes fueron influenciados en distinto grado por nuestro Partido. Por tal razón, al escuchar los crímenes cometidos por el Kuomintang con su política de no resistencia, los oyentes se indignaban y cortando nuestras palabras gritaban a todo pulmón:

“¡Abajo el imperialismo japonés!” Además de propagar la necesidad de resistir al Japón y la lucha por la salvación nacional, nosotros explicábamos con numerosos ejemplos concretos la causa de la miseria de los pobres y la opulencia de los ricos, revelando así a las amplias masas el secreto de la pobreza y la riqueza, y llamábamos a todos los pueblos oprimidos a unirse en lucha contra el opresor y por su propia liberación.

En pocos días las masas despertaron. Sobre todo, los alumnos se mostraron particularmente entusiastas y activos. Ellos se unían a nosotros para difundir la política del Partido Comunista sobre el

La gran marcha frente único nacional antijaponés, y desenmascarar la política entreguista de Chiang Kai-shek de “pacificar el país antes de resistir a la agresión extranjera”. Ellos se reunían con frecuencia y llamaban a sus compañeros a luchar contra el Kuomintang, a resistir al Japón y a incorporarse al ejército. Los asalariados agrícolas venían a menudo en la quietud de la noche para hablarnos de la opresión y explotación a que los sometían los terratenientes, y de los lugares donde estos escondían sus tesoros, dineros, telas blancas, y víveres. Sirviéndonos de estas informaciones, realizábamos una minuciosa investigación y después de recibir la conformidad del departamento político, nosotros distribuíamos parte de tales riquezas entre las masas, quienes llamaban a nuestra acción “las propiedades retornan a casa”. Con esta clase de punto de vista revolucionario, era natural que rápidamente llegara a su auge el entusiasmo revolucionario y que ascendiera la ola de hombres que deseaban incorporarse al Ejército Rojo. Estos estaban decididos a luchar hasta el fin contra los terratenientes, los déspotas locales y los malvados kuomintanistas. El número de reclutas crecía día a día. Por ejemplo, sólo en nuestra tropa directamente subordinada al Grupo de Ejércitos se incorporaron más de mil personas, pero si incluimos el número de reclutas de cada división, la cifra sobrepasó a los tres mil hombres. Cuando partimos de Pichie, creamos el I y el IV regimiento independiente. Y precisamente en aquel momento, algunas

muchachas vinieron para pedir su ingreso en el Ejército, pero como nos preparábamos para continuar la Gran Marcha, no tuvimos más remedio que darles las gracias por su solidaridad, y persuadirlas para que volvieran a sus casas.

Durante los 20 días que permanecemos en Pichie, incluso en las capas superiores realizamos cierto trabajo por el frente único nacional antijaponés. En el momento crítico de vida o muerte para nuestra nación, algunas personalidades sensatas y fuerzas armadas locales del lugar y de los alrededores mostraron su ardor patriótico hacia la resistencia al Japón y su insatisfacción con la política entreguista y de discriminación del Kuomintang y Chiang Kai-shek. Aprovechando esta oportunidad, ya en reuniones ya en contactos personales, les expusimos el pronunciamiento de nuestro Partido por la resistencia al Japón y les explicamos sus otras políticas. Los movilizamos hasta lograr la unidad de todo el pueblo y crear una fuerza aliada para la salvación nacional. Al mismo tiempo, nosotros usábamos las oficinas de correos de la zona blanca, para enviar mensajes y cartas del comité militar-administrativo del Ejército del II Frente a todos los lugares, a las personas de todos los círculos sociales e incluso a los militares de alto rango del Kuomintang, de las provincias del suroeste, llamándolos a concluir la tregua para unirse contra el Japón.

Después de algunos días de propaganda, muchas personas llegaron a comprender el pronuncia-

La gran marcha
mimiento de nuestro Partido. En esta tarea sobresalió el ex kuomintanista Chou Su-yuan, un viejo maestro, que gozaba de reputación y realizaba con gran entusiasmo y buen sentido del humor la organización de la resistencia antijaponesa. Más tarde, cuando el Ejército Antijaponés y de Salvación Nacional de Kweichow fue creado y él fue nombrado su comandante en jefe, y cuando el Ejército Rojo dejó Pichie, él se unió a nosotros para emprender la Gran Marcha. En medio de durísimas condiciones, él cruzó con nosotros las montañas nevadas y los pantanos hasta que llegamos a reunirnos con el Ejército Rojo Central en la región fronteriza de Shensi-Kansú.

Nieve en junio

Tien Kuo-jao

Después de cruzar el río Arenas Doradas y tras varios días de ardua marcha, llegamos a la región de las montañas nevadas.

El sol canicular quemaba la tierra. Marchábamos como si lleváramos una estufa a cuestas. El sudor fluía sin cesar, los ojos ardían y la boca, las narices y la garganta estaban resacas. El camino se extendía hacia arriba, en "zigzag", y a su lado se erguían las Grandes Montañas Nevadas que medio mes antes habíamos visto y ahora se nos presentaban elevadísimas. Mirando desde su pie, la cima no se divisaba pero sí su corona de nieve, reflejando los arrebolados rayos del sol poniente. Los pobladores del lugar nos explicaron que para cruzar la montaña hacía falta recorrer, entre el ascenso y el descenso, 35 kilómetros.

Al anochecer, bajo la luz de la luna, subimos por la zigzagueante vía. Las filas se prolongaban esparciendo a la gente de arriba y abajo. Los caballos de batalla rugían, y los coros de los equipos de propaganda hacían, con gritos y canciones, estremecer todo el valle poblado de árboles y hierbas. Aunque nuestro entusiasmo era grande, no éramos capaces de andar a grandes pasos porque el camino era demasiado escarpado y, además, era de noche y al más

leve descuido podíamos rodar por entre los peligrosos precipicios.

Anduvimos durante toda la noche, mas al amanecer aún no llegábamos ni a mitad de la montaña. Llegó la orden de descansar, y a la vera del camino comimos un poco de harina tostada y reemprendimos la marcha.

La montaña era increíblemente escarpada, y el estrecho camino era como un sendero que bordeaba los abismos. Nuestra vanguardia iba abriéndolo, y si para los nuestros era difícil, para los animales no lo era menos. Además, caminábamos bajo la constante amenaza de piedras que se desprendían de lo alto. Las aguas corrían impetuosas y producían gran ruido. Todo en el ambiente se confabulaba para producirnos terror.

A punto de mediodía, subimos a la cintura de la montaña. Vimos dos colinas muy altas y próximas, y por entre ellas un sendero estrecho. Algunos pinos verdes salpicaban el acantilado, la hierba fresca bordeaba el camino y pequeñas flores amarillas bailaban orgullosamente al compás del viento apacible. Allí el paisaje era primaveral. Y a la sombra nos sentíamos en otoño. Hasta se nos olvidó que era verano.

Luego de dos horas de ascenso, era invierno. Las blancas nieves perpetuas eran espesas. El sendero estaba resbaladizo y casi no podíamos andar. Detrás de mí iba un compañero de Kuichou, viejo y débil; a medida que caminaba la sofocación y fatiga se hacían mayores. Quise ayudarlo llevando su fusil pero

no quiso, tampoco aceptó que el subjefe de escuadra lo ayudara con el morral. Seguía valiéndose de sus propias fuerzas para avanzar.

Con nuestro ascenso la nieve iba tornándose en hielo de casi un metro de espesor. Sin embargo, el agua bajo el hielo continuaba murmurando. Deslizarse ahora en aquel angosto y pendiente sendero resultaría inevitablemente fatal. Las sandalias de paja penetradas por el agua helada, hicieron a nuestros pies insensibles.

El aire era más escaso. En nuestro pecho sentíamos un peso de una tonelada, bastaban un par de pasos para jadear durante largo tiempo. Parecía que a aquel camarada de Kuichou ya lo abandonaban las fuerzas, sin embargo, continuaba. En cierto momento se sentó y el instructor político que lo vio corrió hacia él y tomándolo de las manos lo animó:

“Camarada, persista un poco. Cruzar las Grandes Montañas Nevadas es una victoria. No podemos quedarnos aquí.”.

“Yo puedo caminar por mi propia fuerza”, respondió con emoción mientras separaba las manos del instructor y seguía caminando aunque con dificultad.

A las tres de la tarde llegamos a la cima de la montaña. ¡Qué felices nos sentimos en aquel momento! Pero de pronto, una nube que apareció en el suroeste se trasladó rápidamente a la cima de la montaña. Sin esperar nada, agua y granizo se precipitaron desde las alturas, poco después, el chapa-

rrón se tornó en fuerte nevada. Los cambios eran casi instantáneos. Nuestros trajes livianos estaban empapados, y en algunas partes helados; eso nos hizo temblar de frío. En ese momento, tanto el instructor político como el jefe de compañía nos pidieron que nos abrigáramos con las mantas, echándolas sobre nuestros hombros. El viento soplaba más fuerte. Nuestras piernas se hundían en la nieve hasta 30 centímetros, de modo que nos costaba esfuerzo sacarlas. Las mantas sometidas a la acción del viento, parecían velas, y nos hacían vacilar. Nosotros, para poder avanzar, así fuera paso a paso, nos apoyábamos mutuamente.

En uno de estos momentos, el instructor político murmuraba: “Un poeta de la antigüedad decía que llegar a Sechuán era más difícil que ascender al cielo, pero... este sendero es peor”. Sin entender bien el significado de las palabras, un joven estafeta le preguntó:

“Instructor político, ¿acaso llegamos al cielo?, ¿acaso caminamos sobre las nubes?”. Las preguntas nos hicieron reír a carcajadas.

Finalmente, la nieve dejó de caer. El sol, a la caída de la tarde, se reflejó en la cima oeste sobre la nieve, y ésta brillaba con tal intensidad que nos encandilaba.

Pasando la cima de la montaña empezamos a bajar. Y yo pensaba: “Bajar es más fácil que subir”. Pero en realidad no era así; el peso del cuerpo tiraba siempre hacia abajo y había que ir conteniéndose.

Un soldado se descuidó un poco y rodó varias decenas de metros. Inquietos por él, le llamamos, pero nos animó a bajar como él: “Vengan, vengan —nos decía alegremente—, bajen por el ascensor”. Entonces, resolvimos seguir su ejemplo.

Por la noche, la ventisca y tempestad habían sido derrotadas. Ningún camarada de nuestra compañía se rezagó. En un día, de primavera pasamos a otoño, y de éste a invierno; sin embargo, cuando bajamos, entramos otra vez en el verano.

Una reunión de la célula del Partido

Chien Chi-an

No teníamos ni un grano de arroz en toda la compañía y Teyung⁹ estaba aún a varios días de marcha. Era la primera vez que pasábamos por la prueba del hambre, y ésta nos amenazaba con la muerte. El destacamento de vanguardia nos había pasado la voz sobre cómo apaciguar el hambre: los huesos de caballo y los granos de chingke (una especie de cebada) que por no haber sido digeridos se encontraban en los cagajones. Pero como nuestra compañía iba en la retaguardia, ni huesos ni cagajones hallábamos en el camino. Cada vez era mayor el número de los rezagados. Lo único que podíamos conseguir eran hierbas y con éstas hacíamos una sopa amarga. Esta, aunque amarga, para alimentarnos era mejor que el agua pura. El problema era que no siempre podíamos conseguir las benditas hierbas.

“Por la Revolución y la victoria, continuar la marcha con resignación al hambre”, era nuestra consigna. Pero, al mismo tiempo, todos teníamos una misma idea: “Llegando a Teyung realizaríamos un ‘gran banquete’.” El que podía caminar, persistía; y al que le faltaban las fuerzas, continuaba igual apoyado por otro camarada. Teyung se había convertido

La gran marcha
en nuestra “tierra prometida” y en ella fincábamos
nuestra esperanza.

Lo que no pensamos jamás fue en la sorpresa que nos dio Teyung cuando llegamos. La ciudad estaba abandonada y sólo había en ella tres ranchos. Por mucho que buscamos, no encontrábamos ni un grano.

Las caras hinchadas de los camaradas me partían el alma. Yo sabía perfectamente que todos mis compañeros eran verdaderos hombres de acero y que aunque fuera a rastras ellos seguirían avanzando, pero... ¿Cómo podrían sobrevivir con sopa de hierbas cuando aún faltaban meses de camino? La inquietud y la ansiedad colmaban todo mi espíritu.

Chang Sien-yun, el jefe de la compañía, y yo, caminábamos impacientes en torno de aquellos tres ranchos destartalados pensando en vano hallar una solución. De súbito, el jefe de pelotón vino corriendo desde el establo de una de las casuchas, con la alegría de quien encuentra un tesoro reflejada en su rostro. “Vengan”, nos dijo a la vez que nos invitaba con sus manos. Chang y yo fuimos hacia él.

En un rincón del establo había forrajes en desorden. El jefe del pelotón indicó unos granos de chingke dispersos y mezclados con la tierra, y dijo: “Miren esto”. Con sus manos limpió el piso de las bonigas secas que lo cubrían y luego comenzó a retirar la tierra suelta. Apareció una tabla y bajo ésta una gran vasija con chingke.

“Voy a buscar una pala”, dijo emocionado el jefe de pelotón.

“No te apures”, dije vacilando y así proseguí, “debemos la disciplina para con las masas y no nos permitiremos tomar a nuestro antojo las cosas de los tibetanos”.

El jefe de la compañía no habló, pero su frente fruncida indicaba que él también estaba considerando el problema. “Y, ¿qué hacemos si es precisamente esto lo que nos hace falta?”, inquirió con impaciencia el jefe de pelotón. ¿Qué hacer?, ésta era justamente la cuestión. Y yo estaba indeciso.

El jefe de compañía y yo meditábamos en silencio. El jefe de pelotón se levantó y nos miró, ora al jefe, ora a mí, y con su mirada nos apremiaba a dar una respuesta.

“A mi juicio”, dije, “debemos realizar una reunión de la célula del Partido para discutir este problema.”.

El jefe de compañía aceptó.

Entonces, una apremiante reunión de los miembros de la célula del Partido se celebró en los alrededores de aquel establo. Todos se sentían dichosos por el hallazgo, pero al recordar nuestras normas de disciplina se ponían meditabundos.

Yang Cheng-jai, jefe del primer pelotón, fue el primero en hablar: “...Como los tibetanos sólo conocen del Ejército Rojo lo que la propaganda reaccionaria les ha hecho creer, ellos nos temen y por eso se marcharon antes de que nosotros llegáramos. Si tomamos sus cereales, no haríamos más que dejarles una mala impresión y confirmar la propaganda ene-

La gran marcha

miga. Por otra parte, nuestra vanguardia ha pasado por aquí y no ha tocado los granos; si ellos fueron capaces de hacerlo así, ¿por qué no nosotros? Los hombres del Ejército Rojo debemos tener una moral íntegra. No debemos tocar esos cereales...”

Todos callaron.

Tras una pausa, Jan Yao-chi, jefe del segundo pelotón dijo con tono lento y sereno: “Estoy de acuerdo con la opinión de Yang, pero en la compañía hay decenas de enfermos, ¿cómo podrán sobrevivir si no se les alimenta? A mi parecer, podríamos comprar algo para los enfermos”.

Sabíamos con mucha claridad que los camaradas enfermos lo estaban por razón del hambre. Ellos mejorarían con sólo comer, sin medicamento alguno. Lai Yu-si, el enfermo más grave ya no podía caminar, hasta ahora había venido marchando apoyándose en los hombros de los compañeros. Estaba esquelético, ¿acaso podíamos dejar a nuestro hermano de clase morir de hambre? Necesitábamos los cereales y debíamos respetar los bienes de las masas. Después de la discusión, el comité de la célula del Partido tomó una decisión: Comprar los cereales con los taeles que teníamos.

Entonces, todos los miembros de la célula del Partido empezaron a cavar. Doscientos kilos de chingke había en el escondite. Con ellos los enfermos curarían salvándose de una muerte segura y también la compañía misma. Toda la compañía hervía como una caldera de agua haciendo de la muerta Teyung una ciudad efervescente.

Según la decisión de la célula del Partido, a cada enfermo se le repartieron ocho tazones de chingke, a los demás soldados, cinco, y a los cuadros, tres tazones. Así pues, los pequeños sacos que servían para llevar cereales en las mochilas volvieron a llenarse luego de pasar muchos días vacíos.

A la hora de enterrar el dinero en el mismo lugar donde hallamos el chingke, en un pedazo de papel rojo pedí al escribiente escribir:

“Querido amigo:

Lamentamos muchísimo haber tenido la necesidad de usar su chingke. Por favor, acepte como pago por él, estos cincuenta taeles de plata.

2ª Compañía del Ejército Rojo de Obreros
y Campesinos

Los cincuenta taeles de plata fueron envueltos con una tela azul y el papel rojo lo pegamos sobre ella. Todo lo metimos en un jarrón. Al irlo a enterrar, el jefe de pelotón temiendo que los cincuenta taeles no fueran suficientes, agregó doce monedas de plata yunnanesas. El problema había sido resuelto. Los miembros del comité de la célula del Partido asistieron como a un ritual al entierro del jarrón y luego, se dispersaron sintiendo que un gran peso había sido quitado de sus hombros.

Encuentro en Kantse

Tan Shang-wei

A mediados de mayo, nuestras unidades entraron en Taocheng, oeste de la provincia de Sechuán.

En los últimos 200 días, mientras combatíamos, avanzábamos, atravesando las provincias de Junán, Jupei, Kuichou, Yunnán y Sikang¹⁰. Ignorábamos ya cuántas montañas habíamos escalado, cuántos ríos habíamos cruzado, cuántas sandalias de paja, mazorcas y frutas silvestres habíamos consumido. Como todos los días la lluvia y el sol nos habían azotado, como comíamos y dormíamos a ciclo descubierto, nos hallábamos flacos y considerablemente fatigados. No habíamos tenido tiempo para remendar los andrajos ni oportunidad para cortarnos el cabello ya largo. Aunque el enemigo nos cerraba el paso y nos perseguía, nosotros, bajo la dirección del Partido y de los jefes del Ejército del II Frente íbamos desbaratando paso a paso todas sus operaciones y con esfuerzos y sangre íbamos allanando el camino del triunfo.

A partir de la región fronteriza de Junán-Jupei-Sechuán-Kuichou, innumerables fueron las dificultades y peligros con que nuestras unidades tropezaron. Pero nuestra moral combativa era alta. Durante la ininterrumpida y prolongada marcha, se oían con

La gran marcha
frecuencia murmuraciones: “Si tenemos un día libre, podremos tejer sandalias de paja”. Sin embargo, la ocasión no se presentó.

En la mañana de cierto día, cuando nuestra unidad ya en formación en la plaza noroeste de Taocheng se preparaba para partir, el comisario político Wang Chen apareció ante nosotros. De pie, sobre un montículo, con extraordinario entusiasmo dijo con acento junanés: “Camaradas, les doy una buena noticia”. Toda la plaza enmudeció. “El Ejército del IV Frente está acantonando en Kantse y ha enviado al 32º Cuerpo de Ejército a Lijua para recibirnos. ¡Camaradas, redoblemos los esfuerzos para reunirnos con el Ejército del IV Frente en Kantse!”.

Sorprendidos y alegres los soldados saltaban. En medio de la algarabía se oían gritos de “¡Arriba, a Kantse, a encontrar al IV Frente!”. Toda sombra de tristeza debida a la falta de descanso, de sandalias, de cereales, desapareció como por encanto. Ahora, en un breve instante, podríamos alcanzarlo todo.

La larga fila de espíritus llenos de confianza avanzó hacia Lijua. La zona que recorríamos era llana y verde. Por doquier corrían aguas cristalinas y los tiernos pastizales alimentaban los rebaños de yaks y ovejas cuidados por los tibetanos. Las melodiosas canciones de los pastores endulzaban el oído. Y, el techo dorado del templo lamaísta y la nieve blanca de las montañas a lo lejos, formaban espléndido cuadro. En el camino de Taocheng a Lijua, encontrábamos no pocos jinetes tibetanos a la vera del camino, dando-

nos la bienvenida y ofreciéndonos su mantequilla y tsamba (harina de cebada cocida, un alimento básico del pueblo tibetano). Tan pronto como alguno de nuestros jinetes pasaba por su lado, ellos tomaban las riendas de la cabalgadura y le obsequiaban un pollo. Como no conocíamos su idioma, nuestro intérprete les agradecía en nuestro nombre. Ellos, irguiendo sus pulgares en señal de aprobación, decían sin cesar: “¡Yemo, yemo!” “¡Muy bien!”.

Los tibetanos montaron en sus animales a nuestros enfermos incapaces de andar y los llevaron hasta el fin del recorrido. De verdad que nos trataron como si fuéramos sus propios hermanos. La energía y rapidez que imprimimos a la marcha fue tal que en medio día habíamos hecho el trayecto programado para un día. De esta manera, en un lugar llamado Chiawa, al sur de Lijua, nos reunimos con el 32º Cuerpo de Ejército.

En Lijua descansamos medio día, se dedicó un tiempo a la higiene personal, impartió alguna educación sobre la política nacional del Partido y se hicieron algunas advertencias para cuando nos reuniéramos con el Ejército del IV Frente.

Cuando la 17ª división acantonó en Kanjaitsi, alrededor de Kantse, descubrimos que las habitaciones estaban limpias y había una gruesa capa de paja sobre las camas. Era que los camaradas del Ejército del IV Frente habían vivido aquí, y esa mañana, se retiraron con el único propósito de brindarnos comodidad. El viejo cocinero Yang dijo: “Los camaradas

La gran marcha
del IV Frente han preparado mucha leña y han llenado dos tinajas con agua; también han hervido agua en una gran olla”.

Tan pronto como llegamos, oímos decir que habría un gran mitin por el encuentro de las fuerzas y más tarde se nos notificó la noticia.

El día del mitin la formación se hizo en tiempo récord. Cumpliendo las orientaciones de la comandancia, los combatientes vestían con pulcritud y formaban de acuerdo con la estatura de sus cuerpos, en escuadras de cuatro en fondo.

Desde la distancia nosotros podíamos leer el gran cartel que colgaba sobre la pared roja del templo: “¡Salud heroicos combatientes del Ejército del II Frente!”. Muchos batallones se concentraban en la plaza, donde las canciones cubrían el espacio, incluso en voces femeninas. Yo sólo pude recordar dos líneas de una de aquellas canciones: “¡Vengan! ¡El 2° y 6° Cuerpos de Ejército reúnen sus fuerzas! Con la bandera roja en alto, ¡sigan adelante!”.

Cuando nuestra unidad entró a la plaza, miles de ojos contemplaron desde todas las direcciones al “gigantesco dragón” y miles de manos se agitaron. La gente vitoreaba y repetía con sumo entusiasmo: “¡Bienvenida al Ejército del II Frente que viene combatiendo desde las provincias de Junán, Jupei, Sechuán, Kuichou y Yunnán!” “¡Viva el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos de China!”. Y los tibetanos también se concentraban a los dos lados del camino acogiéndonos con su mantequilla y tsamba. Al

ver los cordiales rostros de los compañeros de armas del IV Frente y escuchar sus cariñosas palabras, olvidamos completamente el cansancio de los últimos meses. Fue así como en uno de los momentos más difíciles, se encontraron estas dos unidades fraternales que nunca se habían visto. Ambas habían experimentado incontables penalidades y pasado igual prueba de fuego. ¿Quién de nosotros podía contener su emoción? Cada quien tenía mucho que decir, pero a nadie le salían las palabras.

“¡Silencio, camaradas! El Comandante en Jefe. Chu Te nos va a hablar.”

Todo el mundo calló.

El camarada Chu Te apareció en la tribuna presidencial, en medio de tempestuosos y prolongados aplausos, y frente a innumerables rostros sonrientes y plenos de excitación. Me había imaginado que era muy alto y severo, pero en realidad no era así. Su rostro delgado sonreía magnánimo. Llevaba un uniforme de tela gris y un par de sandalias de paja parecidos a los nuestros. Era muy accesible. Luego de pasar la vista sobre todos los presentes, dijo con un sonante tono propio de la provincia de Sechuán: “Camaradas, los felicito por la conquista de las montañas nevadas y les doy la bienvenida ahora que llegan a reunirse con el Ejército del IV Frente. Sin embargo, nuestra meta no se encuentra aquí y debemos continuar nuestra marcha hacia el norte. Para poder hacerlo hemos de unirnos sólidamente. De otro modo, no podremos llegar al objetivo. Además,

La gran marcha

en nuestra marcha se interponen zonas pantanosas despobladas. Tenemos que prepararnos a conciencia de modo que podamos salvar todas las dificultades". Tras una pausa, hizo una reseña sobre la situación de la región de Kantse y nos dijo una buena noticia: El Presidente Mao al frente del Ejército del I Frente había pasado victoriosamente los pantanos y llegado a la avanzada antijaponesa —a la región fronteriza de Shensí-Kansú.

Todos los mandos y combatientes guardaron profundamente en la memoria cada palabra del Comandante en Jefe Chu Te. Después de la cena, el conjunto teatral del departamento político del Ejército del IV Frente nos hizo algunas magníficas representaciones: cantaron, entre otros, *Saludo a nuestros hermanos* y bailaron la danza *El Ejército Rojo*. Mando y combatientes del Ejército del II Frente se sentían muy emocionados, ya que en los últimos ocho meses era la primera vez que se sentaban con tanta tranquilidad para presenciar una función.

Después, cada uno de nosotros recibió un *jersey* o un par de calcetines de lana. Estos eran un poco raros para nosotros, originarios del sur. Algunos de nosotros nunca habíamos visto prendas semejantes. Un camarada preguntó al instructor político: "¿Cómo consiguieron estas ropas?". Y este último contestó: "El Ejército del IV Frente se ha preocupado por nosotros; ellos, temiendo que pasemos frío en los pantanos, han esquilado, escardado, hilado y tejido durante días y noches para ofrecernos hoy estas prendas".

En Taocheng nos preocupaba la falta de ropa. Ahora no sólo gozábamos de ella sino que teníamos comida y buenas habitaciones. Embargados por la emoción observábamos una y otra vez los *jerseys*, nos los poníamos y quitábamos para volvérnoslos a poner. Alguien propuso que cuidáramos bien estas ropas para cuando llegáramos al norte de Shensí se las obsequiáramos a los camaradas del Ejército del I Frente. Después de alguna discusión, los envolvimos y guardamos cuidadosamente.

Yo recibí un par de calcetines de lana. Al ver su hilo denso, me pareció que éste estaba impregnado del sudor y el afecto de los camaradas del Ejército del IV Frente. Ellos habían acabado de llegar aquí, y su equipo no era mejor que el nuestro. De hecho, fuera del sombrero impermeable de bambú que cada uno tenía, ellos no tenían más que nosotros. Como nosotros, necesitaban también abrigo. No obstante, ellos se habían preocupado antes que nada de nosotros. Pensando esto, mis ojos se bañaron de lágrimas.

Esa noche, en las diversas compañías se convocaron conferencias de cuadros y reuniones de célula del Partido para discutir los problemas siguientes: cómo permanecer unidos, cómo superar las dificultades y cómo continuar cumpliendo la gloriosa tarea de avanzar hacia el norte para resistir al Japón. Cada soldado expresó su decisión de desplegar plenamente su espíritu de sacrificio y heroísmo para conquistar las barreras naturales y avanzar resueltamente hacia el norte para combatir al invasor.

Centro logístico en la estepa

Yang Yi-shan

Era el temprano otoño de 1936. Después de varios días de marcha, llegamos al río Kechu, en la estepa del curso superior del río Amarillo. Luego de descansar un rato la unidad continuó avanzando hacia el norte de Shensí.

Ese día, a la primera luz los soldados empezaron a recoger las tiendas. Para refrescarnos, nos lavamos con el agua fría del Kechu y luego aperamos los yaks cansados, les dimos de beber y les echamos las cargas, todo estaba dispuesto para partir.

Justamente en el momento en que reiniciábamos la marcha, escuchamos el ruido de unos pasos apresurados. Era un “pequeño demonio” que corría hacia nosotros gritando. Al principio, me pareció que saludaba a alguien, pero, para mi sorpresa, precisamente era a mí a quien buscaba.

“Camarada, ¿es usted Yang Yi-shan?”

“Sí.”

“Venga rápido. El Comandante en Jefe Chu Te quiere verle”, dijo señalando hacia adelante.

Me dirigí hacia el lugar indicado y vi que un hombre de fuerte constitución física se hallaba de pie, de espaldas a las aguas furiosas del río. Su capa de cuero se agitaba con el viento. Era nuestro respe-

La gran marcha

tado Comandante. Yo corrí apresuradamente hacia él. Al oír mis pasos, Chu Te volvió la cabeza y me saludó. Apresuré aún más mi carrera.

“Camarada, ¿usted se encarga de la logística?”

“Sí”, respondí.

“¿Le han asignado para establecer aquí un centro logístico con objeto de repartir yaks y carneros entre las tropas?”

“Así es.”

“Bien. Su tarea es muy importante, camarada. Detrás de nosotros vienen decenas de miles de nuestros soldados. El Cuartel General ha decidido que las unidades directamente subordinadas al Ejército del IV Frente les dejen todos los yaks de carga a estos soldados. Nos tomará seis días atravesar los pantanos. Podemos dar por día a cada uno de nuestros combatientes medio kilo de carne de yak o de carnero, incluida la piel. Lo restante debe dejarse para las unidades de retaguardia. De otro modo, ellos no podrán atravesar los pantanos.” Tras una pausa, me instruyó especialmente: “Es preciso escaldar los carneros de manera que la piel se pueda comer. Además, conviene chamuscar la piel de yak. Todas las vísceras deben también aprovecharse”.

Luego, caminó hasta un montículo y levantando una mano se dirigió a los soldados: “Camaradas, como ustedes saben, los pantanos son el tramo más difícil de nuestra marcha hacia el norte. Pero, más dificultades que nosotros las tendrán los camaradas del Ejército del II Frente, nuestras unidades de re-

taguardia, pues ni siquiera plantas silvestres encontrarán para mitigar su hambre, ya que ellas habrán sido consumidas por nuestras unidades de vanguardia. El Cuartel General ha decidido por eso dejarles todos los yaks y carneros que ayer capturamos al enemigo. También les dejaremos nuestros yaks de carga. Ustedes deberán llevar a cuestas todos sus objetos más indispensables...”

Antes de que terminara de hablar, resonaron los vítores. Nuestros combatientes querían ayudar a la unidad hermana; descargaron los yaks, y tras entregar los animales, partieron.

Antes de su partida, Chu Te me advirtió una vez más:

“Camarada, ésta es su tarea. Diga a los camaradas responsables que no se puede desperdiciar nada. ¡Incluso un pedazo de piel de yak es precioso!”

II

Después de recibir las instrucciones del Comandante en Jefe Chu Te, nosotros y un batallón del 3º Cuerpo de Ejército, un total de 300 soldados, nos quedamos para establecer un centro logístico provisional. Armamos nuestras tiendas en el centro de la estepa y escondimos a los animales entre los elevados pastizales, dejando una patrulla al mando de nuestro comisario político de regimiento para cuidarlos.

Ya todo el Ejército del IV Frente había pasado por aquí. Al saber que pronto llegaría la unidad de avanzada del Ejército del II Frente, nos emociona-

mos mucho y nos preparamos para darle la bienvenida. Pero ocurrió lo inesperado. Al amanecer de un día, la caballería enemiga nos atacó sorpresivamente capturando muchos de nuestros yaks.

Unos cinco días después, llegaron los miembros del Cuartel General del Ejército del II Frente dirigido por el comandante Je Lung. Antes que pudiéramos divisar las tropas, desde lejos sonaron los vítores: habían distinguido los yaks y carneros de nuestro centro logístico, o bien acababan de saber que la unidad hermana se los había dejado. Esperábamos con ansia su llegada, pero nuestra alegría no podía ser total a causa de los yaks perdidos.

Apenas llegaron, Je Lung preguntó: “¿Quién es el jefe de logística?”

“Yo, comandante”, me apresuré a contestarle. A continuación me preguntó detalladamente sobre la distribución de los animales. Le informé de las instrucciones que habíamos recibido y de las pérdidas que habíamos sufrido.

Luego de conocer el botín que se llevó el enemigo y de ver nuestra vergüenza, el comandante Je Lung apuntó agitando una mano: “Olvídenlo. No hay dificultades en el mundo que puedan detenernos”. Él y varios de nosotros estudiamos una vez más el problema del suministro.

Después de calcular minuciosamente la cifra de yaks y carneros existentes y de las unidades de retaguardia, Je Lung decidió reducir la ración diaria de medio kilo asignada para cada soldado y pidió a los combatientes que pescaran.

Cumplimos en seguida sus órdenes. Luego de distribuir la carne, preparamos la ración para el comandante Je Lung. Cuando fui a entregarla a su guardia, Je rehusó aceptarla.

Insistí en dejársela, pero él mismo la devolvió.

“No se preocupe por mí”, me reiteró. “Yo mismo me las arreglaré. Conserve mi ración para los camaradas que vienen detrás.”

Cuando le pregunté perplejo de qué manera se alimentaría, con una sonrisa hizo el ademán de pescar, diciendo:

“Viviremos mejor que de costumbre.”

Posteriormente me enteré de que durante los intervalos de la marcha, Je Lung siempre buscaba un lugar donde pescar.

III

Con el paso del último grupo de combatientes del Ejército del II Frente hacia los pantanos, nuestro trabajo había concluido. Siguiendo la pista de nuestras tropas con la guarnición, continuamos la marcha.

Después de tres días, llegamos a un bosque de frondosos árboles en una alta montaña. Pudimos ver por todas partes huellas de animales salvajes, pero no pudimos detenernos porque nuestro guía no podía orientarse desde este lugar. Si no seguíamos marchando, nos alejaríamos más de nuestras tropas y tendríamos mayores dificultades. Decidimos continuar la marcha.

A lo largo del bosque marchábamos y pronto divisamos una pequeña unidad. “¡Nuestras fuerzas principales!”, pensamos emocionados. Mas al alcanzarlas, descubrimos que era una compañía del VI Grupo de Ejércitos que había sido asignada para hacer de centinela mientras las demás marchaban. Se les habían agotado los alimentos y no podían continuar su marcha. Muchos de los camaradas se hallaban tendidos en el suelo, muy debilitados; algunos perdían esporádicamente el conocimiento. Corríamos hacia ellos y los tomábamos en nuestros brazos. Pero su instructor político nos dijo con palabras entrecortadas:

“Camaradas, ¡vayan de prisa! Tienen todavía mucho por recorrer. Nosotros ya no podemos continuar. Ustedes no deben quedarse para morir junto a nosotros.” Después de una pausa, prosiguió: “Poder verlos antes de morir es de por sí un gran consuelo para nosotros. Cuando alcancen a nuestras tropas, informen en nombre nuestro al Partido que hemos cumplido la tarea asignada”.

¡Cómo podíamos abandonar a nuestros camaradas! Les ofrecimos nuestro único yak de carga, que de no haber sido por el servicio que nos prestaba, ya hacía rato que lo hubiéramos sacrificado.

Poco tiempo después de cruzar los pantanos volvimos a encontrarnos con esta compañía. Sentimos una alegría incontenible. Nos abrazamos y bailamos, celebrando juntos nuestra victoria. “¡Por fin hemos atravesado los pantanos!”, gritamos al unísono.

En el monte Tangling

Wu Sien-en

Cuando llegamos al pie de las montañas Tangling, la comandancia ordenó a nuestro departamento logístico escalar éstas antes de las 14:30 horas del día siguiente con el fin de buscar comida para las tropas.

A las 3:00 A.M. nos dimos una comilona con dos tercios de la ración diaria de cereal (la ración era de 300 gramos) cocido con plantas silvestres, “saciándonos”. A las tres y media partimos bajo la luz de la luna y las estrellas. Primero un batallón de vanguardia, luego iban a caballo los incapacitados por heridas leves y por último, un cuerpo de camilleros con los heridos graves. Marchábamos en fila india por un sendero sinuoso de filudos cantos que destrozaban nuestras sandalias de paja pero acortaba el camino.

Desde el valle soplaba el viento frío y las arenas chocaban en nuestras caras como anuncio de la ventisca que pronto se desataría. Hoy, nuestra carrera era contra reloj. De otro modo, no sólo pasaríamos la noche con el estómago vacío sino que no podríamos cumplir la tarea de reunir cereales. Yo sacaba de cuando en cuando mi reloj de bolsillo calculando el tiempo y la distancia, y daba

orden de apurar el paso. Pero me parecía que el tiempo corría cada vez más rápido mientras que la velocidad de la marcha disminuía. Las piernas se negaban a obedecer y como los pies estaban hinchados, cada paso nos costaba tanto como si lleváramos botas de plomo.

Esto no era de extrañar. Durante un mes de la ardua marcha, jamás habíamos tenido una sola ocasión para comer o dormir bien. Cada camarada había aguantado tanta hambre que los huecos de su cinturón no servían y hubo que abrir nuevos. Marchábamos dormitando. Ignorábamos cuántas veces habíamos cambiado de hombro la carga, y cuántas de mano, nuestros "bastones"; ahora nos parecía que un jarro pesaba una tonelada. Los camilleros eran quienes se movían con mayores dificultades, tenían que poner todos sus cinco sentidos en el equilibrio de la camilla y a la vez atender al camino, sus cuerpos siempre estaban tensos y sus hombros se hinchaban a cada traspie. Por entonces, nadie hablaba. Nadie quería gastar energías en palabras. Hasta el "cuentista" Wang y el inquieto estafeta Sun Ta-kang callaban. Sólo se oía el resoplar de los fatigados pulmones.

"Sun Ta-kang, ¿por qué no hablas?", preguntó el comisario político Chang detrás de mí.

"Yo sé porque él no habla", se adelantó a decir el viejo Wang, "siente nostalgia de su familia.",

Yo me quedé desconcertado. El joven nunca había dado señal de nostalgia a pesar de haberse incorporado al Ejército Rojo a los 13 años de edad. Sun

miraba con extrañeza al viejo, cuando éste continuó con calma: “Al ver las montañas Tangling, Sun Ta-kang piensa en su pueblo natal, en la Montaña de Flores y Frutas¹¹”. El comisario político Chang y yo reímos.

No sabía de dónde logró Sun fuerzas, pero reía mientras corría siguiendo al viejo. Otros camaradas que venían detrás se habían acercado para escuchar mejor la broma. El viejo Wang dijo en voz alta mientras corría: “Sun Ta-kang quiere invitar a su abuelo Rey Mono, el Gran Hacedor de Prodigios para trasladar las montañas Tangling y dar paso a las unidades que vienen detrás”. Risas y carcajadas inundaron el valle silencioso.

Cuando saqué otra vez mi reloj de bolsillo, el comisario político Chang estaba dando cuerda al suyo, y sonreía. Lo cierto era que después de pasar las montañas, lograríamos el triunfo. Por ahora, paso a paso nos aproximábamos a la victoria.

De pronto, en la vanguardia hubo agitación y llegó una alarmante noticia: sobre las montañas ha comenzado la tormenta. Al instante, se levantó detrás de las montañas una enorme columna formada por tierra arenosa que cubrió el sol; y el temporal como un animal feroz, con nieves perpetuas, arenas y piedrecitas se lanzó sobre nosotros. No teníamos más remedio que tendernos sobre el suelo tomados de las manos y dejar que las arenas y piedrecillas golpearan nuestros jarros en la espalda produciendo un ruido de mil demonios.

Era mediodía y sin embargo, parecía que anocheecía. El mensajero del batallón de vanguardia vino corriendo y dijo jadeando: "El temporal ha arrastrado a no pocos camaradas al barranco". Esta circunstancia repentina nos obligó a dar la orden de acampar.

Después de entrada la noche, el viento cesó gradualmente. Los camaradas hicieron una hoguera y se atareaban en hervir aguas y curar a los heridos. Y mientras se les buscaba forraje, los caballos royeron la corteza de los árboles. Matamos las dos partidas de ganado que nos quedaban, dando la carne a los heridos y la piel y los huesos a los demás. Reservamos lo que nos quedaba de cereal para comer a la mañana siguiente.

Antes de comenzar a escalar las montañas, se había oído decir que si se presentaba un fuerte viento, muy seguramente nevaría en abundancia. Y, en efecto, ahora empezaba a nevar copiosamente.

A altas horas de la noche, el comisario político Chang y yo fuimos a inspeccionar a los camaradas que dormían profundamente. Nevaba, y los carámbanos de treinta centímetros de largo cubrían las ramas. La hoguera se había apagado y aquellos camaradas que dormían como un tronco estaban quedando sepultados bajo la nieve. Sin pérdida de tiempo pusimos a salvo a los heridos y llamamos a los que la nieve cubría...

Después, regresamos a la tienda. El comisario Chang se encontraba mal de salud, pero ahora se le veía más sofocado, su cara y cuello, hinchados,

estaban al rojo vivo. Fui hacia él y comencé a darle un masaje en su espalda curva a causa de sus 27 años de vida de campesino asalariado, y pude oír, luego de un rato, que su aliento volvía a ser relativamente armonioso.

“Viejo Wu”, me dijo riendo y colocó una rama dentro de la hoguera semiapagada, “en mi opinión, ninguno de los pintores famosos del mundo puede plasmar esta escena que presenta la nieve en la noche”. Y luego me contó algo de su vida: cuando servía como campesino asalariado al terrateniente, en una noche también fría y de nevasca, cuando se acostaba en el establo sin poder dormir por el frío, vino el terrateniente y lo obligó a dar su cobertor acolchado de algodón para cubrir el ganado. Luego prosiguió: “Pero esto es una historia vieja, lo mejor es conversar sobre la situación actual. Según el informe hoy otros quince camilleros se han sacrificado y nos hallamos en condiciones todavía más difíciles. Mañana, la situación podrá ser aún más crítica. Con tan gruesa capa de nieve, no sabremos si vamos a pisar sobre el sendero o sobre el abismo”.

Estábamos discutiendo el plan de marcha del día siguiente cuando oímos una voz: “¡Jefe de departamento... comisario político...!” No bien volvimos la cabeza, vimos que un herido enrollado por muchas vendas, se arrastraba hacia nosotros. La mitad del cuerpo fuera de la tienda, estaba sepultado por la nieve. Levantó la cabeza con mucha dificultad y nos miró. A la luz mortecina de la

hoguera reconocimos a Chang, el comandante de batallón. Apresuradamente lo tomamos del brazo y lo ayudamos a sentarse al lado de la hoguera. Yo no podía imaginar por qué él, estando tan seriamente herido, llegaba a rastras hasta nosotros en medio de la noche.

El comandante de batallón Chang clavó su penetrante mirada en cada uno de nosotros dos y con resolución sin par, manifestó: "He escuchado su charla... comprendo claramente la actual situación. Yo lo he pensado serenamente, ¡les exijo dejarnos aquí!". Y para evitar que alguno de nosotros lo interrumpiera, agregó atropelladamente: "¡Lo exijo por la Revolución!".

"Cada combatiente del Ejército Rojo es una semilla de la Revolución. Mientras estemos vivos, ¡nunca jamás podremos abandonarles!" Dichas estas palabras, el comisario político comenzó a toser sin cesar.

"¡Jefes! Yo lo he pensado, para preservar las fuerzas de la Revolución..." Interrumpió de pronto sus palabras. Apretando los dientes, aguantaba el agudo dolor de su herida y su cara se empapó de traspiración. Con coraje limpió su cara y repitió: "Lo he pensado. Nosotros hemos sido cargados todo el camino a través de Sechuán, añadiendo una carga más a los camaradas que revientan de cansancio... ¿Cómo puedo permitir que otros camaradas mueran por mí? Ustedes deben vivir... para llevar adelante la Revolución". Lenta y sosegadamente fue cerrando sus ojos.

“¡Comandante Chang!”, le llamamos al unísono, pero nos había abandonado...

La nieve seguía y sólo las débiles llamas de la hoguera brillaban. La noche quedó atrás y tras enterrar los cadáveres de los compañeros, continuamos la marcha. El comisario político que desde hacía tiempo venía enfermo, continuaba, aunque con dificultad, adelante. Cada vez que llegábamos a un paso difícil, gritaba agitando las dos manos: “¡Comaradas, caminen con pasos firmes! ¡No se desanimen!”. Pero siempre la tos lo interrumpía asfixiándolo. Cuando llegamos al pie del barranco donde nuestra vanguardia había pasado, descubrimos no pocos cadáveres de compañeros, ya congelados por la nieve que les servía de sepultura. Vi un brazo descubierto fuera de la nieve con su puño cerrado. En él atenazaba su carnet del Partido y una moneda de plata. Tomé el carnet y en él pude leer: “Liu Chi-jai, miembro del Partido Comunista de China, admitido en marzo de 1933”.

Con el carnet del Partido y una moneda de plata en mis manos, dije bajando la cabeza: “Comarada Chi-jai, he de entregar su carnet y su última cuota al Partido. ¡Descanse en paz, camarada!”.

El comisario político, de pie al borde del abismo, revisaba cada camilla que pasaba delante de él. Al ver que su comisario de ya muy precaria salud estaba en este lugar tan peligroso preocupado por ellos, algunos de los heridos lloraban en agradeci-

La gran marcha
miento. Los camilleros le decían: “No se preocupe usted, le aseguramos cumplir la tarea”.

La unidad avanzaba en fila interminable, mientras el comisario político resistía bravamente el viento frío en la cima de la montaña. Cuando la persistente tos se lo permitía gritaba:

“¡Camaradas, avancen! ¡A van...cen!”

De repente, su ronca voz se silenció y su cuerpo cayó pesadamente sobre la blancura de la nieve. Su guardia gritó sorprendido: “¡Comisario, comisario, despierte!”. Éste abrió gradualmente los ojos y miró a los hombres que se reunían en torno a él y a los soldados en marcha. Luego, con inmensa dificultad se puso en pie y dijo tratando de sonreír: “Vayan de prisa. Yo... no puedo continuar. Camaradas... el pueblo de todo el país los espera...” Giró su cara y la estrechó contra la de su guardia. Luego me abrazó y me estrechó la mano. Por fin, la fuerza de la vida lo abandonó...

Abrimos la nieve perpetua y entre lágrimas enterramos a nuestro querido comisario, yo di cuerda a su reloj. Frente al viento del norte, continuamos la marcha por el camino que muchos de nuestros compañeros de armas no alcanzaron a concluir.

El "comisario político Wang" de nuestra escuadra Chao Lien-cheng

En los primeros días de 1936, me enviaron a trabajar como enfermero en un hospital del 31º Cuerpo de Ejército. Al saberse que fui destinado a la segunda escuadra, los compañeros me dijeron con gran admiración: "Tienes buena suerte de trabajar junto con el 'comisario político Wang'." Me sorprendió que en la escuadra hubiera un comisario político. Sin embargo, ninguno me reveló el secreto. En cierto momento que estaba con el instructor político, entró un compañero en la habitación y tomando mis manos me saludaba como si me hubiera conocido hacía mucho tiempo.

"Éste es el nuevo compañero que trabajará en su escuadra", me presentó el instructor.

"Precisamente vengo para recibirle", respondió con alegría el recién llegado.

"Camarada Wang Tsai-sheng, atiéndale bien", añadió el jefe cuando salí siguiendo al camarada Wang.

Al oír su nombre, recordé lo del "comisario político Wang". Sin darme cuenta, le miré con curiosidad. Me parecía que tenía más o menos dieciséis años de edad, un poco mayor que yo. "¿Cómo es posible un comisario político tan joven?", pensé.

Luego llegamos al campamento. Ayudándome a arreglar el equipaje, me preguntó la fecha de mi ingreso al Ejército Rojo y los sufrimientos de mi vida. Él me contó sobre su origen y sus miserias y me habló de que sólo con la participación de los pobres en el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos era posible derribar los déspotas locales, distribuir las tierras de los ricos y alcanzar una vida de felicidad. Me indicó el lugar de mi alojamiento y me enseñó el equipo de la escuadra. Además, me habló de mi trabajo.

“Como enfermero del Ejército Rojo, su trabajo es muy importante. Tenemos que trabajar con todas nuestras fuerzas para que los enfermos se curen rápidamente. Así podemos conquistar cuanto antes la victoria de la Revolución”, me dijo.

Él sabía hablar y tenía muchos más conocimientos que yo. Sólo en los días posteriores, yo logré saber que era el jefe de nuestra escuadra a quien llamaban con amabilidad “comisario político”.

En junio, entramos en los pantanos de la región de Lujuo de la provincia de Sikang. Sin límites, los pantanos estaban llenos de hierbas podridas y cieno. Como era tan difícil avanzar, el compañero Wang Tsai-sheng siempre me acompañaba. Cuando acampábamos, yo, víctima del cansancio, me tendía en el suelo y no quería moverme más. Pero Wang trabajaba como ninguno: calentaba agua y cocinaba. Además, hacía que yo me lavara los pies diciendo: “Cuando te laves los pies, lávatelos hasta las rodi-

llas, entonces no tendrás los pies doloridos en la marcha y podrás caminar con facilidad". Después, iba a urgir a otros para que hicieran lo mismo.

Durante la marcha, siempre yo quería comer las viandas cuando sentía un poco de hambre. Sin embargo, él me recomendaba con cariño convincente: "Recuerda bien los consejos del instructor político. No hay que comer más que en los momentos difíciles".

Pero, en los momentos en que el hambre me apremiaba, la comía a escondidas. Así, muy pronto se me acabaron, pero él me ofrecía parte de las suyas.

Pasaron unos días, y las provisiones se agotaron. No teníamos otro remedio que comer hierbas y cueros. Algunas de ellas eran venenosas, y por eso, el cuerpo de aquellos que comían por descuido se hinchaba.

Un día, Wang que siempre marchaba adelante de la escuadra, se quedó rezagado. Yo pensaba que estaba enfermo. Lo esperé y me asusté enormemente cuando se me acercó. Su cara estaba totalmente amarilla y los ojos hundidos, temblaba. Le reproché con dolor:

"¿Por qué no me dices nada cuando estás tan enfermo?"

"No te preocupes, estoy bien. Sigue y espérame más adelante", me contestó disfrazando su estado. Intenté darle mi apoyo, pero me rechazó.

Cuando nos acercábamos a Panyou, la unidad entró en una selva virgen. Aparentemente sin

límites; cubría toda la montaña. Grandes troncos podridos se tendían en el suelo. Todos los rincones estaban llenos de sucias aguas estancadas y hojas podridas. Eran las tres de la tarde y sin embargo, el bosque estaba obscuro y tétrico.

Aquel día pasamos la noche en medio del bosque. Wang, pese a su enfermedad insistía en prestar como de costumbre sus servicios. Viéndolo tan extenuado, le aconsejé:

“Acuéstate un ratito. Tienes que preocuparte por tu salud.”

“El trabajo físico puede curarme”, me contestó sonriendo aunque con una voz débil.

La comida de hierbas estaba lista, pero ¿debíamos comernos el último pedazo de cuero que nos quedaba? Yo me sentía realmente preocupado. ¿Cruzaríamos algún día esta virgen y solitaria estepa?

“A mi parecer... no saldremos nunca de aquí. Vamos a comer el cuero”, le dije.

“¿Estás loco? Guárdalo. Busca en tu saco que quizá queden algunos granos que podamos aprovechar.”

En realidad, la mochila había sido limpiada muchas veces. Esta vez la limpié cuidadosamente y logré un puñado de cereales. Con ellos la sopa se hizo exquisita.

Poco después un fuerte viento comenzó a soplar. El cielo se convirtió en boca de lobo. Los truenos y relámpagos estremecían los bosques y le imprimían algo que me aterrorizaba. Luego, cayó

granizo. Como el tamaño de los granizos los hacían peligrosos, corrí en busca de mi jefe con la intención de cuidarlo pero ya antes de llegar hasta él, me estaba gritando: “¡Protégete, muchacho! Yo puedo cuidarme solo”.

Corrí inconcientemente y encontré al cocinero, al viejo Li, quien tiró la gran olla tratando de buscar un cobijo entre los árboles. Vi que era una gran olla y ni corto ni perezoso, la tomé y la puse sobre mi cabeza. Los granizos la golpeaban fuertemente como si tocaran gongs.

“¡Venga aquí, compañero!”, le grité a Li.

“¡Eres astuto!”, exclamó el viejo y vino a compartir mi abrigo.

Nos quedamos callados y yo me arrepentía de haber dejado solo a nuestro jefe. Cuando pasó el granizo, volví al árbol donde lo había dejado. Vi que estaba nuevamente atareado. Al verme, me preguntó con solicitud por mi salud y señalando el fogón me dijo: “¡Mire, qué mala suerte!”

El fuego estaba apagado y la sopa de hierbas, volteada entre las cenizas. Quedé boquiabierto por un tiempo. Observando la escena, el viejo Li señaló con generosidad: “No se preocupen, tengo todavía media taza de chingke. Vamos a cocinarlo y lo comeremos”.

“¡De ninguna manera! ¡Consérvelo! El camino para recorrer es muy largo”, lo detuvo Wang Tsai-sheng.

Li no le hizo caso y sacando de su saco el chingke, añadió: “Pero usted está exhausto. Com-

parta su comida con nosotros, ¿puedo acaso comer el chingke solo?”. Y, notando que los granos habían brotado, agregó: “¡No importa! De todos modos son alimentos.”.

Sentía un hambre de lobo mientras cocinaba los brotes de chingke que nos ofreciera el viejo Li. En este momento, el compañero Wang que se sentó reclinado contra un árbol, jadeaba. Su rostro estaba entre amarillo y verde, y sus ojos contemplaban, inmóviles, las llamas. Toqué su frente, tenía fiebre como fuego. Viéndome intranquilo, me dijo: “No te impacientes, pequeño Chao, pronto pasará la fiebre”.

Serví una taza de sopa de brotes e intenté dársela, mas la rechazó anotando con un hilo de voz: “No tengo hambre”.

“Tómalo de todos modos, te alimentará”, le aconsejó el viejo Li.

“Si tú no comes, tampoco lo haremos nosotros”, añadí, sujetándolo del brazo mientras se me partía el alma.

De repente, aceptó. “Voy a tomarla”, dijo y extendió sus manos tensas para recibir el tazón; lo apoyó sobre el codo y comía con gran dificultad. Sería mejor adquirir alguna sopa de tallarín, pero ahora...

Al atardecer, colocamos algunas ramas y hojas bajo un árbol, a manera de lecho, proponiéndonos pasar sobre ellas aquella noche. En medio de las tinieblas Wang me miraba como si acabáramos de

conocernos. Me sentía muy triste y le recomendé descansar. Al cabo de un rato indicó: “Yo me levantaré mañana para preparar la comida. La jornada que nos espera es dura; usted debe descansar un poco más”.

Volvió a llover a la medianoche. Me puso suavemente su cubierta sobre mi cuerpo. Aún enfermo, en la mente de nuestro jefe siempre estaban los demás.

Cesó la lluvia y bien pronto las fogatas aparecieron, despertándome. Era madrugada. Me levanté sigilosamente, y me puse a hacer una sopa de cuero para mi jefe de escuadra.

Una vez preparada, vine a ofrecérsela. Lo llamé en voz alta, pero no me respondió. Mi corazón parecía salirse del pecho. Levanté su cubierta y vi los ojos entreabiertos de su cuerpo rígido. El tazón rodó sobre las hojas amarillentas y yo caí sobre su cuerpo llorando de dolor y con mi alma desgarrada.

Se acercaron el instructor político, el jefe, el viejo Li y otros compañeros que me apartaron de él. Había un silencio sagrado. Su cubierta y muchas ramas con algunos puñados de tierra, cubrieron su cuerpo.

Así, nuestro “comisario político Wang” durmió para siempre durante la Gran Marcha. Allí quedó su cuerpo, pero su espíritu de entrega a los demás no dejó, jamás, de estimularme para llegar a la meta final.

La batalla de Bobso

Chen Shi-tsai

Tras su encuentro con el Ejército Rojo Central en Mao-kung y un tiempo de descanso y consolidación, el Ejército del IV Frente reanudó su marcha hacia el norte. Antes de nuestra llegada a Maoerkai, el general kuomintanista Ju Tsung-nan había mandado tropas para defender los lugares que tendríamos que atravesar —Chiuchisi y Bobso—; al mismo tiempo había trasladado su 49ª división estacionada en Sungpan para reforzar la defensa de Bobso, intentando detener el avance de nuestro ejército hacia el norte y prevenir su marcha al este.

Bajo estas circunstancias, la dirección superior ordenó a nuestro 30º Cuerpo de Ejército aniquilar a la 49ª división enemiga y conquistar Bobso. Me correspondió encabezar nuestra unidad y nos pusimos en marcha. Cuando pasamos por Maoerkai donde se encontraba entonces el Comité Central del Partido, tuvimos oportunidad de vernos con el Presidente Mao y otros camaradas dirigentes.

Después que el camarada Sü Siang-chien, comandante de toda la unidad, nos presentó, el Presidente Mao estrechó su mano con las de cada uno de nosotros. Vestía un uniforme gris, de tela cruda, y una gorra. En su mano tenía un mapa con el itinera-

rio de la marcha al norte. El lugar era un viejo templo, no había escritorios ni sillas. Para ver el mapa, debimos extenderlo sobre el suelo, y todos nos colocamos en torno a él. El Presidente Mao se informó, por preguntas que nos hizo, con lujo de detalles sobre las condiciones de nuestra tropa: el número de retaguardia, los efectivos de cada compañía, la moral de los combatientes, la vida diaria, el tiempo de descanso, el grado de fatiga, las dificultades para la alimentación, nuestros abastecimientos, etc., etc. Luego, conforme a la tarea que íbamos a realizar, el Presidente Mao nos dio una directiva, haciendo hincapié en el problema del establecimiento de bases de apoyo antijaponesas; nos hizo ver que pronto llegaría el auge antijaponés a escala nacional, que la situación en su conjunto nos era favorable.

El análisis de la situación hecho por el Presidente Mao y su cariño y solicitud para con los soldados, nos dejaron una impresión imborrable.

Después de separarnos del Presidente Mao, todo nuestro Ejército, lleno de confianza en la victoria, empezó su marcha hacia Paotsuo, cruzando los pantanos.

En Bobso acantonaba un regimiento de la brigada independiente de Ju Tsung-nan. El cuartel estaba en un monasterio lamaísta, pegado a una montaña de 600 metros de altura. Delante del monasterio corría un río, de un poco más de seis metros de ancho. Pero como era temporada de lluvia, la corriente era profunda y rápida, convirtiéndose así en

una barrera natural. El enemigo controlaba el punto más alto y había construido seis o siete fortificaciones en la pendiente poblada de pinos, conformando así toda una zona de defensa.

El enemigo disparaba desde aquellas fortificaciones protegidas por blocaos, por lo tanto, cada paso que adelantábamos, era a costa de ciertas pérdidas. No obstante, nuestros soldados combatieron con heroísmo y en el mismo día de nuestro arribo, ocuparon varios fortines aniquilando dos compañías enemigas.

Entrada la noche, la sección de reconocimiento, de acuerdo con las informaciones de que ya disponíamos y con las confesiones de los prisioneros, hizo un bosquejo sobre la posición enemiga y el itinerario de las tropas que vendrían a reforzarlo. Con este bosquejo y con un jefe de pelotón y dos jefes de escuadra capturados, llegamos a la comandancia del Ejército. Estos, conociendo nuestra política de tratar con clemencia a los prisioneros, no sentían mucho temor. Los interrogamos, y confrontamos sus confesiones verbales con el informe de nuestra sección de reconocimiento, logrando así mayor claridad sobre la situación enemiga. Luego, fuimos a inspeccionar el terreno. Aunque era una noche de luna, no era mucha la visibilidad. Íbamos, ora a caballo ora a pie, y a hurtadillas observábamos la parte frontal de Bobso y, en particular, fuimos a explorar algunos puntos importantes por los que pasarían los refuerzos enemigos.

Sabíamos que la 49ª división era parte integrante de la fuerza principal de las tropas de Ju Tsung-nan, y contaba con 12,000 efectivos. Por nuestra parte, a pesar de ser un ejército, había disminuido mucho su número y los soldados no gozaban de buenas condiciones físicas debido a la falta de alimentos y sal cuando cruzábamos las Grandes Montañas Nevadas y los pantanos. Y como si fuera poco, un cuartel de división y regimiento habían sido transferidos al Ejército del I Frente; todo nuestro Ejército contaba solamente con unos 13,000 hombres. Era para nosotros una tarea bastante dura aniquilar a un enemigo mucho mejor armado y si bien numéricamente casi igual, con condiciones físicas muy superiores. En estas circunstancias, para combatir bien, era todavía más necesario un juicio correcto y un plan esmerado. Por lo tanto, en esa noche, además de ver el terreno, hicimos un estudio repetido, y sobre todo elaboramos, de manera minuciosa, el plan de combate.

Al día siguiente por la mañana, emboscamos nuestra fuerza principal en un lugar por el que pasarían las fuerzas de refuerzo —en la colina oeste—, dejando sólo un regimiento para continuar hostigando a Bobso, y enviamos una pequeña fuerza para controlar la cima de la colina este.

De acuerdo con lo que habían dicho los prisioneros, los refuerzos enemigos deberían llegar esa tarde. Pero no llegaron. Nuestras tropas estaban muy fatigadas por las marchas sucesivas y rá-

pidas; y sobre todo, los oficiales teníamos mucha fatiga, al punto que los párpados se nos cerraban inconscientemente por la falta de sueño. No obstante, cada quien supo cómo dominarse y esperaba con impaciencia la oportunidad de combatir. Pasó esa noche y la mañana siguiente antes que aparecieran los refuerzos. Hubo silenciosa animación y en voz queda se oyó decir: “Por fin les llegó la hora, ¡malditos!”

A las doce horas, sonó el primer tiro. A fin de aniquilarlos totalmente, habíamos planeado el ataque para cuando el enemigo hubiera entrado todo en nuestra área de candela. Pero los astutos llevaban una vanguardia de exploración, con el evidente intento de librar un combate parcial y ocupar terreno para ellos favorable, y solamente después de eso las fuerzas principales avanzarían. Calamos su estratagema e hicimos que nuestra fuerza principal continuara bien camuflada en la colina. Un solo regimiento quedó para combatir en varios montículos. Después de causar muchas pérdidas al enemigo, nuestro regimiento retrocedió para atraerlo y hacerlo entrar profundamente en nuestro campo. La colina tenía numerosos montículos y pinos muy gruesos, que le daban condiciones ideales para una emboscada. Los arrogantes enemigos, como ciegos, sin conocer a fondo la situación y urgidos por salvar a los suyos del peligro, avanzaron veloces hacia nuestra trampa.

En los pequeños combates, no solamente le causamos severas pérdidas al enemigo sino que

La gran marcha también conocimos su capacidad y peculiaridad combativas: eran flexibles en el combate de pequeñas agrupaciones (compañía y pelotón) y bastante recalcitrantes; su fuego muy poderoso, cada vez que arremetían, además de contar con la protección de ametralladoras pesadas y ligeras, contaban con morteros y pequeños cañones. Con frecuencia caían bombas cerca de nuestro puesto de mando, a sólo un kilómetro y medio de la línea de fuego. Frente a tales circunstancias, decidimos atacar con destacamentos dispersos y a la vez concentrar el fuego para aniquilar una posición enemiga.

Cuando las fuerzas principales del enemigo entraron en nuestra área de fuego, ya eran las tres de la tarde. Conforme a lo previsto, nos era comparativamente favorable un ataque al atardecer. Pero ya que se presentaba el momento de combate, no quedaba más alternativa que anticipar el ataque general. A las cinco la dirección dio la orden de ataque general. Nuestras tropas ocultas en la montaña, cayeron sobre el adversario. Disparos, proyectiles de artillería y las explosiones de granadas de mano hicieron el campo de lucha de 3 kilómetros convertirse en un mar de fuego.

Según el terreno, nosotros desde lo alto cargábamos hacia abajo. Pero el enemigo había construido pequeñas trincheras en su retaguardia y ocupaba pequeños montículos. Los pinos y matorrales nos impedían ver claramente sus movimientos. Éste, aprovechaba cada accidente del terreno, cada

árbol, para oponer una furiosa resistencia a muerte. No obstante, nuestras tropas desplegaron intrépidos ataques, cortaron los destacamentos enemigos en tres secciones y, con varias decenas de bombas de mortero, atacaron al adversario agrupado. Los soldados pusieron en pleno juego sus granadas de mano, y sus bayonetas. Cuando el que iba adelante caía, otro lo reemplazaba. Toda la línea de combate fue testigo de la encarnizada lucha cuerpo a cuerpo. Cuando un cerro era ocupado por el enemigo, se lo arrebatábamos.

Todas las fuerzas en reserva de las divisiones y regimientos, así como cuadros, propagandistas, cocineros, cuidadores de bestias, todos tomaron el arma y se unieron a la lucha. Al comienzo, dirigíamos el combate por medio de teléfonos, pero después, durante los asaltos, los camaradas del cuartel de mando del Cuerpo de Ejército llegaron junto con la tropa a las primeras filas de combate.

El 268° regimiento luchó con heroísmo sin parangón. Cuando el enemigo lo atacaba por los flancos, ellos, como un sable de acero clavado en el corazón del adversario, arremetían a derecha e izquierda desbaratando cada embestida. La sangre de nuestros mártires humedecía todo el campo. Vimos a uno de ellos, con un brazo destrozado, pero el otro blandía su sable terriblemente mortífero. La escena era cual pocas, muy emocionante.

Los sangrientos y encarnizados combates se prolongaron por siete u ocho horas. Por fin, el con-

La gran marcha
trincante fue aniquilado. El comandante de la división enemiga Wu Cheng-yen, herido de muerte, se lanzó al río; un comandante y subcomandante del regimiento fueron capturados.

La tropa principal del enemigo había sido aniquilada pero su fuerza de intendencia intentó huir. Una parte de nuestro Ejército la persiguió vertiginosamente, conquistando 800 animales entre yaks y caballos. Los alimentos y municiones que llevaban las bestias se convirtieron en nuestro trofeo.

Paralelamente, nuestras tropas que atacaban Bobso, habían castigado repetidas veces y con dureza al adversario atrincherado en el templo. A las dos de la madrugada siguiente, todos, excepto 200 o 300 hombres que escaparon en dirección a Nanping aprovechando las tinieblas, fueron aniquilados. Los que huyeron alcanzaron a incendiar el granero del templo, pero el fuego fue rápidamente apagado cuando ocupamos la posición. Algunos combatientes saltaron al granero negro por el humo y tomaron alimentos ya quemados para llenar sus bocas. ¡Ellos habían librado la prolongada batalla y habían conquistado la victoria, con sus estómagos totalmente vacíos!

Los que ocupaban la colina detrás del monasterio eran más o menos doscientos hombres. A fin de disminuir las pérdidas en vidas, los cercamos por todos los lados sin atacarlos. Después de ocupar el monasterio, sucedió tal como lo habíamos calculado; los enemigos en la montaña rindieron sus armas.

El combate de Bobso terminó en completa victoria. De los 12,000 adversarios, una tercera parte de ellos murieron o lograron huir, el resto fueron hechos prisioneros.

La victoria en Bobso allanó al Ejército Rojo el camino de su marcha hacia el norte. Esta victoria también constituye una brillante página en los anales de combate del Ejército del IV Frente.

Piedra angular

Sü Jai-tung

En la tercera década de noviembre de 1935, se asomaba ya en el norte de Shensí el riguroso invierno. Inspirado por la consigna de “recibir al Ejército Rojo Central con victorias”, el XV Grupo de Ejércitos tomó de un golpe, los pueblos Changchunyi, Tungtsun, y borró dos pequeñas fortificaciones en su cercanía. El Ejército Rojo Central, con el Presidente Mao a la cabeza, llegó al pueblo Tungtsun cuando había terminado el combate. He aquí el glorioso encuentro de las dos columnas del Ejército Rojo, por el cual todos los camaradas del XV Grupo de Ejércitos nos sentíamos estimulados y alborozados. Por fin, teníamos a nuestro lado al Ejército Rojo Central, cuya llegada habíamos esperado día y noche.

El victorioso término de la Gran Marcha y la llegada del Ejército Rojo al norte de Shensí, declaró desbaratado el plan que elaboraron los imperialistas y Chiang Kai-shek para eliminar al Ejército Rojo, y anunció un nuevo apogeo de la Revolución china. Una vez en el norte de Shensí, el Presidente Mao trazó, ante todo, el plan de la gran batalla de liquidación, esto es, la batalla de Chiluothen, con

La gran marcha

el propósito de establecer en el Noroeste el Cuartel General Nacional de la Revolución.

La entonces situación militar en el norte de Shensí era como sigue: Después que el Ejército Rojo del Norte de Shensí logró, en el combate de Yulinchiao, en la montaña Laoshan, la victoria, el enemigo organizó una fuerza de cinco divisiones para la otra ofensiva con la siguiente disposición: en el este, una división se dirigía al norte por la calzada Luchuan-Lusien, y en el oeste, cuatro divisiones, desde los distritos Chingyang y Jeishui, en Kansú, avanzaban sobre el distrito Lusien, del norte de Shensí, por el río Juluje. En tales circunstancias, el Presidente Mao decidió concentrar las tropas del Ejército Rojo que se habían reunido en el norte de Shensí, para asaltar, en la zona de Chiluochen, recios golpes frontales a los asaltantes, y, con ello, quebrantar la ofensiva. Nos ordenó, además, conocer la configuración del terreno antes de hacer disposiciones concretas.

De acuerdo con esta instrucción, los jefes de regimiento para arriba del Ejército Rojo Central y del XV Grupo de Ejércitos nos reunimos un día al oeste del pueblo Changchunyi y partimos al poblado Chiluochen a examinar su topografía.

Una distancia de algo más de 15 kilómetros nos separaba de Chiluochen, a donde, a caballo, llegamos en menos de una hora. Luego de apearnos, subimos primero a un monte al noreste en cuyo pie estaba localizado dicho poblado. Éste no albergaba más de cien familias, se veía colindante, en sus tres

costados, con montañas; y un camino, como una cinta blanca, atravesaba, de oeste a este, por el centro del poblado.

Al este, se encontraba situado un pequeño recinto fortificado vetusto. Sus casas quedaban ya en ruinas y, sin embargo, los muros de mampostería se mantenían, en su mayor parte, intactos. Por el norte del poblado, corría calmosa y lentamente un riachuelo. Éramos decenas, y todos nos llevamos los gemelos a los ojos para avizorar, desde la izquierda hasta la derecha, desde el este hasta el oeste, los caminos, cumbres, aldeas y ríos que se ofrecían a nuestra mirada. Ningún cerrito, ningún árbol, ninguna casa solitaria se escapó a los ojos escudriñadores de los mandos, quienes los estudiaron todos, ya que comprendían muy bien que una zanjita o una cumbre que se desatendía en la observación previa se convertiría probablemente en dificultades durante el combate. Mientras atisbábamos, cruzábamos algunas palabras a media voz:

“¡Qué favorable es para nosotros la configuración!”

“¡La entrada del enemigo en el poblado, será como meterse en su saco!”

Recorrimos una cima tras otra, examinando y estudiando. Al término del recorrido, tomamos una resolución: dejar pasar al enemigo al poblado para aniquilarlo de una vez. Para evitar que el recinto fortificado al este pudiera servir al enemigo de punto fuerte en el cual oponer una resistencia tenaz, nos decidimos a destruir

La gran marcha
de antemano los muros. Un regimiento del XV Grupo de Ejércitos fue enviado a deshacerlos en la misma noche. Para esos momentos, aún no se habían dictado las órdenes de combate, y, sin embargo, los soldados podían presumir, por sus experiencias, que iba a tener lugar por allí una batalla. Y como ellos comprendían de manera profunda la razón de que los buenos preparativos en tiempos de paz disminuían las pérdidas en tiempo de guerra, trabajaron día y noche, a pesar de la fatiga, para terminar el desmantelamiento. Algunos soldados liberados de las tropas kuomintanistas, en voz baja, preguntaban a los veteranos:

“¿Verdad que vendrán los enemigos?”

“Sí. Eso lo tiene calculado ya el Presidente Mao”, contestaban.

Para ganar el primer combate después de habernos reunido, el XV Grupo de Ejércitos dedicó un pelotón para montar la guardia en Chiluochen, y agrupó sus fuerzas principales en Changchunyi, las cuales, durante el descanso y la consolidación, se entregaron activas a los preparativos. Cuadros a los diversos niveles se adentraron en sus bases correspondientes para concretar la organización del combate. Las consignas formuladas por el XV Grupo de Ejércitos fueron: “¡Celebrar el encuentro con la victoria!” “¡Dar bienvenida al Presidente Mao con la victoria de la batalla!” “¡Aprender del Ejército Rojo Central en el combate!”.

Entusiasmados y teniéndolo todo preparado, los efectivos del Ejército Rojo esperaban descansados a los adversarios fatigados. Y, efectivamente, al

tercer día por la tarde, el jefe de la 109ª división del enemigo Niu Yuan-feng, a la cabeza de sus tropas, llegó, al amparo de seis aviones, a Chiluochen.

Por la noche, el Presidente Mao dictó las órdenes. Y conforme a la disposición establecida, el Ejército Rojo Central y el XV Grupo de Ejércitos hicieron, en la misma noche, una marcha precipitada, el primero, del norte al sur; y el último, en dirección contraria, para asediar, antes del alba, Chiluochen. El Presidente Mao y el Vicepresidente Chou En-lai de la Comisión Militar acudieron al frente para capitanear la batalla. El puesto de mando de aquél se localizaba en la cuesta de una montaña no lejana del poblado. Ya antes de romper el fuego, el Presidente Mao enfatizó a los camaradas responsables de todas las unidades que había que librar una batalla de aniquilamiento. Desde que éste se inició, volvió a recomendar repetidas veces: "Necesitamos una batalla de aniquilamiento".

A la madrugada, las dos columnas del Ejército Rojo cayeron sobre el enemigo desde las montañas, una del norte y otra del sur, como dándole dos recios puñetazos. El adversario, aunque andaba prevenido, no conocía que nuestra marcha era tan veloz, e incluso cuando se dio cuenta de que era asediado, los montes a ambos lados del poblado ya habían sido tomados por nuestros hombres. A un tiro en el sur, las fuerzas adversarias corrían hacia el norte; a un disparo en el norte, desandaban el camino; encontrábanse en un valle entre dos fuegos, donde por doquier reinaban los tiros y gritos. Esta división, que pertenecía al Ejército del Nordes-

te, servía desde hacía tiempo de “brigada de transporte” al Ejército Rojo. No pocos soldados y oficiales de ella habían sido prisioneros de éste, y algunos de ellos habían rendido sus armas en más de una ocasión. Frente a tal acometida, los enemigos se desintegraron y depusieron sus armas sucesivamente. Aquellos que se resistían con obstinación, acabaron por perder la vida.

En menos de dos horas, las dos columnas del Ejército Rojo tomaron, con un ataque simultáneo, la sede del cuartel general de la división enemiga. Y su jefe Niu Yuan-feng escapó al recinto fortificado arriba mencionado; donde dirigía a sus efectivos de un poco más de un batallón en una resistencia empecinada.

El recinto fortificado había sido destruido por nuestros hombres, pero los enemigos que llegaron el día anterior por la tarde, lo levantaron de nuevo y lo reforzaron en la misma noche, de modo que se convirtió, con su complicada configuración, en un lugar de fácil defensa pero de difícil acceso. Enviamos a un pequeño destacamento a atacarlo, pero fracasó. Estábamos organizando un segundo ataque cuando un mensajero informó: “Viene el Vicepresidente Chou”.

Hacía mucho rato que el sol había salido. Levantamos la mirada a la montaña, y vimos que el Vicepresidente Chou En-lai y otros camaradas se nos acercaban mientras atisbaban a través de los prismáticos el recinto fortificado. Cuando se detuvo ante nosotros, Chou En-lai estrechó la mano a cada uno de los cuadros, e inquirió los detalles del reciente ataque. Hecho esto, indicó que el enemigo estaba tan rodeado como una tortuga

en un cántaro. Puesto que era difícil atacarlo, era preferible dejarlo por el momento tal como estaba. Él no estaba provisto ni de cereales, ni de agua dentro del recinto, y tarde o temprano saldría, sólo entonces nos esforzaríamos para aniquilarlo en movimiento.

Sustituyendo a los tiros, una atmósfera de júbilo y compañerismo iba reinando en el campo de batalla. Por las colinas a ambos lados del poblado, y por éste mismo, se veían por doquier montones de fusiles y municiones capturados, y se encontraban en todas partes grupos de prisioneros. La victoria llenaba de alegría a todos los soldados del Ejército Rojo. Los que habían participado en la Gran Marcha contaban los sucesos acaecidos durante ella; los provenientes de la base de apoyo de la región fronteriza de Jupei-Jonán-Anjui y los del norte de Shensí expresaban el íntimo anhelo que abrigan de reunirse con los hermanos del Ejército Rojo Central.

El jefe de la 109 división Niu Yuan-feng, en cuclillas dentro del recinto, despachaba telegrama tras telegrama a Tung Ying-pin para que lo sacara de apuros. Pero, cómo iba a saber que la 106 división enviada por éste había sido desbaratada en el camino a Chiluo chen por nuestro Ejército Rojo, y un regimiento suyo había sido liquidado totalmente en el poblado Jeishuisi.

Aquella noche, viendo la imposibilidad de refuerzo, Niu Yuan-feng, a la cabeza de sus fuerzas remanentes y al amparo de la obscuridad, rompió el cerco y huyó hacia el oeste. Los soldados de nuestra 75ª división lo persiguieron inmediatamente decididos a

La gran marcha

capturar este “buey” (en caracteres, Niu significa buey. Nota del traductor).

Corrieron sin tomar aliento 13 kilómetros y lo alcanzaron en una montaña al suroeste de Chiluochen, en la que aniquilaron a aquellas tropas e hicieron prisioneros a Niu Yuan-feng.

“En una guerra contra un enemigo poderoso, las operaciones encaminadas sólo a derrotarlo no pueden decidir radicalmente el desenlace de la guerra. En cambio, una batalla de aniquilamiento produce inmediatamente un gran impacto sobre el enemigo, sea éste quien fuere. En una riña es mejor cortarle un dedo al adversario que herirle en los diez; en una guerra, es preferible aniquilar una división enemiga que derrotar a diez.”¹² La batalla de Chiluochen demostró una vez más lo grande y lo correcto que es el pensamiento militar del Presidente Mao. Con el aniquilamiento de la 109 división y un regimiento de la 106 división, se trastornó totalmente la disposición enemiga encaminada a atacar el norte de Shensí. Las 108 y 111 divisiones se vieron forzadas a volver a Kansú y la 117 división, que había invadido el poblado Yangchüan-yuan, se retiró de Lusien, de manera que se presentó una nueva situación en la base de apoyo del norte de Shensí.

Después de terminada victoriosamente la batalla de Chiluochen, nuestras tropas, cargadas con trofeos y escoltando a los prisioneros, se marcharon del campo de batalla. Aquella noche, cuando pasamos por la aldea donde se alojaba el Presidente Mao, vimos iluminada su casa-cueva. En los últimos días, él había trabajado de lo

lindo. Y ahora, a estas horas, ¿por qué estaba aún encendida la luz?

Me embargó un sentimiento de veneración. Me acerqué a su casa-cueva y pregunté al guardia que vigiaba a la puerta: “¿Aún no se ha acostado el Presidente?”.

“No. Él no duerme en la noche”, repuso, introduciéndome en la cueva.

Con un viejo abrigo de tela azul en los hombros, el Presidente Mao, rebosante de energía, estaba trabajando a la luz de una lámpara de aceite. En su mesita de trabajo estaba extendido aquel viejo mapa en escala 1:300,000. Por lo visto, otra vez él cavilaba sobre nuevas acciones y planeaba nuevas batallas.

Al verme entrar, dejó el lápiz, y, cordial, me tendió la mano, grande y fuerte, mientras dijo con una sonrisa: “¿Qué tal?”.

“Ya es muy tarde. ¿Aún no descansa?”, repliqué.

“Estoy ya acostumbrado a eso. Y las tropas, ¿se han retirado?”

El Presidente Mao me habló brevemente del significado que revestía la última victoria y de la entonces tendencia del enemigo. Luego indagó con solicitud cuál era el número de nuestras bajas y cómo habían sido acomodados los heridos. Por último, me recomendó que permitiera que los soldados descansaran bien y que se lavaran los pies. La minuciosa solicitud que mostraba el Presidente Mao hacia los soldados, y su estilo de trabajo concreto y meticulado, me dejó una impresión imborrable.

Era muy avanzada la noche cuando salí de la casa-cueva del Presidente Mao. Monté el caballo y me

marché. Cuando volví la cabeza tras un recorrido vi aún iluminada la casa.

Nuestras tropas se trasladaron a Yanchüanyuan, donde se efectuó un mitin en celebración de la victoria.

El 30 de noviembre, se convocó en el pueblo Tungtsun una conferencia de cuadros, en la que el Presidente Mao presentó un informe bajo el título de “Batalla de Chiluochen y la situación y tareas presentes”. Al referirse al significado de esa batalla, dijo: “Con esta victoria, hemos aplastado definitivamente tres campañas de cerco y ataque enemigas contra el norte de Shensí y sentado la piedra angular para que el Comité Central del Partido y el Ejército Rojo puedan establecer en el Nordeste amplias bases de apoyo, e impulsar la resistencia antijaponesa a escala nacional”. Y como causas de la victoria, señaló: 1) el encuentro e integración de los dos Grupo de Ejércitos y su unidad (esto como lo fundamental); 2) los puntos estratégicos que sirven de clave fueron capturados (el río Juluje y Chiluochen); 3) suficientes preparativos, y 4) la colaboración de las masas.

Aquí debemos agregar una causa, que es la más importante: el correcto pensamiento militar y el sabio mando del Presidente Mao.

En su informe, el Presidente hizo además un detallado análisis de la situación internacional y nacional al decir que en aquel momento, el imperialismo japonés estaba atacando el Norte de China con intento de anexarse todo nuestro territorio. Y el Kuomintang, a su vez, estaba convocando en Nankín una reunión de traición nacional. Advertimos con nuestra victoria al impe-

rialismo japonés que no le permitimos ocupar el Norte, ni mucho menos todo el territorio de China, y también al Kuomintang, que nos opondríamos a sus actos entreguistas. El Ejército Rojo, junto con nuestro pueblo, derribará al imperialismo japonés con fusiles, cañones y nuestra sangre...

Su voz estentórea y sus palabras vivas y de sentido claro, quedaron grabadas en la mente de todos los asistentes a la conferencia. La voz del Presidente Mao representaba el clamor de todo el pueblo y la voluntad que tenían todos los soldados del Ejército Rojo para resistir al Japón y salvar la patria.

Encuentro de las tres fuerzas principales
CALUROSA BIENVENIDA

Jo Po-ling

Cierto día de principios de septiembre de 1936, de madrugada, los integrantes del 9º regimiento de la 73ª división del Ejército del I Frente dejamos el distrito Jeicheng, al norte de Kansú, para ir en dirección a Juining, de la misma provincia, al encuentro de los Ejércitos del II y IV Frentes que se dirigían al norte.

Quién podía prever que se haría realidad, dentro de pocos días, el gran encuentro de las tres fuerzas principales del Ejército Rojo, encuentro ansiosamente esperado por nosotros. Y, ¡cuán gloriosa era la tarea de recibirles! Nuestra alegría fue tal que toda fatiga y privación cayeron en el olvido. Al día siguiente, al caer la noche, reanudamos la marcha por la carretera que va al Jaiyuan de la región autónoma de la nacionalidad jui de Ningsia.

Bajo el cielo tachonado de estrellas titilantes, la tierra permanecía profundamente dormida. Reinaba un silencio tal que se percibía la respiración ajena. Nos acercábamos a la cabecera distrital de Jaiyuan, cuyas murallas se veían cada vez más grandes, y nuestro corazón latía de excitación al compás del paso agigantado.

Seguíamos la carretera que pasaba por un pequeño pueblo situado al norte de la ciudad distrital y,

La gran marcha
de repente, una orden se transmitió de boca en boca desde las filas de vanguardia: “¡Alerta! Paso ligero y preparar armas”.

Animados por la orden, aceleramos el paso, después de prepararnos para combatir. Poco a poco se iba recortando la silueta de las murallas de la cabecera distrital, donde anidaban enemigos. Ya no teníamos tiempo para sortear un encuentro con ellos, nos hallábamos tan cerca que podíamos percibir el susurro de sus diálogos. Por las informaciones sabíamos que la fuerza ocupante de la ciudad no era una fuerza regular, por tanto, se cuidarían de atacar a la ligera. Para llegar cuanto antes a Juining y reunirnos con los Ejércitos del II y IV Frentes, se nos había dado la orden de evitar toda escaramuza con el enemigo. Por esto se resolvió que pasaríamos sin hacerles caso si ellos no nos atacaban. Y, en efecto, impresionado con nuestra demostración de fuerza, el adversario no se atrevió a abrir fuego, pasamos ante su vista sin que osaran siquiera salir.

Pasado Jaiyuan, seguimos la marcha hacia Talachi y Kuocheng.

¡Qué pintoresco es el distrito Talachi! Rebaños de ovejas semejando cirros y manadas de caballos conformando arreboles, aparecieron deleitando nuestra mirada. Los unos y las otras se dispersaban por las laderas que rodeaban las lagunas y valles. Los sandiales a ambos lados del camino daban frutos que llegarían a pesar 10 o 15 kilos cada uno. Las peras que allí se producían eran tales que haciéndoles un huequito y chupando por él, todo su jugo venía a la boca. Y las manzanas, ¡qué rojo más excitante!

Nuestro regimiento acampó en Talachi, donde esperaríamos la llegada de los Ejércitos del II y IV Frentes y entre tanto haríamos trabajo de masas.

Entre Talachi y Kuocheng se localizaba un pueblo llamado Jungpaotsi, en el que se acantonó nuestra 4ª compañía, bajo el mando del comisario político del regimiento Li Kuo-jou, para movilizar a las masas. Un día, nos llegó la inesperada noticia de que, para imposibilitar nuestro encuentro el enemigo envió un regimiento para asaltar el pueblo donde estábamos.

Al enterarnos de que éste venía a ponerse al alcance de nuestras manos, comentábamos: “¡Qué magnífica oportunidad! ¡Los aniquilaremos de una vez! Será un grato regalo para los ejércitos del II y IV Frentes”.

El comisario político Li Kuo-jou dio la orden y de inmediato toda la compañía salió de la aldea. Justo había transcurrido el tiempo necesario para emboscarnos, cuando se presentaron a nuestra vista los asaltantes, que marchaban con arrolladora violencia. Un enjambre de jinetes, formados en escuadras y seguidos de infantes, se lanzaron a la carga contra el pueblo. Inmóviles, les dejamos acercarse hasta que, en un mismo momento, rompimos fuego con tres ametralladoras y todos los fusiles que teníamos. Las balas desmontaron a los caballeros, cuyas cabalgaduras negras, una vez libres, relinchaban y se desbocaban. Algunas de ellas levantaron las pezuñas delanteras para moverlas en el aire. Dos soldados, desmontados ya, pero con un pie aún en el estribo, fueron arrastrados como perros muertos por sus monturas al galope. Así, la caballería, arrogante y bravucona segun-

dos antes, se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en una manada de espantados lobos. Tan pronto como se retiraban los jinetes, los infantes que los seguían se zambulleron en un mar de confusiones.

El grueso acudió en nuestro auxilio en la noche del 6 de octubre, y los adversarios, por hallarse ya entre dos fuegos, fueron completamente aniquilados.

Cierta noche, un clarinetazo de zafarrancho nos despertó del profundo sueño. De un salto salimos con nuestros fusiles.

No bien reunidos, nos marchamos a la carrera por el camino que comunicaba con la cabecera distrital de Juining. Un propagandista, parado al lado de la carretera, alzó la voz:

“Camaradas, Juining ya fue tomada por el séptimo regimiento. Pero ahora, se han concentrado dos brigadas enemigas para recuperarla. ¡Adelante! Camaradas, ¡a aniquilarlas!”

Lo dejamos atrás y su voz iba alejándose, pero la voz de un segundo propagandista llegó a nuestros oídos: “Camaradas, Juining está allí, donde se oyen tiros. ¡Que celebremos el encuentro de las tres fuerzas con un combate victorioso! Camaradas...”

Una orden se transmitió desde la vanguardia: dejar las mochilas, a la derecha, a la vera del camino.

Aliviados de la carga, corríamos con mayor celeridad. Al rayar el alba, ya habíamos subido la pendiente de una colina, al norte de la ciudad distrital y separada de ella por un río. Desde allí teníamos una vista panorámica de todo el poblado. En ese momento, los atacantes

habían sido aniquilados por nuestras fuerzas. Íbamos a bajar la colina cuando los camaradas rompieron a gritar:

“¡Viva el gran encuentro de las unidades del Ejército Rojo!”

“¡Viva el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos de China!”

No pudimos resistir la tentación. La algarabía se produjo cuando las imponentes columnas de vanguardia de los Ejércitos del II y IV Frente asomaron por la carretera del sureste. La bandera roja, flameando al viento, iba conduciendo a este ejército de hierro hacia Juining.

Simultáneamente, un mar de enseñas rojas aparecieron por la puerta de la ciudad. Era el séptimo regimiento del Ejército del I Frente, que se precipitaba al encuentro en dirección al sureste por la carretera.

Nos sentíamos presa de una viva excitación cuando alguien profirió: “¡Bajemos para reunirnos con ellos!”. Impulsados por la frase que parecía como una orden de carga, nos echamos a correr cuesta abajo...

EN EL CAMINO

Liu Yen-sung

El 4° Cuerpo de Ejército del IV Frente, al que yo pertenecía, llegó, tras recorrer decenas de miles de kilómetros, a Weiyuan, provincia de Kansú. Aquella noche, terminábamos apenas de alojarnos cuando los mandos superiores nos dieron a conocer que Ju Tsung-nan había lanzado todas sus fuerzas en nuestra persecución, y que las dos divisiones de Lu Ta-chang y de Mao Ping-wen se precipitaban hacia el lugar desde Lanchou. Su intención era asediarnos y aniquilarnos en Weiyuan queriendo, con ello, impedir nuestro avance al norte para encontrarnos con el Ejército del I Frente.

A fin de burlar en el menor tiempo posible la persecución enemiga y llevar a término el plan, nuestras tropas se reunieron sin demora alguna para seguir la marcha. Antes de la partida, Ye, el comisario político de la división, se dirigió a los soldados:

“Camaradas, los enemigos intentan interceptar nuestra marcha al norte. Pero eso será imposible. Hoy, el mismo ímpetu con que cruzamos las Grandes Montañas Nevadas y atravesamos los pantanos nos impulsará a romper el cerco y a reunirnos con los compañeros del I Frente...”

Las palabras del comisario político animaron a todos los hombres, quienes se pusieron en camino bajo la luz de la luna.

Al cabo de un día y una noche conseguimos esquivar al enemigo con una marcha forzada de ciento quince kilómetros. Durante todo ese tiempo no habíamos probado bocado, y nuestro estómago se quejaba de hambre. Pasábamos por una región inhóspita donde no se veían más que numerosos cerros de tierra amarilla, con escasas hierbas. Al alcance de nuestra vista no se divisaba pueblo alguno. Afortunadamente nos sorprendió una tormenta, cuyas aguas íbamos recogiendo, y gracias a las mismas, tuvimos una “comida” de harina de avena tostada.

En los días siguientes no volvimos a ingerir ni una gota de agua. La sed nos atormentaba y la marcha iba disminuyendo su velocidad.

“¡Ánimo, camaradas!” Una voz se alzó de las filas.

“Pronto nos reuniremos con los Ejércitos hermanos. Ellos nos han de haber preparado muchas cosas buenas.”

Ninguno de nosotros esperaba el hecho de que una caminata de varios días nos separaba aún del destino. No obstante, la alusión a los Ejércitos hermanos y al encuentro programado, nos imprimió una fuerza que aceleró la marcha.

Algunos kilómetros más adelante, apareció en lontananza un poblado. Una vez ante nuestros ojos, la alegría nos embargó. Pero, quién iba a pensar que en él anidaba un batallón de fuerzas adversas. Y tuvimos que enfrentarlas para poder continuar. El improvisado combate burló naturalmente el deseo de encontrar agua y apagar la sed. Entonces no teníamos otra alter-

nativa que seguir adelante lamiéndonos los labios ya reventados de sed.

Subimos una loma y una barraca saltó a nuestra vista. Las tropas se detuvieron a bastante distancia, mientras el jefe de la compañía me ordenó explorar. Dada la orden, me precipité con dos soldados mensajeros hacia la barraca.

Una anciana era dueña de la casa. Ella tembló de susto al vernos venir. Al llegar le dijimos que se tranquilizara, pues éramos del Ejército Rojo en marcha hacia el norte para resistir al Japón; que habíamos buscado inútilmente agua desde hacía cuatro días y lo seguíamos haciendo para calmar la sed.

Seguramente la vieja tenía noticias de nuestro Ejército, pues, nos miró de arriba para abajo, y expresó: “¡Ay! Bienhechores, ¡qué privaciones han pasado ustedes! Por aquí, en diez kilómetros a la redonda no hay agua si no llueve. Tengo un poco en el barril. Aquí está”, dijo alargándonos un cubo lleno hasta el borde.

Por grande que fuera nuestra sed, las palabras de la anciana nos dejaron perplejos, con los ojos fijos en el agua. Uno de los soldados mensajeros le preguntó:

“Abuelita, ¿si tomáramos este cubo de agua, qué irías a...?”

“No importa, tómenlo”, interrumpió la vieja, “por aquí cerca tenemos un manantialito. Podemos recoger medio cubo de agua al día, y eso nos bastará para nosotros tres.”

Ella también sacó un jarrito de miel y me lo tendió: “Tomen, mézclenlo con el agua al beber.”

Muy agradecidos, aceptamos sus regalos y le dimos dos monedas de plata como recompensa, que tomó sólo tras nuestras repetidas explicaciones.

El cubo, con la miel mezclada con su agua, fue colocado ante los camaradas de todo el batallón. Li Ting-süe, el instructor político, extrajo con un tazoncito, un poco de agua para los heridos. Luego se sirvió un poco y dijo, como si se tratara de vino:

“Camaradas, tomemos unos tragos para refrescar la garganta. Ahora, ya hemos dejado atrás el trayecto más penoso. Dentro de pocos días, nos reuniremos con el Ejército Rojo Central.”

Estas palabras animaron aún más a los soldados.

El agua fue repartida entre todos los integrantes del batallón. Después, estos se formaron y reanudaron la marcha.

Tras cinco días, con sus noches, de marcha, finalmente nos reunimos con el Ejército Rojo Central. En ese momento experimentamos una emoción tan dulce como aquella miel que habíamos tomado con el agua durante la marcha.

ARRIBO A CASA

Chu Chia-sheng

El Ejército del II Frente, en el que yo servía, habiendo combatido arduamente y habiéndose desplazado de un sitio a otro recorriendo miles de kilómetros, entró, por fin, en la región del norte de Shensí.

Ya llevábamos varios días sin librar batalla alguna, y suponíamos que habíamos penetrado en la base de apoyo. Pero la conjetura no parecía muy fundada ya que las tropas no dejaban de avanzar ni de día ni de noche. No hicimos un solo alto durante dos días y una noche, y todos nos sentíamos fatigados.

A medianoche de cierto día, la columna en marcha se movía apresuradamente cuando llegó un pase de voz: "No rezagarse. Listos para reunirse con el Ejército Rojo Central.". La noticia, como un torbellino levantó al instante una ola de júbilo entre las filas.

"¡Estamos llegando a casa!"

"¡Pronto veremos al Presidente Mao!"

"¡Nos reunimos con el Ejército Rojo Central!"

Estas exclamaciones manifestaron nuestro deseo acariciado día y noche durante todo un año. Ahora que su realización estaba a la vista, ¿quién no iba a sentirse alegre? Los camaradas rezagados alcanzaron en dos zancadas, como flechas arrojadas del arco, a los demás compañeros.

Iba yo en la retaguardia con un grupo de cargadores y unos asistentes de la sección de servicios generales. Alentados por la noticia, pusimos lo mejor de nuestra voluntad en el avance. Sin embargo, como nuestro personal había disminuido por las continuas marchas y los combates, cada uno de nosotros teníamos que trabajar por dos y cargar con 35 o 40 kilos. A pesar de nuestros esfuerzos nos íbamos quedando a la zaga. Nos sentíamos anonadados por nuestro retraso para ver al Presidente Mao y no poder estar en el preciso momento del encuentro con el Ejército Rojo Central.

Antes de despuntar el alba, llegamos a un lugar despejado. Percibimos unas lucecitas que brillaban en la obscuridad. “¡Luz a la vista!”, aclamaron todos a coro.

El jefe Sü del grupo de cargadores apuntó hacia adelante y, excitado, manifestó:

“El camino revolucionario es realmente cada vez más ancho y luminoso. Temo que las tropas de vanguardia ya se han reunido con el Ejército Rojo Central. ¡Ánimo! Camaradas, ¡adelante!” Las palabras de Sü estimularon a todos, quienes apresuraron el paso hacia donde estaban las luces.

¡Aiya!

*Sabia es la estrategia del Presidente Mao,
A punto de morir, el enemigo se encuentra.*

¡Aiya!

.....

Una canción llegó hasta nuestros oídos.

— “¡Canción del folklore de Singkuo!”, exclamaron los compañeros. Era una canción muy popular en la base de apoyo de Chiangsí. Hacía ya uno o dos años que no la oíamos. Un dulce sentimiento se apoderó de nuestros espíritus, ahora que inesperadamente la escuchábamos. Uno de nosotros no pudo menos que gritar:

“¡Hola, camaradas...!”

Al frente estaban cantando seis hombres, sentados alrededor de una hoguera que uno de ellos hurgaba, con la cabeza baja. Al oír los gritos, todos ellos se pusieron de pie y se echaron a correr a nuestro encuentro, elevando la voz:

“Camaradas, han tenido muchas fatigas de tanto marchar. ¿Son del Ejército del II Frente?”

“Sí. Y ustedes, ¿del Ejército Rojo Central?”

“Sí, sí.”

La respuesta afirmativa provenía de ambas partes, y ambas se acercaban una a otra al mismo tiempo. Alguno de nosotros dejó la carga para precipitarse hacia ellos... Un apretón de manos entre los hermanos de clase unió estrechamente nuestros sentimientos; un abrazo excitante expresó nuestra gran nostalgia; y el corazón latiendo musitaba la larga y penosa trayectoria.

Nos arrimamos a la lumbre. Patatas calientes fueron dejadas en nuestras manos, mientras ellos decían algo avergonzados:

“Allá, más adelante, les han preparado todo lo necesario. Estamos aquí para aguardarlos, y no tenemos sino comida ligera con que engañar el hambre.”

La llameante hoguera nos daba su ardoroso recibimiento. ¡Qué cálido es todo esto! Repetimos para

La gran marcha

nuestros adentros: “¡Hemos llegado a casa!”, aunque en realidad estábamos aún en el desierto.

Nos despedimos de ellos y proseguimos la marcha para alcanzar a nuestras tropas. Al salir el sol, divisamos, al pie de una colina, largas espirales de humo ascendiendo. Al acercarnos más, pudimos distinguir que de donde salía el humo era de unas casa-cuevas. A la salida del pueblo un hombre estaba atalayando. Apenas nos vio, volvió la cabeza y llamó a otros dos, y los tres se colocaron al lado del camino.

“Perdonen, ¿a qué tropas pertenecen?”, preguntó, cuando estuvimos cerca, uno de ellos, que llevaba delantal y tenía acento de Fuchién.

“Somos del Departamento Político del VI Grupo de Ejércitos del Ejército del II Frente...”, repuso el jefe Sü.

“¡Ah, qué cansados deben venir! ¡Pasen y descansen!”, dijeron los tres conduciéndonos a una casa-cueva.

En el kang la mesa estaba puesta. Nos trajeron un jarro de agua caliente antes de servirnos tazones de arroz de mijo al vapor y patatas guisadas con carne de cordero. Decían: “Sírvanse, sírvanse.” La comida despedía un aroma tentador, pero nadie se sirvió. Parecía que a todos nos preocupaba una misma idea: Por una parte, temíamos rezagarnos más; por la otra, nos apenaba aceptar una recepción tan pródiga. Uno de nosotros se puso de pie y me dijo:

“Jefes de sección, ¡vámonos!”

Al oírlo, uno de los anfitriones se sintió aturdido, y luego, preocupado, gritó:

“Jefe, quieren marcharse.”

El fuchienés se plantó en el umbral y, quejumbroso, objetó:

“Ahora que ya han llegado a casa, ¿qué preocupaciones pueden tener? Después de marchar tanto y con tanta carga, ¿cómo van a proseguir sin comer nada? Si los dejáramos partir con el estómago vacío, nos criticaría el instructor.”

No tuve más remedio que ordenar a los míos sentarse de nuevo.

Se trataba de una escuadra de rancho de la comandancia de un batallón del Ejército Rojo Central. El jefe, al ver que dejamos de hacernos rogar y nos servíamos sin cumplidos, peroró, resplandeciente la cara de alegría:

“Hoy al amanecer habían pasado muchos hombres del Ejército del II Frente. Llevamos bastante tiempo esperándolos. Cositas como calcetines, toallas, pasta de dientes y cepillos las hemos enviado a su destino. Y ésta, ha sido preparada exclusivamente para ustedes”, dijo, señalando la abundante comida y agregó, “consúmanla de una vez.”. La orden nos hizo reír de buena gana.

Mientras reíamos, el jefe me miró el cuerpo. Se volvió para revolver su bolsa y sacó de ella un pedazo de tela azul, que examinó por ambas caras. Volvió a observarme a hurtadillas y se mostraba vacilante con la tela en la mano. Yo me sentía turbado y pensaba: ¿Qué querrá?

Otro cocinero que parecía haberle comprendido le indicó:

“Tengo otro mejor, jefe.”

Se precipitó a sacar un fardo negro de vitualla y volcó el contenido sobre la tela azul; luego se lo alargó al

La gran marcha
jefe diciendo con una sonrisa: “Me lo dio el intendente cuando nos preparábamos para cruzar el río Amarillo.”

El jefe se me acercó y me tendió la tela. ¡Ah, cuán minucioso era! Habiendo visto que mis ropas estaban rotas me proporcionaba la forma de remendarlas. Iba a rehusar cuando él se detuvo ante mí y, con cariño, dijo mirándome:

“Camarada, remiende su uniforme. Arréglese antes de ir a ver al Presidente Mao.”

Llevaba este vestido negro desde cuando salimos del distrito Taoyuan, de la provincia de Junán, en diciembre de 1934. Pasados dos años, estaba ya demasiado raído para ninguna reparación. Sin embargo, acepté esa señal de solicitud. Remendaría mi uniforme para conmemorar después con él, la unidad y fraternidad entre hermanos de clase, la victoria de la Gran Marcha, el gran encuentro de los tres Ejércitos del Frente y los albores de un flamante período histórico en la Revolución China.

NOTAS

¹Influenciados por el apogeo antijaponés del pueblo chino, Tsai Ting-kai, Chiang Kuang-nai y otros mandos del XIX Ejército del Kuomintang, al comprender que la lucha contra el Ejército Rojo no tenía ninguna perspectiva, rompieron abiertamente con Chiang Kai-shek en noviembre de 1933, en unión con el sector del Kuomintang encabezado por Li Chi-shen y otros. Formaron en Fuchién el “Gobierno Revolucionario Popular de la República China” y concluyeron con el Ejército Rojo un acuerdo para resistir al Japón, pero sucumbieron bajo los golpes de las fuerzas armadas de Chiang Kai-shek. Desde entonces, Tsai Ting-kai y otros fueron revolucionando hacia la cooperación con el Partido Comunista.

² Renegado de la Revolución China. Especulando con la revolución se afilió en su juventud al Partido Comunista de China, dentro del cual cometió multitud de errores y gravísimos crímenes. Su crimen más notorio lo cometió en 1935, cuando se opuso a la marcha del Ejército Rojo hacia el Norte, preconizó, en una actitud derrotista y liquidacionista, la retirada del Ejército Rojo hacia zonas de minorías nacionales situadas al suroeste de China, y se entregó a abiertas actividades traidoras contra el Partido y su Comité Central, formando un espurio comité central y socavando la unidad del Partido y del Ejército Rojo. De tal manera, causó graves pérdidas al Ejército

La gran marcha

del IV Frente del Ejército Rojo. Sin embargo, gracias a la paciente labor de educación realizada por el camarada Mao Tsetung y el Comité Central del Partido, el Ejército del IV Frente y sus numerosos cuadros pronto se colocaron nuevamente bajo la justa dirección del Comité Central y desempeñaron un papel glorioso en las luchas posteriores. Pero el propio Chang Kuo-tao resultó incorregible: en la primavera de 1938, huyó completamente solo de la base de apoyo revolucionaria del Norte de Shensí, y se incorporó a los servicios secretos del Kuomintang.

³ Guerra revolucionaria campesina que tuvo lugar a mediados del siglo XIX, en contra de la dominación feudal y la opresión nacional de la dinastía Ching. En enero de 1851, Jung Siu-chüan y otros dirigentes de esta Revolución organizaron un levantamiento en la aldea de Chintien, distrito de Kuiping, provincia de Kuangsí, y proclamaron el Reino Celestial Taiping. En 1852, el ejército campesino partió de Kuangsí y, en 1853, luego de atravesar Junán; Jupei, Chiangsí y Anjui, tomó Nankín. Una parte de sus fuerzas continuó hacia el norte y llegó hasta las inmediaciones de Tientsín. Sin embargo, el Ejército Taiping no estableció sólidas bases de apoyo en los territorios que ocupaba, y su grupo dirigente, después de haber hecho de Nankín su capital, cometió muchos errores políticos y militares. Por ese motivo, el Ejército Taiping no pudo resistir los ataques conjuntos de las tropas contrarrevolucionarias de la dinastía Ching y los agresores ingleses, norteamericanos y franceses, y fue derrotado

en 1864, Shi Ta-kai (1831-1863) fue uno de los principales generales del Reino Celestial Taiping. En los momentos críticos del Reino, por su propia cuenta condujo a sus más de cien mil combatientes a separarse de las fuerzas principales del Reino. Él y sus tropas, combatiendo aislados en diversos lugares, terminaron aniquilados por completo al lado del río situado en la provincia Sechuán, en mayo de 1863.

⁴ Las tres provincias del nordeste de China se refieren a las provincias de Liaoning, Chilin y Jeilungchiang. La provincia de Yeje fue suprimida en 1955, cuyo territorio se fusionó con las provincias de Jopei y Liaoning y la región autónoma de Mongolia Interior.

⁵ Véase *Obras Escogidas de Mao Tsetung*, T. 1.

⁶ En enero de 1935, después de tomar la ciudad Tsunyi, en la provincia de Kuichou, el Comité Central del Partido convocó una reunión ampliada del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de China. Esta reunión concentró sus esfuerzos para rectificar los errores militares y organizativos que constituyeron un importante factor de la época. La reunión acabó plenamente con la dominación de la línea "izquierdista" y estableció una nueva dirección del Comité Central del Partido encabezada por el Presidente Mao.

⁷ Sistema administrativo de base con el que la camarilla reaccionaria del Kuomintang imponía su dominación fascista. El 1º de agosto de 1932, Chiang Kai-shek

La gran marcha promulgó para las provincias de Jonán, Jupei y Anjui el *Reglamento para la organización de los pao y chia y para el censo de la población en los distritos*. El Reglamento estipulaba: “Los pao y chia se organizarán sobre la base de familias; habrá un jefe en cada familia, en cada chia, formado por diez familias, y en cada pao, formado por diez chia”. Establecía un sistema de responsabilidad solidaria que mantenía comprometidos a todos los habitantes, obligándolos a vigilarse y delatarse mutuamente; fijaba también diversas medidas contrarrevolucionarias para imponer la prestación personal. El 7 de noviembre de 1934, el gobierno del Kuomintang decretó oficialmente la introducción de este sistema de dominación fascista en todas las provincias y municipios bajo su poder.

⁸ Véase *La Revolución Taiping*, cap. 6, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín.

⁹ En el oeste de la provincia de Sechuán.

¹⁰ La provincia de Sikang fue suprimida en 1955, el territorio bajo su jurisdicción fue transferido a Sechuán y la región autónoma del Tíbet respectivamente.

¹¹ Hogar del Mono Sun, o Rey Mono, personaje de la novela mitológica del siglo XVI *Peregrinación al oeste*, a quien se le atribuían poderes mágicos.

¹² “Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China”, *Obras escogidas de Mao Tsetung*, T. 1.

ÍNDICE

Mao Tsetung.....	5
Una mirada retrospectiva	
Liu Po-cheng.....	9
La construcción del puente sobre el río Wuchiang	
Juang Chao-tien	41
El esplendor de la Reunión de Tsunyi	
Chang Nan-sheng	49
Ingeniosa travesía del río Arenas Doradas	
Siao Ying-tang	67
El Ejército Rojo y los yis, una misma familia	
Armusia	85
Travesía por las montañas Taliang	
Siao Jua	95
Forzar el paso del Tatu	
Yang Te-chi	103
Ataque relámpago sobre el puente Luting	
Yang Cheng-wu	115
Un par de zapatos de tela	
Chiang Yao-jui	133
Nueve cocineros	
Sie Fang-si	139
La sexta compañía roja en Latsikou	
Ju Ping-yun	149

Despertar de una ciudad montañosa	
Tsuo Chi	159
Nieve en junio	
Tien Kuo-jao	167
Una reunión de la célula del Partido	
Chien Chi-an	173
Encuentro en Kantse	
Tan Shang-wei	179
Centro logístico en la estepa	
Yang Yi-shan	187
En el monte Tangling	
Wu Sien-en	193
El “comisario político Wang” de nuestra escuadra	
Chao Lien-cheng	201
La batalla de Bobso	
Chen Shi-tsai.....	209
Piedra angular	
Sü Jai-tung	219
Encuentro de las tres fuerzas principales	
Jo Po-ling	231
En el camino	
Liu Yen-sung	237
Arribo a la casa	
Chu Chia-sheng	241
Notas.....	249

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de octubre del año 2015.

Distribución gratuita, cortesía de
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.